

Q.24-1^a

4582

PRINCE TALLEYRAND.

Escrito por D. Antonio María de
Cádiz.



IMPRESA DE FERRER Y COMPAÑIA.

1844.

(Huitième biographie)



VIDA

DEL

PRINCIPE TALLEYRAND.

Escrita por D. Inocencio María Riesco
Le-Grand.

*Tercera edición
aumentada por el autor.*



Madrid.

IMPRENTA DE FERRER Y COMPAÑIA,

1844.

VIDA

1881

PRINCIPES TALLEYRAND.

Escrito por D. Anacario Alarcón y
L. G. G.



Madrid.

IMPRESA DE FERRER Y COMPAÑIA.

1881.

ADVERTENCIA

SOBRE ESTA SEGUNDA EDICION.

Al publicar por primera vez la vida del príncipe Talleyrand, me propuse escribir una pequeña biografía; no la historia del célebre político. Mi imaginacion fogosa, y exaltado por los sucesos que me rodeaban análogos en mucha parte á los que rodearon, y en los que tanto influyó el héroe de este escrito, dejó correr la pluma, y cuando lo advertí, tenia trazada la historia tal como se publicó en la primera edicion.

Receloso de que mereciese aceptacion siendo fruto de las tareas de un ecle-

siástico español; en una época en que todo lo que no es extranjero es despreciado, me llené de asombro al ver los elogios que la tributaron los periódicos religiosos, la rapidez con que se despachó la primera edición, y los innumerables pedidos que se me hacen diariamente de la península, y de las Américas.

Esto es lo que ha motivado esta segunda edición mejorada en todos sentidos, y señaladamente en el papel y parte tipográfica. ¡Ojála sirva de lección y de aviso á mis compatriotas!

INTRODUCCION.

Cuando aconteció la muerte de Mr. Talleyrand Perigord, prometí escribir sobre los últimos momentos de este hombre político célebre en el mundo civilizado; mas acontecimientos que no son del caso espresar aqui, llamaron mi atencion y me obligaron á llenar las páginas que habia destinado á este objeto con otras materias de mayor urgencia, y mas propias de mi obra periódica. (1) Varias personas desean leer mi juicio sobre la vida de este hombre que tanto ha figurado en este último medio siglo, y cuyo apellido va siempre gravado al frente de los acontecimientos

(1) El Madrileño Católico obra que consta de tres tomos véndese en la imprenta de Burgos.

de mayor importancia, y hé aquí el motivo de publicar este escrito.

En él he atendido á dos cosas: primera, á la escasez de numerario, y segunda á las máximas de que vaya revestida. Por este motivo he separado cuidadosamente todos aquellos episodios que pertenecen á su vida privada, y en los que se rozan con su vida pública, he procurado revestirles de un aspecto tal que no se ofendan las máximas sacrosantas de la religion católica, ni los oídos de las personas morigeradas.

Como escritor católico, no puedo menos de conformarme con la marcha de la religion que profeso, disculpando al que murió como verdadero cristiano en muchas cosas que varios escritores le acriminan demasiado en el día, no muy contentos en verle separado del camino de la mentira al dar el postrer suspiro.

Mis deseos son únicamente que este pequeño bosquejo de la vida del gran político frances sirva de leccion á los políticos y eclesiásticos españoles para no incurrir en los graves y trascendentales errores que cometió

el que en fuerza de engañarse á sí mismo, supo engañar á toda la Europa.

Debo advertir por último á mis lectores, que no estrañen si así como he suprimido lo que pertenece á su vida privada, me he detenido en algunas cosas, que no tocando directamente á su vida, he juzgado oportuno esplanar en esta época desgraciada, en que se pretende reproducir ciertas doctrinas que fueron el dogma de la revolucion francesa y de Mr. Talleyrand. Escribo á lectores conocidos y que me estiman, y estoy seguro que les agrada, que en la historia de este hombre célebre, mezcle máximas católicas, y dé órden, así como se aprovechan otros de estas mismas ocasiones para sembrar la impiedad y la anarquía.

el que en fuerza de sagacidad é el mismo, supo
 engañar á toda la Europa. En consecuencia de esto
 Dado advertir por último á mis lectores,
 que no entiendo al así como he supuesto lo
 que pertenece á su vida privada, me he abste-
 nido en algunas cosas, que no tocando di-
 rectamente á su vida, he juzgado oportuno
 explicar en esta época de ignorancia, en que
 se pretende reproducir ciertas doctrinas que
 fueron el dogma de la revolución francesa y
 de Mr. Tallyrand. Basado á lecturas cono-
 cidas y que me estiman, y estoy seguro que
 los sabrá, que en la historia de este hombre
 celebre, merecía algunas referencias, y de de-
 ber, así como se apreciaban otros de estas
 mismas épocas para señalar la impudicia
 y la avaricia.



VIDA

DEL

PRINCIPE TALLEYRAND.



PERIODO PRIMERO.

§ I.

Escribo la vida del príncipe Talleyrand, de quien oportunamente dijo el *Genio del Cristianismo* (1) (hablando de la primera edición de esta obra) fue la revolución encarnada. Escribo en medio de revueltas políticas, rodeado de disgustos, sin esperanza de término feliz. La escribo amis compatriotas llena de imparcialidad, si bien amarga

(1) Obra periódica que se publicaba en esta corte y que se halla de venta en la librería de don Juan Sanz.

para los que no toleran la verdad. Cárlos Mauricio Talleyrand Perigord nació en París el 7 de marzo de 1754, de Cárlos Daniel conde de Talleyrand, y de Eleonor de Dámas, de quien era abuela paterna la célebre princesa de los ursins. La antigüedad de la casa de Talleyrand se puede tomar desde el origen de la monarquía francesa: sin embargo, al nacimiento de Cárlos Mauricio su padre disfrutaba un pequeño patrimonio, siendo las inmensas riquezas que hoy deja Talleyrand fruto de sus obras personales.

Cárlos Mauricio nació cojo por lo cual quedó privado del derecho de primogenitura, trasladándose este á su hermano el conde Archambault. La naturaleza habia procurado suplir este defecto, y asi es que apesar de su cojera era hermoso, interesante y dotado de un lenguaje atractivo, y unos modales seductores. Consideraciones de familia hicieron que se le destinase á la carrera eclesiástica, por cuyo motivo apenas salió de su infancia entró en el seminario de san Sulpicio, donde su travesura, sutileza é inclinacion á la licencia, le hicieron formar una numerosa clientela entre sus alumnos, á los que mas adelante tuvo ocasion de servir y aprovechar. Apenas contaba trece años cuando sus maestros se vieron en la dura necesidad de cor-

regirle pública y severamente por sus demasías y mal comportamiento. Por desgracia el jóven Talleyrand permaneció insensible, y en vez de enmendarse despues de aquella rigurosa reprimenda cometió varios hechos escandalosos por los que fue despedido del colegio.

El conde de Perigord, tio de Talleyrand, le recogió en su casa despues de la muerte de su padre, y le entregó á la direccion de Mr. Fouquet, ayode sus hijos: el que no fue mas feliz en sacar partido de un jóven sumamente diestro en burlar la vigilancia de sus maestros para ejecutar sus travesuras que cada vez eran mas trascendentales.

Los que han escrito la vida privada de Talleyrand, y aun los que pretenden escribir su vida pública, han hecho mencion de ciertos lances que omitimos por decoro, y que prueban muy bien que Talleyrand caminaba á pasos agigantados por el camino de la perdicion, tanto que en 1770 fue encerrado por su tio el conde de Perigord, en la Bastilla bajo el nombre del *abate cojo*. Dos meses despues fue trasladado al castillo de Vincennes, donde estuvo incomunicado cerca de un año; solamente le visitaba el capellan que estaba encargado de continuarle en sus estudios é inspirarle máximas de sana moral y religiosidad.

La divina gracia no queria desamparar totalmente al jóven Talleyrand, y de cuando en cuando pulsaba al corazon de aquel hombre que hubiera sido verdaderamente grande si hubiese respondido fiel á los divinos llamamientos. Talleyrand en el silencio de este retiro se aprovechó de su talento, y entrando en cuentas consigo mismo se entregó á las mas austeras penitencias, y á frecuentes actos de piedad. Se le encontraba amenudo derramando abundantes lágrimas, y se le oia con frecuencia que sus deseos no eran otros que espiar sus crimines entre los religiosos de la Trapa. El capellan contento con etse triunfo, escribió al conde su tio el que persuadido de su arrepentimiento le puso en libertad, y le envió á Tolosa para acabar sus estudios en el colegio de Jesuitas. ;Quién sabe si Talleyrand trasplantado de su prision al retiro de la Trapa hubiera sido un verdadero anacoreta, pero los juicios de Dios son incomprendibles!

En 1773 el arzobispo de Tolosa le recibió entre los individuos del clero galicano, para cuyo efecto hizo sus ejercicios espirituales en san Sulpicio de París.

Ya tenemos de nuevo á Talleyrand en medio del gran mundo mas avisado, mas diestro y mas audaz; olvidado de sus piadosas reflexiones, solo atento á su deseo de agradar y acrecentar su fortuna. Un moderno escritor cuenta de esta manera el modo con que dió principio á su fortuna. (1)

“Tocaba á su fin el reinado de Luis XVI: el abate de Perigord (pues bajo este nombre habia entrado en san Sulpicio) fue presentado á madama Dubarry, siendo uno de los cortesanos mas asiduos de la querida del viejo rey admitido como tal á sistia á su tocador. Un jóven abate tan taimado como era Talleyrand, comprendió muy luego todo el partido que podia sacar de sus atenciones con la favorita.”

“Un dicho agudo fue por el señor Talleyrand el origen de su fortuna.”

«La reunion que tenian entrada en el retrete de madama Dubarry, se componia de personas cuya conversacion versaba á menudo sobre puntos licenciosos. Tratábase un dia de aventuras galantes y cada cual contaba sus proezas; Talleyrand, quien

(1) *Bastide.*

ciertamente no era el menos favorecido bajo este aspecto, callaba y se sonreía, dando á entender que podria decir mucho si quisiese. Madama Dubarry que lo habia notado, le preguntó en que pensaba. ¡Ay señora! le contestó tomando un aire de grave seriedad; *estaba haciendo una reflexion bien triste.*—Y ¿cuál es esa reflexion?—¡Ah madama! *París es una ciudad donde es mucho mas fácil lograr mugeres que abadías.*”

«Fue contando el dicho á Luis XVI, y al dia siguiente tuvo Talleyrand dos abadías que daban una renta de 24,000 libras.”

El lector podrá juzgar de la autenticidad de este hecho á su placer, si es cierto como no dudamos, pues convienen en él la voz pública y varios escritores; prueba una falta notable en los principes y perjudicial á la iglesia de Jesucristo, no pudiendo darse otro nombre á las presentaciones para beneficios eclesiásticos hechas por estos ú otros motivos semejantes. De aqui ha resultado lo que mas adelante veremos con Talleyrand que falto de verdadera vocacion al estado eclesiástico, fue apóstata y persiguidor de su ministerio.

Poco despues tuvo que retirarse á Autun cuyo obispado le estaba prometido; la causa de este retiro fue una repeticion de sus acostumbradas cala-

veradas y galanteos, de las que fue víctima una hermosa y jóven marquesa.

§ III.

El destierro del Abate duró dos años solamente. Luis XVI le habia nombrado agente del clero, en compañía del abate Boisgelin. Las funciones de tan importante destino apenas duraban cinco años: Talleyrand y Boisgelin las desempeñaron desde 1780, hasta 1785, en que les sucedieron el abate Barral, y el abate Montesquieu.

Mr. de Calonne habia subido al ministerio en una época, en que el desórden administrativo, habia llamado la atencion sobre asuntos económicos; este ministro pidió á Mirabeau su trabajo sobre hacienda. Mirabeau se escusó de hacerlo y designó como el único capaz de presentar una memoria sobre el estado de la hacienda al abate Perigord. En efecto, Talleyrand presentó su memoria que no firmó cuidadosamente. Mr. de Calonne dejó el ministerio y le sucedió Mr. Necker; Talleyrand se apresuró á ofrecer sus servicios al nuevo ministro, llegando su poca delicadeza á estender una memoria favorable al nuevo ministro, y que refutaba á la que poco antes habia presentado á Mr. de Ca-

lonne. Este proceder en opinion de Talleyrand era lo que él llamaba entender los negocios.

Luis XVI con las mas puras intenciones habia convocado la asamblea de notables, que abrió sus sesiones en Versalles el 22 de febrero de 1787. Las circunstancias eran críticas y demasiado inciertas, para que Talleyrand se decidiese; la corte esperaba su apoyo, y el conde de Artoix: despues Cárlos X le pidió su consejo. *Serán menester dos cabezas,* respondió el abate, *tan solo dos::: si se tarda serán menester muchas mas...*—¿Y cuáles son?—*La cabeza del duque de Orleans y la de Mirabeau.*—Soy de vuestro dictámen exclamó el duque, pero mi hermano jamás lo consentirá.--¿*Lo sabeis de fijo?* replicó vivamente el abate—Demasiado...—*Pues de este modo me paso al otro bando.*

El duque de Orleans no era de talento, mas estaba lleno de deudas y entregado á los vicios: de este modo no le fue difícil á Talleyrand captarse la amistad de un hombre tan conforme con sus opiniones. No obstante, el abate hacia cara á todos los partidos, y servia de espía al parlamento y á la corte á un mismo tiempo.

Cuanto mas ansiaba Luis XVI labrar la felicidad de sus súbditos, tanto peor se presentaba el aspecto de la revolucion, llegando á tanto la confusion

y agitacion de los ánimos, que la monarquía se hallaba vacilante. Se convocaron los estados generales, y desde entonces Talleyrand abandonó enteramente á la corte para identificarse mas con el duque de Orleans, *cuya cabeza habia pedido dos años antes.*

PERIODO SEGUNDO.

§ I.

Pocos meses despues de la convocacion de los estados generales en 1788 el abate Perigord fue nombrado obispo de Autun en reemplazo de Mr. Marbeuf, y consagrado en enero de 1789 ; tambien fue elector diputado de los estados generales por el bailío de su diócesis. Se me permitirá seguir rápidamente los pasos de la revolucion, advirtiendome que en todos ellos Talleyrand obró segun su índole intrigante abrazando la causa de los revolucionarios haciendo traicion al trono y al estado eclesiástico

El 5 de mayo de 1789 se hizo la apertura de los *estados generales*. La nobleza habia elegido diputados populares, pero la mayor parte fieles á sus principios, y adictos á los principios de la clase que representaban. El clero nombró obispos y

abades defensores de sus privilegios, y curas adictos á la causa popular; el estado llano nombró sujetos ilustrados, mas imbuidos en máximas anárquicas é irreligiosas. La diputacion de la nobleza se componia de doscientos cuarenta y dos nobles y de veinte y ocho miembros del parlamento; la del clero de cuarenta y ocho arzobispos ú obispos, de treinta y cinco abades ó deanes, y de doscientos ocho curas, y la de los comunes de dos eclesiásticos, doce nobles, diez y ocho magistrados, ciento y dos miembros de bailías, doscientos y doce abogados, diez y seis médicos, y de doscientos diez y seis comerciantes y labradores.

La corte habia sido impulsada, ó mas bien violentada á tomar esta medida que debia destruir el trono y el altar en un pais cristianísimo. Necker habia hecho adoptar los reglamentos para la convocacion de los estados generales, y procurado maliciosamente una preponderancia demasiada á los comunes. Se habian esparcido escritos para el pueblo contra el clero y la nobleza, que sino eran obra de Talleyrand al menos merecian su aprobacion. De aqui resultaron necesariamente desconfianzas recíprocas, en los tres órdenes, ódio á toda autoridad y gerarquía, y el deseo de engrandecimiento, y ambicion desmesurada del pueblo á quien se

le habia seducido por infinidad de folletos, y declamaciones contra el príncipe, contra la nobleza y contra el clero.

Algunos miembros de la nobleza se habian separado del verdadero camino, y formado liga con los revolucionarios, otro tanto sucediera con algunos individuos del clero, particularmente los curas á quienes se habia cuidado separar de la obediencia de sus obispos, exagerándoles el que llamaban *despotismo episcopal*. Tan cierto es que siempre han sido uno de los medios infames de los enemigos de la religion alarmar el sacerdocio contra el episcopado, y á este contra el primado del sumo pontífice; haciéndoles iguales en autoridad para sembrar la discordia y debilitar su poder á fin de lograr su total esterminio. Tal era el modo con que los éñimos estaban dispuestos á la apertura de los *estados generales*. El rey seguido de todos los diputados pasó el dia 4 á la iglesia de san Luis de Versalles á oír una misa solemne. El dia 5 hizo la apertura con un discurso en donde manifestaba la rectitud y pureza de sus intenciones.

El dia siguiente de la apertura la nobleza y el clero pasaron á constituirse en sus respectivas salas; el estado llano se reunió en la sala grande de los estados, donde permaneció en completa inacion

esperando que se reuniesen el clero y la nobleza. De aquí principió esta lamentable lucha cuyo éxito debia ser el grito de insurreccion para la Francia. Ocho dias despues de reunidos los *estados generales*, determinó el clero recoger los votos sobre la cuestion de si se procederia á verificarse los poderes en comun sin distincion de órdenes como queria el tercer estado, lo que se oponia á el uso constante seguido en todas épocas en estas asambleas, en las que cada cámara opinaba separadamente, resolviéndose despues en sus deliberaciones por el consentimiento de las tres cámaras en un mismo parecer. Con esta variacion desaparecia toda distincion de órdenes, y todo género de prerrogativa, y se lograba en intento de neutralizar la votacion del clero y la nobleza, siendo el tercer orden mayor en número que los dos primeros órdenes reunidos. Talleyrand se decidió en favor del estado llano, captándose la admiracion y las simpatías de los revolucionarios, y atrayendo á su partido muchísimos vocales del clero.

Mas de seis semanas se pasaron sin adelantar un paso, y sin ocuparse en los asuntos de su convocacion, anteponiendo insistir en sostener una empresa temeraria antes que mirar por los intereses de su patria. Esta ha sido en todas épocas la

decantada filantropía de los reformadores, invocar la opinion pública para asegurar el éxito de sus necesidades y caprichos. ¡Ojala que los españoles hubiésemos escarmentado con esta leccion de la revolucion francesa y no quisiésemos reproducir en nuestro suelo unos hechos que nos conducen irremisiblemente á una disolucion social! Talleyrand como hemos visto se mostró contrario á los intereses del clero; su ambicion de honores y su desmesurada avaricia le conducian en este tortuoso camino. En la sesion del 7 de julio, pronunció un discurso sobre los mandatos imperativos que los revolucionarios realzaron hasta el infinito; ¡tales eran las máximas] que contenia!

Ya el 13 de junio tres curas del Poiton habian desertado del clero y juntado á los *comunes*, nombre que habia tomado el tercer estado: el 14 otros cinco curas, entre ellos Mr. Gregorie cura de Embresnil siguieron el mismo ejemplo: el dia 17 otros siete curas hicieron lo propio: en este dia fue cuando los *comunes*, aboliendo toda distincion de órdenes se constituyeron en *asamblea nacional* á propuesta de Sieyes. La nobleza reusaba reunirse, el clero habia principiado á dividirse, y el populacho atroz y ciego con los triunfos adquiridos quiso completar con el terror una obra que

no había podido llevar á cabo por el soborno. Esta declaracion de los *comunes* fue el primer paso de usurpacion de la soberania, todo lo sujetó ante su dependencia. La corte demasiado débil é incierta, luchaba entre la resistencia enérgica de nobleza, y el aspecto amenazador é imponente del pueblo.

§ II.

Los primeros pasos de la asamblea nacional debían alagar y entusiasmar á un pueblo corrompido, que ansiaba por libertarse de cierta dependencia, y por elevarse al nivel de las demás clases privilegiadas. Luis XVI demasiado accesible á cuantos le aconsejaban, embarazaba cada vez mas su situacion, y la hacia mas crítica y deplorable. Decidióse que el rey pasaria á la asamblea con todo su aparato régio, para anular los acuerdos de esta y hacer respetar su autoridad; se dijo que prescribiria la separacion de las órdenes, como mas conforme á una monarquía; modificaria por si mismo todo cuanto los estados generales pretendian reformar. A si se hizo, y el 20 de junio se anuncia una sesion régia ordenándose que entre tanto cese las asambleas.

A la mañana siguiente Bailly presidente de la

asamblea se presentó en la sala de los estados y hallándola ocupada militarmente, protestó contra este acto que los amotinados llamaron despótico. Los diputados llegaron poco después y alborotados con este acontecimiento, se resolvieron á verificar su reunion en Marly bajo los mismos balcones del príncipe. El trinquete fue designado por una voz é inmediatamente se dirigieron á él los diputados llevando á su cabeza el presidente Bally. Allí fue donde en una sala desaliñada en pie y elevando sus manos al cielo juraron (1) todos menos uno no separarse hasta dar una constitucion á la Francia.

El 22 se reunió la mayoría del clero seducido por Tayllerand y sus secuaces, á la asamblea que se habia trasladado á la iglesia de san Luis.

Llegó el dia 23, una respetable y numerosa guardia rodeaba la sala de los estados generales, se abrió la puerta á los diputados, mas el público no fue admitido. El rey rodeado de toda la magestad del trono pronunció su discurso con bastante energia y entereza, mas la opinion de la asamblea no estaba ya en ocasion de atemorizarse, ni de re-

(1) La revolucion de Francia fue un tejido de juramentos sacrilegos y violados.

ducirse á la obediencia. Luis XVI se retiró después de concluido su discurso mandando á los diputados que se separasen ; todo fue en vano. Mirabeau rompe el silencio y escitando á la rebelion , y menospreciando la autoridad real trae á la memoria el juramento que habian hecho de no separarse hasta dar una constitucion á su patria. Viendo el gran maestro de ceremonias que la asamblea permanecia sin separarse entró á recordar la órden del monarca : *"id á decir á vuestro amo, (esclamó Mirabeau) que estamos aqui por órden del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.* ¿Sois hoy añadió Sieyes con calma, lo que erais ayer? pues bien deliberemos. Entonces la asamblea desobedeciendo la voluntad real, y arrebatando su soberanía entró en deliberacion.

Habiendo el rey despedido á Necker del ministerio, se amotina el populacho en París, prorrumpen en improperios contra la corte, tocan á rebato, toman las armas y cucardas, saquean varios establecimientos y se apoderan de la Bastilla. El gobernador Mr. Delaunay fue sacrificado con sus soldados por defender honrosamente el puesto que se le habia confiado, y Flesselles preboste de los mercaderes, fue muerto de un pistoletazo en

la calle de Pelletier, cuando le conducian los amotinados al Palais Royal.

Este fue el principio de la revolucion francesa que he querido presentar aunque imperfectamente, para que mis lectores puedan formar una idea mas adecuada de la posicion de Talleyrand en tan críticos momentos; mucho pudo contener si la pasion dominante del dinero y honores no le hubiera cegado; pero no dió oidos á los remordimientos de su conciencia. Habia sido nombrado uno de los comisarios encargados de redactar un proyecto de constitucion, y no cesaba de trabajar infatigable todo cuanto le pareció necesario para alcanzar la popularidad que deseaba.

Se discutieron los derechos del hombre y del ciudadano, y la redaccion propuesta por Talleyrand reunió todos los sufragios de la asamblea, como la mas exaltada y anárquica. Necker propuso á la asamblea un empréstito de ochenta millones, para cubrir el déficit del estado, y fue apoyada por el obispo de Autun, que cada vez se dedicaba mas al estudio de las materias de hacienda. Los acreedores del estado á persuasion del mismo, fueron declarados bajo la salvaguardia nacional; de este modo Talleyrand, aumentaba su reputacion y el número de sus amigos.

Si la asamblea se apoderó de los bienes del clero, si los institutos religiosos fueron suprimidos, si las religiosas fueron puestas á prueba, todo fue debido en gran parte á la influencia y consejo del obispo de Autun. El obispo de Langres y él fueron candidatos para la presidencia, y aunque prevaleció el de Langres no fue por una mayoría escesiva, lo que prueba hasta la evidencia el gran influjo de Talleyrand en las resoluciones de la asamblea. La primera comision de constitucion fue disuelta y el obispo de Autun entró tambien como miembro de la segunda. Pronunció un discurso en que probaba como medida utilísima el aplicar los bienes del clero al tesoro, y la asamblea despues de tributarle los mas repetidos aplausos, mandó imprimir doscientos ejemplares de su discurso. El mismo indicó los medios de ejecucion, y su urgente aplicacion á pesar de los abates Maury y de Cazalés. Tampoco fueron respetados los bienes de los hospitales y demas establecimientos de beneficencia; tal era la codicia y rapacidad del obispo de Autun y sus secuaces!

Presentó y leyó á la asamblea un informe sobre hacienda en 1789, relativo á la creacion de papel moneda; los judíos regnícolas de Burdeos y Bayona dieron márgen á una discusion sobre si de-

berian considerarse como ciudadanos, hallándose en Francia posesionados del estado civil. El obispo de Autun como de la comision opinó en favor de los judios y la asamblea espidió un decreto por el cual eran reconocidos sus derechos como ciudadanos activos, con tal que reuniesen las condiciones prescritas por la asamblea. Todos estos desvelos, y un manifiesto que presentó á la asamblea dirigido al pueblo, tenian por objeto atraer á los ánimos y amalgamarlos con las nuevas formas revolucionarias.

Con tan relevantes méritos no es estraño que el obispo de Autun fuese mirado en la asamblea como uno de sus principales caudillos, y que el 16 de febrero de 1789 fuese nombrado presidente á pesar de su competidor el abate Sieyes. La ambicion, el orgullo y la codicia de el obispo de Autun habian tocado á su colmo; mas á pesar de esto, su alma estaba sedienta de nuevos laureles.

§ III.

Poco despues presentó á la asamblea una proposicion que tenia por objeto formar un sistema uniforme de pesos y medidas, al mismo tiempo que el cabildo de Autun escribia enérgicamente á su

prelado estrañando no hallar su nombre en la lista de los miembros de la asamblea que se habian declarado en favor de la religion católica; á lo que respondió el obispo con su acostumbrada sagacidad y equívocas reflexiones.

La asamblea habia mandado pasar á la comision de constitucion una proposicion de Bailly, en la que pedia celebrar solemnemente el pacto federativo de la Francia. Talleyrand á nombre de la comision apoyó la peticion y propuso tres artículos á la sancion, que fueron aprobadas con muy pequeñas modificaciones. El 14 de junio fue el dia señalado para la gran federacion. Todos los diputados de los departamentos fueron presentados al rey, quien los recibió con su acostumbrada afabilidad. A las siete de la mañana salieron en comitiva de la plaza de la Bastilla los electores, la asamblea nacional, los representantes de la municipalidad, los presidentes de los distritos, los diputados del ejército, la guardia de Paris y los federados de los departamentos: no se puede negar que la referida comitiva unida á las corporaciones nacionales, á las banderas desplegadas, á los vistosos y variados trages, á las inscripciones, al armonioso sonido de la música, era demasiado imponente como fiesta nacional, asi como era demasiado sacrílega como acto religioso.

La comitiva atravesó el Sena, y una salva de artillería fue la señal de verificarlo por un puente de barcas echado el día antes. Un arco triunfal lleno de inscripciones estaba preparado en el campo de Marte, por bajo del cual pasó colocándose cada corporacion con órden en el lugar que le estaba preparado.

Cuatrocientos mil espectadores ocupaban el espacioso campo de Marte, en cuyo centro se elevaba un altar de forma antigua, y á su alrededor se veía sobre un magnífico y vasto anfiteatro al rey, á su familia, á la asamblea y municipalidad: los federados de los departamentos estaban colocados bajo sus estandartes por órden; los diputados del ejército se hallaban en sus respectivos puestos bajo sus banderas. Solamente faltaba un sacerdote perjuro que habia de consumar el acto que autorizaba la rebellion y santificaba, si así puede decirse, el máyor crimen que puede cometer la sociedad. El obispo de Autun era el farsante que habia de representar esta escena impia y ridícula; sube al altar de la patria encargando antes á Lafayette que no le haga reir por Dios; celebra de pontifical al son de los instrumentos militares y rodeado de cuatrocientos sacerdotes revestidos de albas y adornados con cinturones tricolores. El obispo de Autun echó la bendicion en se-

guida á las ochenta y tres banderas y la orillama, recibiendo despues un sin número de juramentos que fueron otros tantos sacrilegios é insultos al Dios de paz.

§ IV.

Continuaba Talleyrand ocupándose en el estudio de las materias económicas, hasta que en el mismo año de 1790 se trató la importante cuestion sobre la *constitucion civil del clero*. La asamblea habia formado en su seno una junta llamada *eclesiástica*, que verdaderamente lo era en el nombre, porque no se componia mas que de abogadillos imbuidos en los sistemas de Eybel de Febronio y demas novadores. Se queria hacer la division eclesiástica segun la nueva forma que habia tomado la civil: los ciento treinta y cinco obispados que existian en Francia, quedaban reducidos á ochenta y tres, que era el número de los departamentos; de este modo se destruia la limitacion de jurisdiccion quitando á la iglesia católica una atribucion que desde los apóstoles le ha correspondido por institucion divina; se formaron algunas diócesis nuevas, muchas de ellas compuestas de cinco ó seis trozos de las antiguas. Las metrópolis eran destruidas, y por el contrario muchos obispados eran erigidos en metrópolis. Diez sillas episcopales

se establecieron de nuevo. Se prohibió severamente reconocer la autoridad de ningun metropolitano ni obispo extranjero; finalmente la asamblea no contenta con usurpar á la autoridad real su soberanía temporal, intentó poner su boca en el cielo, y arrancar al sucesor de san Pedro las llaves de la iglesia que Jesucristo ha depositado en él.

La asamblea juzgó que asi como por un acto de rebellion habia pasado á sus manos el poder, se le habian trasmitido tambien los derechos de patronato, proteccion y regalías, absurdo que está destruido con solo tener presente que el derecho de patronato y proteccion se concedió por la silla apostólica á los príncipes en virtud de ciertos pactos y convenios mutuos, para conciliar mejor la marcha de dos autoridades que conspiran á un fin en dos líneas distintas pero no opuestas, no para invadirse mutuamente, de consiguiente la silla apostólica no podia querer que los que se habian levantado contra la legítima autoridad adquiriesen unos derechos que repugnaban á la santidad de la iglesia y á las leyes humanas y divinas. Las regalías suponen soberanía, y en aquel momento la soberanía estaba hollada y destruida por una multitud de hombres sin moral y religion. Desgracia es que á pesar de cuanto se ha escrito sobre esto para demostrar estas verda-

des, nuestros reformadores insistan en imitar á la revolución francesa en este y otros semejantes desatinos. Pero las malas doctrinas se conservan á pesar de que se conozca su falsedad, cuando sirven para cohonestar los crímenes, y favorecen la causa de los hombres sediciosos. La misma asamblea no era consiguiente en sus opiniones; había dado por sentado que no era necesario el concurso del sumo pontífice para la nueva demarcacion de obispados, su ereccion y destruccion, y al mismo tiempo exigía para establecer ó suprimir un curato el consentimiento de los obispos. Tal es la obcecacion de los hombres cuando se estravian del verdadero camino.

La nueva constitucion suprimia los cabildos de las iglesias, catedrales, colegiatas, abadías y los prioratos, abadías, capellanías y beneficios. Lo mas extraño es que cuando á los católicos se les señalaban nuevas demarcaciones de parroquias y obispados, y se les obligaba á conformarse con ellas, los protestantes quedaban en plena libertad para hacer por sí mismos estas divisiones territoriales para las funciones de los ministros de su religion; no es extraño que el protestantismo que no es otra cosa que la rebellion contra el vicario de Jesucristo, fuese tratado con tanta blandura por los que habian levan-

tado el estandarte de rebelion contra el trono y el altar. Le prohibia á los obispos electos dirigirse al papa para obtener lo confirmacion, limitando la comunion con la santa Sede á participarle por via de fórmula lo que se habia practicado en la provision de las vacantes. De este modo quedaban destruidos todos los lazos que forman el sagrado vínculo que une á las iglesias particulares con la suprema cabeza. Se pretestaba restituir la antigua disciplina, al mismo tiempo que se echaba por tierra no solo la disciplina vigente sino la primitiva, que por estar derogada no podia ponerse en práctica sino por expresa autoridad de la silla apostólica. El clero quedó privado de tener parte en las elecciones de sus obispos, siendo asi que segun la antigua disciplina con que se queria deslumbrar, el clero era el que tenia la principal representacion; mas en su defecto fueron admitidos los judíos y los protestantes, siendo cosa digna de afligir á los corazones católicos el recibir sus pastores de aquellos que estaban separados de la iglesia como miembros podridos, y de los que no admitian el sacerdocio de la nueva ley. Seria interminable el transcribir uno por uno los principales capítulos de la *constitucion civil del clero*; baste decir que la iglesia quedaba del todo destruida y reducida á una eutopía maquiavélica.

Talleyrand durante la discusion de la *constitucion civil del clero* guardó un profundo silencio, efecto sin duda no de su escrupulosidad, sino de su penetracion y ulteriores esperanzas. No obstante, luego que fue decretada el 27 de noviembre, fue de los primeros á prestar el juramento que exigia la asamblea nacional, y á dirigir al clero de su diócesis un manifiesto invitándoles á seguir su ejemplo.

Es escusado decir que aunque estas reformas hubiesen sido muy conformes con los sagrados cánones, que no lo eran, la autoridad que las mandaba era incompetente. Su Santidad Pio VI en su breve de 10 de junio, lleno de la mayor amargura, recordaba al rey los verdaderos principios sobre la autoridad de la iglesia. Luis XVI se habia negado absolutamente á la sancion del decreto, fortalecido mucho mas en la negativa despues de la recepcion del breve referido. Mas la situacion del principe no era ya para conservar su autoridad ni para insistir en la negativa; y deseando evitar mayores males á la iglesia y al estado, sancionó la constitucion civil del clero el 24 de agosto, escribiendo al papa los motivos de su determinacion y suplicándole aprobase provisionalmente algunos artículos para la tranquilidad de las conciencias. Pio VI vista esta

determinacion congregó á los cardenales , y se resolvió con su dictámen consultar á los obispos de Francia. Estos prelados , la mayor parte dignos de la confianza que se hacia de ellos, se habian reunido en número de treinta y firmado un escrito bajo el título de *esposicion de los principios sobre la constitucion civil del clero*. Habia sido redactada por Mr. Boisgelin , arzobispo de Aix, y uno de los signatarios; se defendian en ellas los verdaderos principios de la disciplina é inmunidades eclesiásticas, con una moderacion y solidez admirables, bastantes á doblegar á otros que no fueran de tan pérfidas y siniestras intenciones como los revolucionarios.

La esposicion despues de hacerse cargo de las mas importantes cuestiones canónicas , pasaban á contestar al argumento poderoso con que se queria enmudecer al clero ortodojo de que los obispos dieran su dimision para facilitar la marcha de la asamblea. ¿Es necesario (decian en la *esposicion*) que los obispos consagren por su dimision el olvido de las formas canónicas?... Cuando las olas empiezan á levantarse, ¿deben ellos abandonar su iglesia agitada en medio de la borrasca?... Sus motivos y sus acciones pueden diferenciarse, asi como el sentimiento que tienen de las circunstancias útiles ó

dañosas al bien de la religion; y el celo, cuyas formas varían puede presentarles bajo diferentes aspectos las reglas que deben recordarles sus principios, ó los consejos que pueden templar sus efectos.

No hay ley que les quite la libertad cuando la iglesia no ha manifestado su voto ni pronunciado su juicio. Su conducta puede estar sujeta á movimientos de celo y de caridad que no tienen una regla fija y determinada; y los que reclamando la libertad de su ministerio conservan sus funciones, no pueden ser condenados por el ejemplo de aquellos que hiciesen una dimision libre y voluntaria.... La dimision deberia ser aceptada segun las formas canónicas.... Por otra parte la dimision de un obispo es un acto puramente personal, que no tiene efecto sino para sí mismo, mas ninguno para su iglesia. Su iglesia tiene los mismos títulos, los mismos derechos, el mismo estado, haga él ó no haga su dimision. Las sillas quedan vacantes, las iglesias no lo están nunca. La iglesia ha provisto por medio de una administracion no interrumpida á todas las necesidades de los fieles: los hombres mueren, los cuerpos sobreviven, y la iglesia ha transmitido en la vacante de las sillas una jurisdiccion espiritual que ella sola puede dar á unos cuerpos es-

tablecidos que no pueden ser privados de sus poderes sin su autoridad. (1) Al ejercicio de esta jurisdicción de los cuerpos autorizada por la iglesia, es á quien la admision de los obispos abriria la puerta... y ella produciria un estado de cosas mas susceptible aun de oposiciones y de dificultades.

Finalizaba la esposicion pidiendo los obispos á la asamblea que se admitiese el concurso de la autoridad eclesiástica, y se contase con el santo Padre para las reformas que se querian introducir, pero todo fue en vano. La iglesia fue atropellada en sus leyes y en sus ministros, y la constitucion civil del clero se llevó á rigurosa ejecucion.

El 4 de enero de 1791 fue el dia señalado para prestar el juramento todos los eclesiásticos. Los que tenian su asiento en el lado izquierdo habian jurado fidelidad á la constitucion civil del clero. El célebre Mr. Gregoire, cura de Embermesnil, subió á la tribuna y prestó el herético juramento pronunciando un discurso cuyas doctrinas podrán inferir mis lectores. El obispo de Autun, como era de esperar, no tardó en seguirle con otros treinta y seis eclesiásticos y el obispo de Lidda.

(1) Tengan presentes en esta época los reformadores de nuestra desgraciada España, la verdadera doctrina católica.

La pluma se me cae de la mano al contemplar la conducta de varios eclesiásticos, mas no puedo omitir en obsequio de la verdad que fue insignificante el número de los apóstatas comparado con el de los verdaderos confesores de Jesucristo. De todos los eclesiásticos de la asamblea se sometieron á la constitucion civil del clero unos setenta solamente. Los obispos dispersos por las provincias, siguieron la marcha ortodoxa de sus colegas reunidos en París, y de ciento treinta y cinco obispos franceses, únicamente cuatro se alistaron en las banderas de la impiedad. Estos fueron el arzobispo de Sens, cardenal Brienne, y los obispos de Orleans, Viviers y de Autun. Tales eran los prelados que se habian adherido á la nueva iglesia civil, suficientes cualquiera de ellos á desacreditarla por sus estravíos é inmoralidad.

No le parecian bastantes á Talleyrand estos triunfos para colmar sus deseos de destruir la verdadera iglesia de Jesucristo, que consideraba tan conveniente á sus intereses; era necesario al mismo tiempo dar á el cisma un aspecto de estabilidad que no tenia, y para ello se necesitaba pasos mas avanzados. Los decretos de la asamblea segun se infiere de lo que dejo dicho, encargaban las elecciones á las mismas asambleas que nombraban para

las plazas judiciales y administrativas. Se dieron por vacantes todas las plazas eclesiásticas de los que no habian querido apostatar; se pasó á la eleccion de sucesores, que recayó como debia esperarse, entre aquellos sugetos que se habian hecho apóstoles de la revolucion. Hasta aqui todo era fácil; la dificultad estaba en la consagracion y confirmacion de los nuevos obispos electos. El primer punto era el mas espinoso por no hallarse obispo que accediese á consagrar á los electos. El segundo lo miraban como de poco momento, y en verdad que no era extraño que los que habian hecho lo mas, no recelasen hacer lo menos segun su opinion. Talleyrand halló medio de resolver la cuestion.

Acababa de ser nombrado obispo Expilli, diputado de la asamblea, y habiéndose dirigido al obispo de Rennes como su metropolitano segun la nueva demarcacion, se reusó declarando su incompetencia y la nulidad de la eleccion. Expilli recurrió á el obispo de Autun que menos escrupuloso consagró á los curas Expilli y Marolles para obispos de Finisterre y del Aisne en la iglesia del oratorio de Patris el 25 de enero, asistido de los obispos de Babilonia y de Lidida, los que á pesar de repugnar contribuir con su presencia á un acto tan sacrilegio,

tuvieron que verificarlo engañados y amenazados por Talleyrand. Estos eran los medios económicos de la nueva iglesia.

Escusado será advertir á mis lectores, á quienes supongo demasiado instruidos y católicos, que la consagracion hecha de este modo no podia comunicar á los consagrados mision ni jurisdiccion alguna. No obstante, Talleyrand obraba no por error en sus doctrinas, sino por la ambicion que siempre le dominó, cerrando los ojos á sus remordimientos y á sus mismos conocimientos canónicos.

PERIODO TERCERO.

§ I.

Pio VI en vista de esta conducta de Talleyrand, fulminó el anatema de la iglesia contra él declarándole escomulgado. Dos dias antes de llegar este decreto á París, Talleyrand renunció á su ministerio episcopal, haciendo dimision del obispado de Autun, para entregarse del todo á los asuntos políticos, cuya carrera se le presentaba mas conforme á su desmesurada ambicion. No faltó quien

le acusase de aspirar á la Sede arzobispal de París que en aquella época se hallaba vacante, y de haber ganado al juego mas de 600,000 francos. La prensa repitió estos rumores, y Talleyrand se vió precisado á responder á estas acusaciones negando absolutamente el primer punto, y confesando que en dos meses habia ganado 30,000 francos en el club del aljerez. Sea de esto lo que se quiera, porque todo era de creer de su disolucion y de su pasion por el juego, á él le convenia sincerarse del modo que lo hizo, para mostrar su celo por los principios democráticos y por la igualdad.

Como administrador del departamento tuvo que intervenir en la instalacion del nuevo arzobispo constitucional de París el abate Mr. Gober. Durante el ejercicio de su administracion adquirió una multitud de enemigos, que no sin justisimos motivos le acusaban de los robos de conventos de religiosas, y demas tropelías que se cometieron en aquella época. A pesar de todo esto Talleyrand cuidó mas de aumentar su fortuna que de vindicar su conducta.

El 2 de abril de 1791 murió Mirabeau víctima de sus pasiones desarregladas. El presidente de la *asamblea constituyente* anunció su muerte. Varios oradores tomaron la palabra entre los que

Mr. Beaumels dijo: "Ayer en medio de sus padecimientos, Mirabeau mandó llamar al obispo de Autun y entregándole su trabajo sobre la discusión que nos ocupa (1) le pidió, como por última señal de amistad, que se sirviese leerlo á la asamblea. No dudo que el señor obispo de Autun se apresurará á cumplir este deber sagrado, y no creo que nadie pueda oponerse á que ejerza aqui las funciones de ejecutor testamentario del hombre grande á quien todos lloramos."

La asamblea decidió por aclamacion que asistiría en cuerpo á los funerales de Mirabeau, y concedida la palabra á Mr. Talleyrand dijo desde la tribuna: "ayer fui á casa de Mirabeau; un grande concurso llenaba aquella casa á la cual llevaba yo un sentimiento todavia mas doloroso que la tristeza pública. Aquel espectáculo de disolacion llenaba el alma de la imágen de la muerte; hallábase esta donde quiera menos en el ánimo de aquel á quien amenazaba el peligro mas inminente. Me hizo llamar: no me detendré á explicar la emocion que me causaron muchas de sus palabras. Mirabeau, en aquel instante, era todavia hombre público y bajo este aspecto se pueden mirar como reliquias

(1) Era la ley sobre las sucesiones.

preciosas las últimas palabras arrancadas á la inmensa presa de la cual se acababa de apoderar la muerte. Fijando todo su interés en la série de los trabajos de esta asamblea, (1) supo que estaba en la órden del dia la ley sobre sucesiones: manifestó sentimiento de no poder asistir á la discusion, y no parecia sino que con igual dolor valuase la muerte. Pero como su opinion sobre el objeto que nos ocupa está escrita, me la confi6 para que os la leyese en su nombre, voy á cumplir con este deber. No hay uno solo de los aplausos que va á captarse su opinion que no deba causar una emocion profunda en el corazon. El autor de este escrito ya no existe: yo os traigo su última obra, y tal era la alianza de su sentir con su pensar, ambos consagrados á la causa pública, que escuchando su lectura, se puede decir que asistia á su último suspiro." Talleyrand leyó en seguida el discurso que mereció repetidos aplausos.

Mis lectores estrañarán que dos hombres ambiciosos y enemigos declarados, se hubiesen unido en los últimos momentos del uno. No hay cosa mas

(1) Mejor hubiera estado en aquel terrible trance fijar su interés en llorar sus culpas, y disponerse á morir como cristiano.

comun que unirse los que mutuamente se desprecian y se aborrecen, cuando lo consideran útil á sus miras. Orleans, principal agente de la revolucion, era sumamente vengativo y orgulloso para que estos dos hombres pudiesen amarse sinceramente. Talleyrand miraba á lo futuro, y se sometia á Mirabeau: obserbaba lo presente, y lisonjaba al duque de Orleans. Varios rumores acusaron á madama J... esposa de un librero de París y querida de Mirabeau, como perpetradora de *envenenamiento* de este, y aun se designaron á Orleans y Talleyrand como cómplices en el atentado. Nada es estraño entre unos hombres cuya vida era un tejido de crímenes; lo cierto es que Talleyrand no cuidó de desvanecerlos.

§ II.

En este tiempo Luis XVI determinó hacer un viaje á Sanint-Cloud durante la temporada de Pascua, sin entrar en su pensamiento el sustraerse de los lazos de la revolucion. El populacho y guardia de la real Persona, instigados y pagados por Orleans y sus secuaces, se opusieron á la salida del rey; á pesar de los esfuerzos de La-Fayette, que queria hacer respetar la ley y proteger la li-

bertad del monarca. La asamblea con este motivo decretó la inviolabilidad del rey, organizó su guardia constitucional, y atribuyó la regencia al baron mas próximo heredero de la corona, amenazando que se seguiria la destitucion del monarca á su fuga si la intentase. Se deliberó en las secciones de París convocadas por el departamento sobre si se debería suplicar al rey que siguiese adelante con su proyecto ó se le daria las gracias por haber renunciado á su viage, y restablecido la tranquilidad pública. Se acordó presentar una esposicion á Luis XVI que redactó Talleyrand en esta forma.

*Esposicion del departamento de París al rey en
18 de abril de 1791.*

SEÑOR.

«El directorio del departamento de París ha dado cuenta en la asamblea extraordinaria de todos los miembros del departamento, del estado actual de la capital.»

«El departamento no se ha sobresaltado, porque conoce el afecto del pueblo á la person del rey, y sabe que este ha jurado ser fiel á la constitucion. Pero, señor, la confianza que en vuestra persona

tiene el pueblo, ¿podrá resistir por mucho tiempo á las impresiones que unos hombres ardientes por gozar de la libertad reciben de cuanto os rodea?"

«Los enemigos de la libertad han temido vuestro patriotismo, (1) y han dicho entre sí: alarmemos su conciencia. Encubriendo bajo un velo santo su orgullo humillado, derraman sobre la religion unas lágrimas hipócritas. (2) Estos son, señor, los hombres que os rodean: mírase con dolor que favorezcáis á los refractarios, que casi no estais servido sino por enemigos de la constitucion, y se recela que esas preferencias harto manifiestas, sean indicio de las verdaderas disposiciones de vuestro corazon.

Señor, las circunstancias son críticas, una falsa política debe repugnar á vuestro carácter, y no seria buena para nada.

Señor, alejad francamente de vuestro lado á los enemigos de la constitucion; anunciad á las

(1) Lo que temian los adictos á la persona del rey, eran las tropelías que despues hicieron con Luis XVI.

(2) Hipócritas y blasfemos eran el redactor de la esposicion y los que la firmaron.

naciones extranjeras que en Francia se ha hecho una revolucion gloriosa (1) que la habeis adoptado; que en la actualidad sois rey de un pueblo libre, y poned esta instruccion de nueva especie, á cargo de unos ministros que no sean indignos de tan augustas funciones. Sepa la nacion que su rey ha escogido para rodear su persona, á los mas firmes apoyos de la libertad, pues en el dia estos y no otros son los verdaderos amigos del rey. No desatendais, señor, la voz del departamento de París; el consejo que os dá, os lo darian tambien los ochenta y tres departamentos restantes si tuviesen la proporcion de hacerse oir con la misma prontitud que nosotros.»

Luis XVI recibió con disgusto esta esposicion en que se degradaba demasiado la magestad del trono usando un language sumamente libre. Por la muerte de Mirabeau se empleó Talleyrand en la vacante que dejaba en el directorio del departamento, desde donde podia estar mas al corriente de la alta administracion de París. Continuó no obstante en la asamblea nacional con el mismo empeño y ascendiente, adulando á los partidos para lograr sus mezquinos fines.

(1) Mejor dicho estaba una revolucion impía.

El 27 de junio de 1791 redactó el informe sobre institutos religiosos. El 11 de junio se trasladaron las reliquias de Voltaire al panteon. La asamblea entre los que como se ha visto figuraba como principal Talleyrand, quiso dar testimonio público de su impiedad, tributando estos honores á el mas encarnecido enemigo de la religion y del trono. Los discípulos del filósofo de Ferney habian esperado demasiado; era necesario quitarse de una vez la máscara con que pretendian encubrirse.

Con este motivo se publicaron varios escritos en los que no se temia decir abiertamente que Voltaire, era el génio tutelar que habia *hecho caer la primera y mas formidable barrera del despotismo*; á saber, el poder religioso y sacerdotal. Que su máxima que tanto repitiera al pueblo: *no seas necio y poltron*; fue una chispa eléctrica que se comunicó á los corazones amantes de la libertad. La víspera de este dia se fijó en todos los parages públicos de París un escrito reclamando contra este culto tributado á el hombre mas impío é inmoral de la sociedad, pero todo fue en vano y para mayor insulto hicieron pasar todo el acompañamiento por debajo de las ventanas de Luis XVI marchando á la cabeza los que acababan de arrestarle en Varennes. El templo que habia sido morada de el Dios

verdadero, se trasformó en panteon ó templo de ídolos, donde juntamente con Voltaire se colocaron los restos de Mirabeau y otros semejantes.

En medio de estas escenas y otras infinitas que muestran bien á las claras el desenfreno é impiedad de los revolucionarios, continuaba Talleyrand infatigable en la asamblea redactando varios informes, entre ellos uno sobre pesos y medidas, y otro sobre educacion nacional que se trataba de establecer en Francia, proponiendo la fundacion de su instituto nacional. Hizo adoptar varias medidas para estimular á la juventud en la carrera de las artes, pudiendo decirse que el obispo de Autun era el alma de la revolucion.

§ III.

A pesar de los esfuerzos de Talleyrand para atraerse el valimiento de la asamblea, no pudo ocultar su ambicion, mucho mas cuando se le imputaba tener parte en la fuga del rey intentada en junio, y se publicaba en los papeles de aquella época que Talleyrand habia reunido cantidades inmensas. Tambien acabó de desacreditarle el haberse de algun modo pasado al partido de la corte, luego que conoció que no podia esperar nada de la

asamblea por haber decretado que ningun individuo suyo pudiese obtener destino alguno de nombramiento real, ni ser reelegido para la siguiente legislatura. Fue agregado á Mr. Chauvelin, nombrado embajador de Francia en Lóndres en virtud de sus manejos. Poco tiempo pasó para que Talleyrand presagiase la ruina del trono y el dominio del republicanismo; asi se decidió á bienquistarse con él, no por afecto sino por ambicion, única deidad á quien jamás tributó homenaje fingido.

Talleyrand hizo varios viages á Lóndres en los que no fue muy bien recibido de los ministros de aquella época, sospechosos sin duda de sus intrigas y carácter veleidoso. Peor acogida tuvo en la córte porque Jorge III apenas manifestó fijar su atencion en él cuando le fue presentado, y se dice que la reina noticiosa de su conducta inmoral, le volvió la espalda con un afectado desden.

En estos viages, y mas que hizo en la primavera siguiente, fueron demasiado infructuosos sus esfuerzos; no obstante le sirvieron de mucho para en adelante. Entre tanto él supo alagar al partido de Luis XVI, al republicano y al duque de Orleans conserbando inteligencias con los tres, y recibiendo instrucciones de todos antes de partirse para Lón-

dres, no faltando quien asegurase que él fue el que redactó la carta confidencial que Luis XVI habia dado á Mr. Chavelin para entregarla á Jorge III.

La familia real no pudiendo sufrir los ultrages de los revolucionarios, prepararon su viage furtivo que verificaron el 20 de junio dirigiéndose á Châlons y á Montmedy. Al dia siguiente de la fuga se amotinaron los revolucionarios, achacando á La-Fayette y á Bailly complicidad en ella. La asamblea y el partido Orleans que habian conseguido un triunfo, con la fuga del monarca se apresuraron á recoger el fruto de sus manejos. La asamblea publicó una proclama para tranquilizar al pueblo, y Luis XVI próximo ya á el término de su viage fue arrestado en Verennes el dia 21, conducido á la capital y suspendido en el ejercicio de sus funciones. El 10 de agosto se consumó la ruina del trono, cuyos pormenores seria demasiado prolijo enumerar aqui.

Durante estos sucesos lamentables, Talleyrand se hallaba en París bastante desconceptuado para con los constitucionales y próximo á ser víctima de su furor. Sus maquinaciones habian sido descubiertas: no le quedaba otro recurso que la fuga. Después del 10 de agosto se hicieron mas críticas las

circunstancias, y obtenido un pasaporte de Danton y la reposicion en el puesto que ocupaba en Londres, salió de París cuando estaba ya proclamada la república y Luis XVI comparecia á la barra de la convencion. En el fatal, y segun algunos, supuesto armario de hierro, se encontró una carta fecha 22 de abril de 1791 concebida en estos términos.

«SEÑOR: acompaño á V. M. una carta escrita antes de ayer y que no recibí hasta ayer despues del medio día: es del obispo de Autun quien al parecer desea servir á V. M. Me ha hecho decir que V. M. podia poner á prueba su celo y su crédito, y designarle los puntos donde gustase emplearle. La nueva faccion que se opone á los Jacobinos quiere el restablecimiento de la fuerza pública el mantenimiento de la monarquía, la aniquilacion de la democracia y la seguridad de vuestra persona.»

En vista de este y otros datos semejantes fue declarado Talleyrand en estado de acusacion. El abate Desrenaudes publicó en el *Monitor* un artículo que justificaba la conducta del obispo de Autun, y este con fecha del 12 de diciembre de 1792 escribió á la convencion una carta justificativa; mas todo fue en vano porque el 8 de abril de 1793.

fue uno de los comprendidos en la lista general de los emigrados.

Priyado Talleyrand de volver á Francia, fijó su residencia en Inglaterra, procurando hacerse lugar con el partido de los emigrados, mas estos bien penetrados de la poca confianza que debe prestarse á un hombre que se vendia á cualquier partido, le rechazaron considerándole como espía de los revolucionarios.

§ IV.

Es escusado decir á nuestros lectores que mientras pasaban estas cosas con Talleyrand, la asamblea como queda dicho habia destronado á Luis XVI, y no contenta con esto y de presentarle á la barra como si fuera un asesino, le sentenciaron á muerte aquellos hombres que no satisfechos con haber deramado la sangre francesa, ansiaban ensangrentarse con su monarca: con un rey que por demasiado condescendiente y por *anticiparse al pueblo en sus sacrificios* (como dijo Mr. Desezé, en la defensa que hizo de su augusto acusado) era víctima de sus vuenos deseos.

El 25 de diciembre hizo su testamento: el 17 de enero fue condenado á muerte y el 21 del mismo

subió al suplicio con aquella entereza y tranquilidad de ánimo que solo puede darse en aquel terrible trance en el corazón de un inocente y virtuoso rey como Luis XVI. Luego que subió al cadalso se adelantó hácia el pueblo y fijando la vista en la multitud de tropas que le rodeaba les dijo esforzando su voz. *Franceses muero inocente.... perdono á mis enemigos; deseo que mi sangre pueda cimentar la felicidad de la Francia...* Un redoble general de tambores mandado ejecutar por el general Santerre impidió que continuase. En vano intentó el desgraciado monarca dar su último *adios* á un pueblo que siempre habia amado: viendo ya que son vanos sus esfuerzos se quita por sí mismo la casaca y la corbata, pide á su confesor le eche la última bendición de rodillas, y se entrega á los cuatro verdugos. Le afianzan estos con los ceñidores á la guillotina, y el confesor colocando la mano izquierda sobre la espalda de Luis XVI y enseñándole con la derecha el cielo pronto á recibirle, le dice lleno de un celestial impulso: *adios.... hijo de san Luis ... subid al cielo....* Cae la fatal cuchilla.... á las diez y diez minutos habia dejado de existir.

Poco despues tuvo la misma suerte la real familia, y lo que es más, el infame Orleans monstruo lleno de ambicion y regicida no tardó en recibir el

pago de sus crímenes en la guillotina ensangrentada aun por causa suya. Cuando Talleyrand supo la muerte de Luis XVI vistió luto; no puedo decir si por alagar á los ingleses, ó por verdaderos sentimientos.

La Inglaterra alarmada con estos sucesos, votó por el parlamento la ejecucion del *Alien-bill*, y en su virtud Talleyrand recibió órden de salir de Inglaterra, siendo el único de su categoría á quien se aplicó la ley. Varias conjeturas se han hecho sobre esta determinacion de Pitt con Mr. Talleyrand, mas todas pueden reducirse á que el ministro inglés estaba bien enterado que se trataba de propagar las ideas democráticas en Inglaterra; no contribuyendo poco la siguiente carta, fecha el 10 de octubre de 1792 del mismo Talleyrand.

Ciudadano ministro.—Permitidme os ruego que comuniquéis á los demás vocales del consejo ejecutivo algunas observaciones á cerca de la situacion relativa de Inglaterra y de Irlanda. Sin duda que la mayor parte de estas observaciones no se habrán escapado á vuestra penetracion ni á la del consejo; sabedor empero, del número é importancia de los negocios que os ocupan, temo que vuestra atencion no se haya distraido de ellas, y hallándome en los mismos lugares, pienso que es de mi deber entrar

en algunos pormenores sobre el particular. ¡Feliz yó, si mi celo por la causa de la libertad y de la igualdad puede suplir á mi incapacidad!

«Sin duda alguna que un grandísimo número de habitantes de la Gran Bretaña claman en alta voz por una reforma, y desean ardientemente una revolucion capaz de fundar y consolidar un estado republicano. Pero los patriotas ingleses no tienen la vivacidad ni el desinterés que nosotros. No tienen nuestras ideas enérgicas, nuestra aficion á la filosofía política; están tibios hasta el punto de no haber sabido hacerse un punto de apoyo, una mayoría en la legislatura. Creo no obstante, que su intencion es apelar, si conviene á la fuerza para obtener una reforma y recobrar sus libertades perdidas. Con todo, mientras las fuerzas y los recursos del gobierno sean lo que actualmente son, podrán causar inquietudes graves, trastornos parciales, pero sin la asistencia de la Francia, nunca serán capaces de derribarle. El ministerio cuenta con el efecto que causarán los mas violentos alarmistas, seducidos por la elocuencia sofistica del fanático Burke, quien quiere, como quisieron algunos miembros de la asamblea constituyente, servirse de las circunstancias para dar mas fuerza á la aristocracia inglesa.

«Todo induce á creer que el rey de Inglaterra no se mantendrá mucho tiempo en su sistema de neutralidad. Los coroneles han recibido orden de activar la incorporacion de los hombres ausentes del regimiento: ademas se acaba de disponer el armamento de muchos buques. Dicen que la milicia es llamada á las armas, y corren rumores de los cuales, á ser fundados, resultaria que el gobierno fomenta y mantiene sociedades opuestas á las sociedades republicanas. Añádese que los *diarios ministeriales* han recibido instrucciones para hablar en malos términos de la república francesa, y dejar entrever miras hostiles pero con mucha finura. Sé tambien por conducto fidedigno, que inmediatamente despues de haber llegado aquí un correo de lord Elgin ministro de Inglaterra en Bruselas, anunciando la retirada del duque de Bruns Wick, se han despachado algunos buques á los gobernadores de las Indias Orientales y Occidentales, trasmitiéndoles las órdenes de estar dispuestos en el caso de próximas hostilidades, y al mismo tiempo de entrar en conferencias con los descontentos de nuestras colonias, á fin de hacerles presentir la posibilidad de un pronto rompimiento, y por consiguiente el interés que tendrian en ponerse bajo la proteccion de la Gran Bretaña.

«Hé aqui otra consideracion que someto á las luces del consejo: ¿és probable que la Inglaterra se mantendrá neutral cuando el buen éxito haya coronado los esfuerzos y el valor de nuestros ejércitos? Sí; mas si sufriesen derrota, ¿nó se aprovecharia de nuestra desgracia para repartirse nuestros despojos con nuestros enemigos? En la actualidad podemos imponer la neutralidad á la Inglaterra y á la Irlanda; mas en caso de contratiempo, no podríamos contar con una alianza si la Irlanda y la Inglaterra no estuviesen trasformadas en repúblicas: entonces la mancomunidad de peligros traeria evidentemente la comunidad de intereses.

«Me he procurado una copia de los últimos estados formados aqui en el ministerio de la guerra: de ellos resulta que actualmente las tropas regulares en Inglaterra no pasan de veinte mil hombres; de los cuales hay ocho mil en Lóndres ó sus cercanías, quinientos en Portsmouth, mil ochocientos en Plymouth, mil ciento, en Douvres, nueve cientos, en Chatam y mil ochocientos en Sherness, Tibuyrfort y otras plazas de las orillas del Támesis. Los restantes se hallan de guarnicion en algunas ciudades manufactureras donde se teme una insurreccion, ó en diferentes puertos; pero estan tan diseminadas que en ningun punto se podrian reunir

mil hombres. Si á tales estados ponemos el número de patriotas alistados en toda la estension de la Gran Bretrña, se verá que asciende á cerca de setenta mil, y mas de treinta mil de ellos provistos de armas de fuego; los restantes se podrian armar con lanzas: ademas, segun informan nuestros agentes, el número de los patriotas ingleses se va aumentando de continuo."

«En Escocia no se cuentan mas allá de nueve mil quinientos hombres de tropas regulares; hay mil de ellos de guarnicion en Edimburgo, donde el gobierno teme que estalle una insurreccion con motivo de una feria anual que se ha de celebrar á últimos de este mes. En Glasgow hay acantonados dos mil doscientos hombres, y el resto se alla diseminado por algunos pequeños fuertes contiguos al mar. En este último pais, segun un cálculo reciente, los patriotas alistados. son en número de cuarenta y cuatro.

«Por lo que toca á la Irlanda, no podeis ignorar cuan favorable debe ser el espíritu de este pais á todas las ideas capaces de emanciparle de la dominacion inglesa. El gobierno no cuenta en él mas que diez mil hombres de tropas regulares para contrarestar á cerca de ciento cincuenta mil patriotas declarados. Notad ademas, á la primera tentativa que hagamos para libertar á la Irlanda del yugo que la

opprime, todos los católicos sin escepcion se juntarán con los patriotas; mas para esto convendrá quizás poner mucho cuidado en no chocar desde luego con sus preocupaciones religiosas ni con sus rancias supersticiones. (1)

El concurso de tantas circunstancias favorables me determina ahora á hacernos la siguiente proposicion.

«Nuestra flota reunida en Tolon está dispuesta para una expedicion al Mediterráneo: seria útil pues, que despues de haber tomado á bordo veinte mil hombres y armas para cien mil ó mas, variase de destino, pasase el estrecho de Gibraltar, y se hiciese á la bela para Irlanda, donde desembarcarian como aliados de los patriotas oprimidos. Estas fuerzas son en el dia mas que suficientes para privar para siempre á la Gran Bretaña de aquella isla importante, ó cuando menos, para ponernos en posesion de ella. La guardariamos á título de depósito hasta la paz como una prenda de la neutralidad de la Inglaterra, si nuestros ejércitos sufriesen algun revés.

«El plan que propongo, ciudadano ministro,

(1) En España ni aun esta politica maquiavélica se ha tenido.

no debe causar gran efusion de sangre; porque bastará que aparezcamos fuertes para que no hallemos obstáculos que combatir. Lo mismo sería en Escocia y hasta el riñon de Inglaterra.

Ocho dias serian suficientes para desembarcar sesenta mil hombres en veinte y tres puntos diferentes. Para mayor prudencia, tal vez convendria hacerles tomar la calificacion de emigrados, á fin de no alarmar las primeras sospechas del gobierno, con lo cual quizás seria fácil apoderarse por sorpresa de los docks de los arsenales y de las estaciones navales. Con la asistencia de nuestros numerosos partidarios secretos, hasta podriamos ocupar á Lóndres, y por otra parte se debe tener por cierto que nuestro desembarco será la señal de una revuelta general en Inglaterra. El gobierno asustado por los agresores del exterior, inquietado por las insurrecciones interiores, sin confianza en sus tropas y poco seguro del apoyo del pueblo, no tendrá á su disposicion fuerzas bastantes para rechazar al enemigo y contener al mismo tiempo á los rebeldes.

«Una vez dueños de los puertos principales, una vez se hallen en poder nuestro las flotas inglesas, haremos fácilmente venir de Francia los auxilios que necesitamos; y por otra parte, como á la marcha de nuestras tropas habrán precedido pro-

clamas en nombre del pueblo soberano de la Francia, dirigidas al pueblo soberano de la Gran Bretaña é Irlanda como á su fiel aliado; no lo dudeis: este pais será teatro de una revolucion mas rápida y afortunada que la de 1688. Los elementos de una república están mas maduros en Inglaterra que no lo estaban hace cuatro años en Francia; y tal vez los ingleses necesitarán menos semanas que nosotros años para verificar ese grande y solemne cambio. Aquí los descontentos son muchos; los hay hasta en los regimientos con los cuales cuenta mas el gobierno. En las mismas guardias del rey, han manifestado abiertamente su adhesion á nuestra causa algunos oficiales de alta graduacion y de sumo influjo; entre los soldados se advierte una fermentacion que no puede menos de ser en extremo provechosa para nuestros planes. Considerad ademas que en la actualidad la Gran Bretaña no tiene en el continente otros aliados que la Prusia y la Holanda; y segun la marcha rápida de nuestras tropas, segun la habilidad de nuestros generales, se puede contar con la próxima emancipacion de esta gran potencia. Los recursos que entonces sacaremos de ella y nuestras propias fuerzas, nos proporcionarán medios mas que suficientes para impedir que la Prusia y demás gobiernos piensen en auxiliar al ingles.

“Si este plan merece la aprobacion del consejo ejecutivo, no hay que perder tiempo si se quiere asegurar su ejecucion. Tened, ciudadano ministro, la bondad de noticiarme la determinacion que sobre el particular se tome para que los patriotas de este pais puedan estar prontos á la primera voz y unirse con nosotros en la gloriosa empresa, cuyo sagrado objeto es libertad al mundo de la tiranía de los *reyes* y de la tiranía del *sacerdocio*. (1)

Con este documento y otros antecedentes nada favorables á su conducta moral, el ministro inglés se vió obligado á tomar esta medida de precisarle á dejar la Inglaterra en el término de tres veces veinte y cuatro horas.

§ V.

Mientras Talleyrand se dirige á los Estados- Unidos de América, haré una reseña de los sucesos de la revolucion francesa. A la muerte de Luis XVI sucedió lo que este desgraciado rey habia predicho á su confesor poco antes de morir, de que su opinion habia sido siempre que si la revolucion pre-

(1) Esta empresa es el tema de los impíos, que por desgracia existen.

sentaba á la Europa el espectáculo de un rey en el cadalso, no tenia otro objeto que habituarla á ver caer sin emocion alguna todas aquellas cabezas que se atreviesen á coartar sus proyectos. Y en efecto, ¿quién será tan temerario que clame por la venganza y satisfaccion de la vindicta pública, de la sangre derramada cuando haya visto correr la de un monarca sin escitar la menor conmocion? Mañana, sí, como lo he dicho otras veces, mañana es el dia en que se dá principio á esta fúnebre carrera que seguirán todos aquellos cuyas opiniones, virtudes, talentos ó riquezas den algunos recelos á la tiranía. ¡Vaticinio triste!! ¡Tiempos calamitosos! ¡Cuántos calabozos se verán llenos de víctimas infortunadas! ¡Y cuántos cadalsos regados de sangre! El cañon de los valientes militares no se asestará ya contra los enemigos de la patria sino para destruir á sus propios hijos. La delacion se hará un deber; el asesinato una virtud, los padres se verán proscriptos y perseguidos por aquellos á quienes dieron el sér, y las madres desmintiendo el carácter de tales, despedazarán como ya lo han hecho mas de una vez durante el curso de la revolucion, los miembros de sus propios hijos; la muerte y el incendio unidos al agua y al acero conspirarán á la destruccion de esta generacion, y los rios retroce-

derán hácia su origen, represados por los cadáveres con que los facciosos obstruirán su corriente....”

Hasta aquí la profecía de aquel desgraciado y virtuoso rey, terrible por cierto, pero que se cumplió al pie de la letra. Instituyóse el *tribunal revolucionario* estableciendo por castigo la pena de muerte, autorizando á todo ciudadano para prender y conducir ante los magistrados á los *conspiradores* y á los *contra-revolucionarios*, dispensando de pruebas y de testigos, y privando á los acusados de defensores. Estos eran los progresos de la libertad tan decantada.

En virtud de esta libertad y filantropía se guillotinaron mas de diez y ocho mil seiscientas víctimas sin contar con innumerables que fueron fusiladas, entre los que se cuentan mas de veinte y dos mil niños, dos mil doscientas y tantas esposas de labradores ó cortesanos. Madama Roland que tambien fue víctima de la revolucion muriendo en la guillotina, presenta este cuadro horroroso en sus memorias de un detenido. «Las mugeres mas lindas, dice, de edad mas tierna, las mugeres mas interesantes caian confundidas en este abismo, (1) del

(1) La abadía,

que salian para ir á docenas á inundar de sangre el cadalso.»

Hubiérase dicho que el gobierno estaba en manos de unos hombres que no contentos con insultar al sexo de la hermosura con sus monstruosos apetitos, le profesaban un odio implacable. Jóvenes embarazadas, jóvenes recién paridas y que permanecian en aquel estado de debilidad y de palidez, consiguiente al extraordinario padecimiento de la naturaleza, que respetáran los pueblos mas salvages; jóvenes en cuyas venas habiase suspendido de repente el curso del primer alimento del niño á causa del horror ó á causa de haberles arrebatado los hijos de su seno, lloraban dia y noche sepultadas en este abismo. Conducíanlas arrastradas de calabozo en calabozo, amarradas sus débiles manos con indignos hierros, y aun veíanse algunas con argollas al cuello. Llegaban mas desmayadas y en brazos de los criados de los carceleros que se reian de ellas, y otras estupefactas y casi imbéciles. Hacia los últimos meses, sobre todo (antes del 9 thermidor) reinaba aqui una actividad infernal; crujian de dia y noche los cerrojos: llegaban por la tarde setenta personas para poblar el cadalso: reemplazábanlas al otra dia cien mas, á las que aguardaba despues igual suerte.

«Catorce lindas doncellas de Verdun, de un candor sin igual y que tenían todas las maneras de unas vírgenes consagradas á una fiesta pública, pisaron todas juntas el patíbulo: desaparecieron de una vez y fueron sacrificadas en su primavera. El patio donde yacian las jóvenes, presentaba al otro dia de su muerte el aspecto de un jardin despojado de sus flores por la tormenta. Nunca observé en nosotros desesperacion igual á la que escitó esta barbarie.»

«Percieron tambien juntas veinte mugeres de Poitou, la mayor parte pobres: paréceme ver todavía á estas desgraciadas víctimas: paréceme verlas tendidas en el patio de la conserjería, postradas de cansancio á causa del largo camino y durmiendo sobre el empedrado... En el mismo momento de salir para el suplicio arrancaron de los brazos de una de estas desdichadas un niño á quien alimentaba, y que en aquel instante bebia una leche cuyo manantial iba á secar el verdugo. ¡Oh agudos gritos del amor maternal! ¡Gritos sin efecto!... Algunas mugeres murieron en la carrera, y sus cadáveres fueron guillotizados. ¡Cuántos individuos del sexo de la hermosura ví conducidos á la muerte! Habíanlas declarado embarazadas... Y estos son los franceses, de quienes sus mas elocuentes filósofos

predican por espacio de setenta años la *humanidad y tolerancia.*»

Mis lectores, á quienes supongo demasiado versados en la historia de la revolucion francesa, podrán traer á la memoria los pormenores de aquellos dias de terror y de sangre; baste decir que son millares de desgraciados los que fueron ejecutados en menos de tres años. La guillotina se habia convertido en objeto de entretenimiento; se colocaba el cadalso con una orquesta al lado donde se entregaban á los deleites, á los bailes y á la prostitucion infinidad de jóvenes que despues eran decapitadas.

Le-Bon formó una guardia de niños, los cuales jugaban con unas pequeñas guillotinas dando muerte á pájaros y ratones; estos mismos niños eran espías hasta de sus mismos padres. En la Vendée, Lion, Nantes ¿pero para qué citar? Una impresion solamente bastará á dar idea de el sistema de terrorismo que presidia en aquel pueblo regicida. La sangre humana se recogia diariamente en cubos, ocupándose cuatro hombres en vaciarla en un acueducto que se habia formado en la plaza de san Antonio. Carrier en Nantes hizo fusilar ancianos, jóvenes, doncellas, hasta niños de teta, á quienes suponía enemigos de la república. Los mismos cóm-

plices en tantos asesinatos no se vieron libres de las manos unos de otros. Challier, el obispo Fauchet, predicador de la anarquía, Hebert, Gobel, Rousin, Chaumette, Couthont, Saint-Just, Henrriot y los dos Robespierres fueron guillotinado; otros murieron asesinados como Marat, que lo fue por Cartola Corday. Este era el aspecto de la Francia á la muerte de Robespierre. Este el estado á que llega un pueblo que olvidado de lo que debe á Dios y á sus reyes, rompe los lazos sociales que le coartaban su natural libertad para dispensarle el beneficio de la libertad civil. Los pueblos que una vez han perdido el pudor, la humanidad y la religion, son incomparablemente peores que una reunion de tigres, porque estos al menos se respetan unos á otros y procuran conservar su prole; mas el pueblo desenfrenado no se sacia con la sangre de sus amigos y de sus propios hijos. ¡Oh españoles que tan codiciosos repasais en esta época la revolucion francesa con siniestros intentos, considerad que la inmortalidad que os adquirieseis representando el papel de los héroes de la guillotina y del puñal, era el mayor borron que pudiese caer sobre vuestro nombre. La verdadera inmortalidad es la de ser padres de la patria, amantes del órden, sóbrios, compasivos, maestros de la vir-

tud y depositarios de la pública tranquilidad.

Cuando el hombre ha cumplido los deberes que la sociedad le impone, ¿qué dulce es su misión sobre la tierra! Su corazón respira un aire de tranquilidad y de ventura que jamás podrá respirar el monstruo que se ha ensangrentado en la sangre de sus compatriotas. ¡Oh españoles! Cuando observo nuestras desavenencias, cuando miro por todas partes la relajación de costumbres, el poco respeto á las autoridades, el menosprecio de las leyes, el odio contra el sacerdocio y la ambición de ciertos hombres.... una lágrima ferviente cae de mis ojos, como presagio funesto de terrible catástrofe. ¿Qué suerte será la de mi patria me pregunto á mi mismo? ¿Qué suerte será la suya cuando todo indica que caminamos á una disolución social? Españoles aun hay tiempo: aun habita en nuestro suelo, aunque perseguido, calumniado y despreciado el honor castellano y el catolicismo de nuestros padres; sobre estos dos puntos hemos de apoyarnos para dejar las armas que hemos tomado mas bien que por opiniones por rencores personales. Mas yo me distraigo involuntariamente, y me separo de el gran político cuya historia estoy trazando. ¡Tal es la voz del corazón cuando se expresa sin mas norte que sus propios sentimientos, y

estos son tan amantes de su patria como los míos!

PERIODO CUARTO.

§ I.

La caída de Robespierre sucedió el 27 de julio de 1794, y el 28 á las seis de la tarde fue guillotinado vestido con la túnica azul con que se había presentado en el campo de Marte para proclamar el culto del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, el día 8 del anterior mes de junio. Este hombre terror de todos los revolucionarios, fue abandonado de todos ellos, y subió al cadalso en medio de las imprecaciones de un pueblo que tanto había ultrajado. Después de su caída la revolución fue suavizando su marcha, y la convención adoptó un régimen mas humano. Se pusieron en libertad á multitud de ciudadanos que estaban destinados esperando el último suplicio; no obstante aun continuaron algunos rasgos bien notables de inhumanidad y de fiereza.

El 28 de agosto S. S. Pio VI espidió su bula (*Auctorem fidei*) en la que condenaba el sinodo diocesano de Pistoia celebrado en 1786: bula digna

de tenerse presente en esta época desgraciada por todos los católicos españoles por hallarse condenados en ella todos los errores que pululan entre nosotros.

Talleyrand durante esta época habia permanecido en los Estados-Unidos de América, procurando unas veces hacerse lugar en los emigrados, otras veces acecharles y venderles. No falta quien asegure que trató de vengarse por el ultrage que recibió de los ingleses, y que intrigó contra Inglaterra; *nada es extraño en este hombre, que tenia por alimento la intriga*. Noticioso de la muerte de Robespierre presentó á la convencion por el abate Desrenaudes la solicitud siguiente:

Peticion de Carlos Mauricio Talleyrand, obispo que fue de Autun, á la Convencion Nacional.

Filadelfia 28 pradiar,
año III de la república
francesa.

"Mauricio Talleyrand Perigord, obispo que fue de Autun, salió de Francia el 10 de setiembre de 1792 con un pasaporte del gobierno, el cual le mandaba pasar á Lóndres. Su mision tenia por

objeto prevenir el rompimiento entre Francia é Inglaterra. Las circunstancias no permitieron que el buen éxito coronase los esfuerzos de Talleyrand, pero los enviados de Francia en Inglaterra atestiguan el celo frances que constantemente manifestó en favor de la república.»

“Mientras la duracion de su mision, (el 5 de diciembre) fue decretada su acusacion, y bajo un pretesto tan frívolo, como los comités encargados de redactar el acta de acusacion nunca encontraron materiales para componerla, y sin duda se le hubiera llamado á no ser los desastrosos sucesos que se opusieron á las medidas de justicia. ¿Podia volver Talleyrand sin que solamente supiese el objeto de su decreto de acusacion? ¿Debía constituirse preso cuando las cárceles acababan de ser violadas? La asamblea nacional, gimiendo por la mortandad que en ellas se habia hecho, se vió en la imposibilidad de contenerla; habia dado á cada hombre el derecho natural de defenderse; y ¿qué derecho natural mas evidente que el de sustraerse de aquellas mismas cárceles donde se habian cometido asesinatos y donde nadie podia salir garante de que no se repitiesen? El ministro inglés, perfectamente instruido de los sentimientos patrióticos de Talleyrand, se sirvió de la facultad que le concedia el *Alien-*

bill para intimarle que saliese de Inglaterra dentro de tres dias.»

«Talleyrand partió para los Estados-Unidos de América donde reside todavía esperando que le sea lícito volver á su patria y ser reconocido digno de ella por sus principios y sus sentimientos. Talleyrand hace presente que las cualidades de contumaz y emigrado no pueden estar reunidas en una misma persona; que la fuga motivada por un decreto de acusacion, y mas la ausencia prolongada por esta causa no tiene conexión alguna con la salida voluntaria que constituye el delito de emigracion, y que la convencion nacional ha reconocido, que los que desde 31 de mayo habian sido perseguidos por mandatos de arresto, denunciaciones etc., estaban autorizados para presentarse. Talleyrand decretado de acusacion despues del 2 de setiembre de 1792, se alla absolutamente en el mismo caso; porque las cárceles eran entonces lo que posteriormente fue toda la Francia bajo la tirania de Robespierre, y hubiera sido una insensatez el constituirse preso en medio de los desórdenes que entonces dilaceraban á la república.» = *Cárlos Mauricio Talleyran Perigod.*

La convencion no hizo mucho aprecio de esta peticion, y Talleyrand movió todos los resortes de

mas influjo para lograrla. La célebre escritora madama Stael, se interesó vivamente por Talleyrand y logró de Mr. Chénier uno de los votos de mas ascendiente en la convencion que le defendiese en la sesion del 18 fructidor año III de la república.

Efectivamente, en vista de la enérgica defensa que hizo Mr. Chénier, la convencion dió un decreto autorizando á Talleyrand para volver á Francia.

Cuando recibió Talleyrand el decreto que le autorizaba para volver á Francia, se hallaba aun en los Estados-Unidos de América; al instante regresó á Europa, desembarcando por escala forzada en un pequeño puerto de Inglaterra. Se dirigió á Hamburgo, donde fijó su residencia. Allí encontró Talleyrand á los Orleanistas que trazaban dar á la Francia una monarquía constitucional. Talleyrand al principio aparentó entrar en sus maquinaciones, mas efectivamente no era asi.

El tiempo que permaneció en Hamburgo, le dedicó esclusivamente en acrecentar sus intereses y en intrigas amorosas. En estas tuvo varios acontecimientos, pero con especialidad uno sumamente escandaloso y aciago con la jóven baronesa Cordelia. Esta jóven discípula de madama Genlis, habia sido educada por principios filosóficos: su esposo baron de S.... demasiado condescendiente y algo mas, le

permitia la sociedad que fuera de su agrado, de cuyas resultas habia ya dado una leccion de inmoralidad con un jóven oficial, y repitió la escena con Talleyrand, suicidándose con un cortaplumas por sus amores. Ordenó en su testamento que su cadáver fuese incenerado en una hoguera funeral levantada en frente de las ventanas de la biblioteca donde por primera vez vió á Talleyrand, y que sus cenizas se colocasen en una urna cineraria, en la que habian de leerse estas palabras.

**LAS CENIZAS DE CORDELIA DE S.... DE LA
CASA DE LOS PRÍNCIPES H.... DEBEN SER
LEGADAS AL CIUDADANO CÁRLOS MAU-
RICIO TALLEYRAND.**

MORI MEMENTO.

Mis lectores me dispensarán de insistir mas en este lance, porque es demasiado escandaloso para sus oídos: baste decir que Talleyrand se vió precisado á dejar á Hamburgo, y pasar á Berlin en fuerza de los insultos y desprecios que recibia por la muerte de Cordelia.

Tres meses permaneció en la capital de Prusia, donde tuvo frecuentes relaciones con las mas distinguidas notabilidades y con los ministros. Tam-

bien tenia al mismo tiempo sus reuniones secretas con los anarquistas prusianos, haciendo los mismos servicios en Berlin que habia hecho en Inglaterra. Despues de esto regresó á París donde procuró congraciarse con los republicanos á pesar de la poca confianza que les inspiraba.

Por este tiempo la revolucion caminaba con pasos mas moderados. La convencion dió un decreto concediendo el libre ejercicio de todos los cultos. Con este motivo los obispos constitucionales principiaron con ardor sus manejos, y dieron nuevas pruebas de su ambicion desmesurada y de su genio turbulento, lo que renovó nuevas persecuciones por parte de la asamblea contra el sacerdocio.

§ II.

He llegado ya al momento en que se hace preciso sacar á la escena al guerrero de este siglo, al famoso Napoleon Bonaparte. Este hombre célebre nació en Ajaccio en la isla de Córcega el 15 de agosto de 1789, y los héroes de la Odisca representados en la alfonbra sobre que vió la primera luz, debian algun dia ser imitados por este genio extraordinario. Napoleon debió su educacion á los religiosos del orden de san Benito directores del co-

legio de Brienne. ; *Cosa singular !* exclama aquí A... Hugo, *los frailes estaban encargados de educar soldados , y es forzoso convenir que no lo hacian mal cuando educaron á Napoleon !* Cosa particular es que los frailes tan despreciados y perseguidos por hombres que se llaman filantrópicos , hayan contribuido siempre en la formacion de los grandes hombres , á la ilustracion de la sociedad, aumento de las artes y fomento de toda empresa positivamente útil.

El jóven Napoleon habia ascendido de teniente de artillería á general, en virtud de sus talentos militares y por su órden regular. Acababa de ser nombrado comandante en gefe del ejército de Italia, cuando la convencion decretó el desarme general de los habitantes de París. Un niño de doce á trece años se presentó derramando abundantes lágrimas pidiéndole la espada de su padre. Era Eugenio Beauharnais, hijo del general de este nombre que habia sido guillotinado: Napoleon le devolvió su espada. Su madre se presentó á dar las gracias á Napoleon, y desde aquel momento este se enamoró de Josefina. Barrás aplaudió estos amores, y Talleyrand que le interesaba congraciarse con este miembro del directorio, tomó á su cargo remover todos los obstáculos para concluir el proyectado

matrimonio. Un día que tuvo ocasion de hallar á Bonaparte, que aunque enamorado estaba indeciso, le dijo: "Ciudadano, vos habeis dado pruebas de un ardiente patriotismo; os echan en cara que sois un poco exaltado; eso será tal vez que nosotros somos ahora mas moderados; vuestros servicios del 13 vendimiario no han caido en gracia á todo el mundo; tienen una apariencia de jacobinismo de la cual conviene lavaros; de ellos os lavareis con victorias; estas son en Francia la única rehabilitacion admitida; no os volverán á ver sino coronado de palmas. Creedme; tomad una muger que os traerá por dote bellas esperanzas cuya realizacion solo de vos dependerá.»

Bien comprendió el general Bonaparte que no conseguiría el mando del ejército de Italia que tanto apetecia sino complacia á Barrás casándose con Josefina. Efectivamente, verificó su casamiento el 9 de marzo de 1796: al momento el general Bonaparte recibió el mando en gefé del ejército de Italia, no sin deberse á Talleyrand mucha parte en este nombramiento.

Nuevos ataques contra Talleyrand, y que descubrian su proceder intrigante le pusieron en cuidado; se le acusaba de mantener relaciones con el conde de Provenza (Luis XVIII) por lo que se vió

precisado á contestar aunque no de un modo muy satisfactorio para sus enemigos. Todas estas contestaciones le hacian cada vez mas notable, dándole una importancia extraordinaria. Fue nombrado miembro del instituto nacional, en la clase de ciencias políticas y morales. Leyó con motivo de haber sido nombrado secretario de clase, un informe con el epígrafe, *de los trabajos de la clase de las ciencias morales y políticas*. Poco despues leyó una memoria á cerca de las relaciones comerciales de los Estados- Unidos. Llegó por fin Talleyrand á captarse, en virtud de sus amaños, la confianza de la república, por lo que fue nombrado ministro de negocios extranjeros el 27 mesidor año V (15 de Julio de 1797) contra el torrente de algunos enemigos suyos, particularmente Carnot.

En febrero de este mismo año se habia efectuado el tratado de Tolentino, entre el papa y el gobierno frances, á propuesta del general Bonaparte. Por dicho tratado el papa fue condenado á pagar treinta y un millones, suministrar mil seiscientos caballos equipados, dar una pension á la familia Basseville, perder las tres legaciones de Bolonia Ferrara, y Ravena, y recibir en Ancona una guarnicion francesa. El pontífice disgustado, fue acometido de una grande enfermedad.

El 17 de octubre fue concluido el tratado Campo-Formio, el que se firmó en Passeriano aunque se le puso la fecha de Campo-Formio por ser ciudad declarada neutral por el congreso. Este tratado daba una idea de bien superior del vencedor de la Italia. Bonaparte mandó al directorio los preliminares de aquel tratado, y Talleyrand con esta ocasión escribió al general Bonaparte la siguiente carta.

«¿Con qué ya está hecha la paz, y una paz á lo Bonaparte?... Recibid por ella mis cordiales felicitaciones, general. Faltan voces para deciros todo lo que se quisiese en este momento. El directorio está satisfecho, el público contentísimo: todo anda de bien á mejor. Habrá quizá alguna gritería de Italiano, mas no importa. Adios, general pacificador, adios: amistad, admiracion, respeto, gratitud,... no sé donde debiera terminar la enumeracion.»

Betthier y Monge, comisionados por Bonaparte para presentar al directorio los preliminares del tratado de Campo-Formio, fueron introducidos por Talleyrand en la sesion solemne que para este efecto celebró el directorio. Tengo el honor, dijo Talleyrand tomando la palabra de presentar al directorio ejecutivo de la república francesa al ciudadano Betthier, encargado por el ciudadano

Bonaparte de entregarnos el tratado definitivo concluido entre la república francesa y el emperador.

“Esta ventaja, ó mas bien esta recompensa, era debida al general que tanta parte ha tomado en los prodijios del ejército de Italia.

«El general Bertier, segun el mismo Bonaparte, es una de las columnas de la república francesa. No hay victoria alguna del ejército de Italia á la cual no haya contribuido. No temeria que la amistad me hiciese parcial, si trazase los servicios que este bravo general ha prestado á la patria; déjolo á cargo de la historia, y la opinion de todo el ejército servirá de base al testimonio de la historia.

“En estos términos habla Bonaparte de Bertier; escusados serán mis elógios. En efecto ¿qué puedo yo añadir á tales espresiones? Pero mientras que una reunion escogida de republicanos se agolpa aqui en torno del compañero y amigo de Bonaparte, y parece acusar con su ojo avizor su modesto continente, reciba al menos en medio del público regocijo la generosa espresion de gratitud que nos escita el inapreciable beneficio de la paz. Y ¿quién no se estremece de alegría al pronunciar esta palabra? Y esta, señores, no es una de aquellas paces serviles que dicta la fuerza, y de las cuales se burla á su capricho la perfidia. No: es la

victoria que se para; es el valor que se pone á sí mismo un freno; es una paz libremente firmada y formalmente garantizada, que engrandeciendo el dominio de la libertad, consolida la revolucion, apaga la delirante ambicion de los enemigos esterioros, nos trae mil bienes preciosos y nos abre un porvenir colmado de toda suerte de esperanzas."

"Si al llegar á sus oidos esta noticia han creido algunos republicanos poder contener la manifestacion de su gozo, habrá sido sin duda por haber apartado su mente de tan consoladoras ideas. Seguramente que, á impulsos de un sentimiento patriótico, desean todavia mas engrandecimiento para la república y menos ventajas para la potencia rival: pero ese sentimiento puro en su origen, no debe luchar por largo tiempo contra el alborozo universal, y conviene que ceda sobre todo á consideraciones de un órden superior. ¿Dónde habria encontrado un término esa sangrienta lucha? En medio de tan terrible incertidumbre, ¿hay derecho para prolongar una esperiencia que tantas desgracias puede costar al mundo? y cuando el problema de la revolucion francesa está mas que resuelto; cuando la Francia gana para la libertad á muchos millones de hombres; cuando la república francesa en su sexto año se eleva incomparablemente á la categoría de

primera, potencia en Europa ¿quién se atrevería á desechar una paz que nos asegura tanta gloria en el exterior, y nos promete tantas prosperidades interiores? ¿Quién se atrevería á desechar una paz que devolviendo al seno de nuestros campos, á esos soldados triunfadores, enjugará en ellos tantas lágrimas, escitará tanto amor, despertará tanto entusiasmo y fundará sobre todo aquel patriotismo siempre verdadero, siempre puro, nunca con excesos, porque siempre se alimenta con los recuerdos de la gloria y de la magnanimidad? ¡Y quién después de tantos combates osaría decir á nuestros ejércitos: «no habeis vencido lo bastante!» ¡Después de la derrota de Beaulien, de Wurmser, de Clairfayt, etc: «no habeis derribado bastantes reputaciones!» ¡Después de las victorias de Basano, de Lodi, de Arcolo, de Rivoli, de Trevisa, del Tagalimento: «no habeis alcanzado bastantes victorias!» ¿Qué hombre se atrevería á exigir aun nuevos prodijios, cuando con los actuales se eclipsan en los anales de la fama los tiempos heróicos, y cuando los tiempos fabulosos son ya nuestra propia historia? ¡Ah! no: rindamos mas bien gracias inmortales al directorio que ha conocido cual era el momento oportuno de poner coto á sus triunfos, que libremente ha depuesto el rayo; que ha dado

la paz al continente para preparar mayor arrepentimiento á la orgullosa Inglaterra, y que ha conocido que la verdadera grandeza es la que se limita á sí misma; la verdadera fuerza la que se modera; la verdadera gloria la que se rodea de la gratitud nacional."

Talleyrand hizo aqui una leve pausa, y presentando en seguida al ciudadano Monge, continuó.
 «Tambien tengo el honor de presentar al directorio ejecutivo al ciudadano Monge, encargado del mismo modo de anunciarle la paz, y que habia sido enviado á Italia como miembro de la comision de ciencias y artes, para recojer los monumentos adquiridos en favor de la república por medio de nuestros tratados.

«Esos monumentos, en los cuales están gravados todos los linajes de gloria tanto de Grecia como de Italia, son al fin una riqueza nacional que muy luego podremos contemplar en París.

«Para trasportarles y conservar á muchos de ellos aquella hermosura frágil que el tiempo ha respetado, eran menester manos no estrañas ó indiferentes, sino francesas capaces de apreciar tan linda adquisicion.

«Monge fue elegido: su ardiente patriotismo, su religioso amor á las artes y su legitima sed de

nombrada en la carrera de las ciencias, cuyos límites ha ensanchado, fueron títulos sagrados á los ojos del gobierno.

«Monge ha correspondido plenamente á la confianza: ninguna mision ha sido jamás tan dignamente desempeñada. Esas obras maestras han corrido mas de un riesgo en varias traslaciones: y al contarnos las sábias y delicadas tentativas hechas para preservarlas de todo menoscabo, sentimos aqui casi las mismas emociones vivas y patéticas que nos escitan los objetos de nuestro mas tierno afecto. Tranquilícense no obstante los amantes de los artes: el objeto de su culto se ha librado de todos los riesgos; el ciudadano Monge va á noticiarles que muy pronto disfrutarán de su presencia con una seguridad para siempre inalterable.»

Despues de este discurso, Berthier tomando la palabra presentó al directorio el ramo de olivo que llevaba en la mano, y pronunció un discurso en el que hizo un extracto de las campañas del ejército de Italia.

El tratado de Campo-Formio contradecía en un todo á los principios del directorio. No pudiendo comprenderse como aquellos que deseaban estender en la Europa su fanatismo republicano destruyesen en virtud de dicho tratado la república

veneciana. ¡Estos eran los hombres sábios y provi-
sores!

Bonaparte despues de haber declarado á sus
colegas Treilhar y Bonnier que habia concluido
su mision , partió para París, llegando de incógni-
to á dicha capital el 5 de diciembre. En su tránsito
por Italia, Suiza, Milan y Rastad, recibió las
aclamaciones de todos los pueblos. El pueblo de
París le recibió con un entusiasmo extraordinario
que escitó la envidia y recelos del directorio, el
que en aquella ocasion bien á pesar suyo tuvo que
manifestar participaba de aquella alegría popular.

Ya en las sesiones secretas del directorio se
habia ajitado la cuestion de recompensar al ven-
cedor de Austria, y libertador de Italia (1) con
algun título honorífico, ó con alguna posesion ó
palacio, pero fueron desechadas las propuestas,
sin sentimiento de Bonaparte que reservaba miras
mas elevadas.

A pesar de todo, el directorio no podia menos
de dar una muestra pública de la satisfaccion na-
cional; por lo tanto se preparó el salon del palacio

(1) Frase revolucionaria. Napoleon era la vara de
hierro con que Dios quiso castigar los pecados y cor-
rupcion de los pueblos.

de Luxemburgo (que era el de los directores) con todo lujo y magnificencia para la sesion del 11 de diciembre, en la que Bonaparte acompañado de Scherer, ministro de la guerra, y de Talleyrand, de negocios estrangeros, asociado de Joubert que llevaba la bandera del ejército de Italia, fue presentado al directorio tomando la palabra Talleyrand y pronunciando un discurso cuyos principales pasajes son los siguientes:

“*Ciudadanos directores:* tengo el honor de presentar al directorio ejecutivo al ciudadano Bonaparte, que lleva la ratificacion del tratado de paz concluido con el emperador. Presentándonos esta prenda segura de la paz, nos acuerda á pesar suyo las innumerables maravillas que ha llevado tras de sí suceso tan importante; pero que se tranquilice. Quiero callar en este dia todo lo que hará el honor de la historia y la admiracion de la posteridad; quiero sin embargo añadir para satisfacer á sus impacientes deseos, que esta gloria que arroja sobre la Francia entera un brillo tan grande pertenece á la revolucion; sin ella el genio del vencedor de la Italia se hubiera aletargado con vulgares honores; ella (1) pertenece al gobierno

(1) La gloria de Bonaparte.

que nacido como el de esta grande mudanza, que ha señalado el fin del siglo XVIII, ha sabido adivinar á Bonaparte y fortificarle con toda su confianza; ella pertenece á estos valerosos soldados, á los que la libertad ha hecho héroes invencibles; ella pertenece finalmente á todos los franceses dignos de este nombre, porque ha sido ciertamente, y no lo dudamos, para conquistar su amor y virtuosa estimacion que él se haya apresurado á vencer; y aquellos gritos de alegría de los verdaderos patriotas con la noticia de una victoria ganada por Bonaparte eran los garantes de otra nueva: de este modo todos los franceses han vencido con Bonaparte; de este modo su gloria es la prosperidad de todos, y de este modo no hay ningun republicano que no pueda reclamar su parte.»

Talleyrand se estendió algo mas en su discurso, demasiado pesado á mi juicio; en seguida tomó la palabra el ministro de la guerra Scherer, mas el pueblo estaba impaciente por escuchar á Bonaparte. Bonaparte estaba en pie, su aspecto grave, pero sencillo y modesto, parecia encubrir su grande reputacion; el público tenia fijadas en él sus miradas. Luego que Scherer concluyó su discurso, Bonaparte entregó al presidente del directorio el tratado de Campo-Formio, y con desembarazó,

dignidad, voz firme y un acento sonoro que llenaba el dilatado salon de palacio, dijo:

“*Ciudadanos directores:* el pueblo francés para ser libre tenia que combatir á los reyes (1), y para obtener una constitucion fundada en razon tenia diez y ocho siglos que vencer. La constitucion del año III y vosotros habeis triunfado de todos los obstáculos. La religion, los feudos y el realismo han gobernado la Europa por veinte siglos, pero desde la paz que acabais de concluir, data la era del gobierno representativo. Vosotros habeis logrado organizar la gran nacion cuyo territorio no conoce otros limites que los que la misma naturaleza ha fijado. Aun habeis hecho mas: las dos mas bellas partes de Europa, tan célebres en otro tiempo por las artes, ciencias y grandes hombres de que fueron la cuna, ven al genio de la libertad salir del sepulcro de sus antepasados, y estos son los pedestales sobre los que el destino va á colocar en grandes naciones.

“Tengo el honor de entregaros el tratado firmado en Campo-Formio y ractificado por el emperador.

(1) La verdadera libertad no consiste en destronar á los reyes ni atropellar la religion, sino en observar cada uno las leyes divinas y humanas.

“La que asegura la libertad y la prosperidad de la república, y cuando la felicidad del pueblo francés será colocada sobre mayores leyes orgánicas, la Europa entera llegará á ser libre.»

Dijo Bonaparte; y Barrás presidente entonces del directorio, arengó y contestó á su discurso, cuyo primero y principal periodo decia asi:

«*Ciudadano general.*—La naturaleza avara de sus prodigios, solo de cuando en cuando dá grandes hombres á la tierra; pero ella debe estar recelosa de señalar la aurora de la libertad por uno de estos fenómenos, y la sublime revolucion del pueblo francés, nueva en la historia de las naciones, debia presentar un genio nuevo en la historia de los hombres célebres. El primero de todos, ciudadano general, habeis sacudido el yugo de las comparaciones, y con el mismo brazo con que habeis aterrado á los enemigos de la república, habeis separado á los rivales que la antigüedad os presentaba.»

Luego que Barrás concluyó su discurso tendió sus brazos á Bonaparte, dándole el que entonces llamaban abrazo fraternal. Los demas miembros del directorio siguieron su ejemplo abrazando como el presidente al general.

Pocos dias despues los consejos legislativos die-

ron á Bonaparte una fiesta en la grande galería del museo, que se redujo á una comida de ochocientos cubiertos, y á una arenga á campo abierto. Mezquina retribucion en verdad para el entusiasmo general de la capital. Todo argüia rivalidades y recelos en el directorio el que para alejarle de sí, habia escitado su ambicion con la conquista de la Inglaterra, atacándola por la India por medio de la expedicion de Egipto. No cabe duda que Talleyrand en esta ocasion se manejaba con demasiada sagacidad lisongeando á Bonaparte y aconsejando la expedicion de Egipto, logrando asi vengarse de la Inglaterra y deshacerse de Bonaparte, en el que ya presagiaba un Napoleon. Por consejo suyo la municipalidad de París dió un edicto por el que mudaba el nombre de la calle Chanteraine, que habitaba Bonaparte, en el de *calle de la Victoria*.

En tiempo de la convencion se habia establecido el *instituto nacional de Francia*, que reemplazaba á las academias que se suprimieron el año de 1793, compuesta de ciento cuarenta y cuatro miembros que debian residir en París, é igual número de socios establecidos en diferentes puntos. El *instituto* llamó á Bonaparte á su seno, cosa que le lisongé en gran manera.

§ III.

El 6 de enero de 1798, Talleyrand espidió una circular á todos los agentes diplomáticos y consulares de la república; en ella escitaba su patriotismo contra la Inglaterra, como la única potencia enemiga, á quien era preciso combatir. Les anunciaba la gran expedicion que se aprestaba contra ella por el voto nacional, y les encargaba secundasen las miras del directorio, tomando una parte activa y vivísima en una empresa que tenia por objeto hacer patente al mundo la grandeza y pujanza de la república francesa.

El 21 de enero era la fiesta conmemorativa de la muerte de Luis XVI, que se celebraba por los revolucionarios como un dia de gloria para su causa. Bonaparte repugnaba asistir á ella; (su corazon jamás fue de sentimientos tan poco nobles como los de Talleyrand). Este por el contrario para complacer al directorio trabajó quanto le fue posible á fin de decidir á Bonaparte, diciéndole que *la muerte de un tirano siempre era justa y debia considerarse como un regocijo nacional.*

Por esta época Talleyrand como ministro de negocios estrangeros, entabló ciertas negociaciones con

los Estados-Unidos de América, en las que no descuidó hacer ciertas estipulaciones de su interés particular que no le honraban mucho. Esta era siempre su piedra de toque. Por todas partes aparecían pasquines en los que se hacía patente la conducta poco noble de Talleyrand, tanto que á pesar de su sordera en estos casos, se vió precisado á contestar publicando un folleto con el título de *«aclaraciones dadas por el ciudadano Talleyrand á sus conciudadanos»*. En él exageraba sus méritos para con la revolucion y sus principios incompatibles con cualquiera otro régimen que no fuera la república. No obstante, sus manejos estaban descubiertos, las sátiras y libelos se repetían y prodigaban tanto que no pudiendo resistir á tanta lluvia de increpaciones hizo dimision del ministerio con bastante repugnancia y sentimiento del directorio.

Continuaron á pesar de esto los ataques contra Talleyrand, distinguiéndose entre sus enemigos Lacroix, predecesor suyo en el ministerio, Garrau y Briot, hablaron furiosamente contra él en el consejo de los quinientos. Un escritor de aquella época resumía las acusaciones contra Talleyrand en esta forma, el año siguiente despues de los sucesos que voy á referir.

«Os acuso, decia, de haber vendido los secretos

de la Francia en vez de comprar los de los otros gabinetes; de haberos metido en el bolsillo el dinero destinado al intento y de haberlo empleado en fondos ingleses, precisamente cuando estabais anunciando á la Francia y á la Europa la próxima destruccion de la Inglaterra. Os acuso de haber violado el derecho de las naciones, atacando sin prévia declaracion de guerra la Puerta Otomana y la república Helvética; de haber invadido la soberanía del pueblo cambiando á cada paso la constitucion de las naciones Cisalpina y Bática, tan solemnemente jurada por los ciudadanos de aquella república. O^s acuso de haber puesto en riesgo nuestra seguridad exterior provocando un nuevo enemigo contra la república francesa, forzando á la Puerta Otomana á entrar en la coalicion de los tiranos armados contra la libertad y la igualdad. Os acuso de haber puesto en peligro nuestra seguridad interior admitiendo emigrados, escitando con vuestras intrigas á unos ciudadanos contra otros, proscribiendo á los republicanos y confiriendo las funciones públicas á los aristócratas, tanto en las oficinas como en el ejército.

Os acuso de crímenes atentatorios á la soberanía de la nacion francesa, por haber provocado asesinos contra los embajadores de la repú-

blica á quienes vuestra traicion habia espuesto previamente á ser insultados por los esclavos representantes de los déspotas. Os acuso de haber sido partícipe en las especulaciones y en los robos de vuestros agentes en Italia, Alemania, Holanda y Suiza. Os acuso de haber recibido durante los años de 1797 y 1798 *veinte mil libras esterlinas* por la paz con la Francia; *doce mil federicos de oro* para continuar la guerra con la Inglaterra; *diez mil soberanos dobles de Austria* por la promesa de un rompimiento con la Prusia y la cesion de una parte de la Batavia á título de indemnizacion; *doce mil cequíes* del papa y *diez y ocho mil cequíes* del rey de Nápoles, asegurándoles que se guardaria la neutralidad, cuando sabiais que el territorio papal debia erigirse en república; y que Malta habia de ser arrebatada á viva fuerza á la soberanía de Nápoles. Os acuso de haber intentado la estorsion *de un millon doscientos mil francos á los Estados-Unidos de América* cien mil dolares al rey de España para conceder á la primera potencia una neutralidad que jamás debió perder, y no obligar á la segunda á hacer la guerra contra Portugal. Os acuso de haber invadido y pillado bajo los pretextos mas falsos y especiosos, á todas las naciones neutrales del globo, y de haber tomado vuestra parte en esos pill-

jes que ascienden á la suma enorme de *diez millones*. Os acuso de haber obtenido de los bandidos enviados por orden vuestra para despojar á la Helvécia, la suma de *dos millones y medio de libras* en billetes de banco contra Hamburgo, y de allí remitida á Inglaterra para emplearla en fondos ingleses por medio de vuestros agentes. Os acuso de haber organizado con vuestra escandalosa depravacion, el pillaje y la rapiña en todos los ramos del Estado; de haber vendido asi los últimos empleos como las embajadas; de disponer de todos los destinos con arreglo á una tarifa, y de nunca jamás haber recompensado el mérito y el patriotismo. Os acuso de haber con vuestra inmoralidad, ajado é injuriado los caracteres mas honorables, y ofendido las costumbres de los republicanos franceses."

Yo no puedo presumir que estas acusaciones tan sumamente amargas fuesen ciertas en su totalidad, porque ademas de ser superiores algunos hechos á sus facultades, eran demasiado notables para que el directorio hubiese consentido. Talleyrand hizo muy poco caso de tales acusaciones, se hizo el sordo segun lo tenia de costumbre cuando le convenia, y dejó al tiempo curar la saña de sus enemigos. Ya antes de esto el 15 de febrero Pio VI habia

sido despojado de su autoridad en Roma. Una repentina insurreccion que se habia levantado en la Capital del catolicismo dió motivo á tal tropelia, atribuida al gefe de la secta *teofilantrópica*. La Revelliere Lepeaux. En aquel mismo dia el soberano pontifice sentado en su trono recibia los cumplimientos de los cardenales por el aniversario de su exaltacion segun es costumbre: á este tiempo un sacrilego calvinista se presenta en medio de esta augusta ceremonia y anuncia con insolencia que el pueblo romano habia tomado su soberanía. Efectivamente el gobierno pontifical fue abolido y proclamada la república. En vano se intentó alucinar con que no se dirijia la revolucion contra el pontificado sino contra el gobierno temporal, porque la noche del 19 al 20 de febrero el pontifice fue sacado de Roma en un coche. Se le hizo tomar el camino de Vitervo, mientras la ciudad santa se entregaba á todos los desórdenes de la mas desenfadada anarquía.

El sacro colegio de cardenales, los obispos de los estados del papa y demas eclesiásticos de distincion fueron atropellados, robados y desterrados. El 25 de febrero llegó su Santidad á Siena y se alojó en el convento de agustinos, mas un temblor de tierra que sobrevino á los tres meses hizo

se le trasladase á la cartuja de Pisa cerca de flo-
rencia. El directorio no contento aun con estas
tropelías, estrechó al gran duque á que hiciese sa-
lir de sus estados al anciano pontífice. Se trató de
procurar al papa un asilo en la casa de Austria,
mas este proyecto no tuvo ejecucion. Una enfer-
medad sobrevino al sumo pontífice cuando se in-
tentaba trasladarle á Cerdeña.

Permaneció su Santidad en la cartuja de Pisa
hasta que Schérer invadiendo el año siguiente el
gran ducado de Toscana, y haciéndole prisionero
con cuarenta personas que le acompañaban, consumó
las tropelías con el vicario de Jesucristo. De nada
sirvieron los ochenta y dos años, ni los blancos
cabellos de Pio VI, ni la imposibilidad en que se
hallaba de caminar en ninguna especie de carruage;
se le hizo atravesar los Alpes, y despues de un viaje
de treinta y cuatro dias llegó á la fortaleza de
Brianzon.

Varias gentes deseaban verle para pedirle la ven-
dicion; otros gritaban que se le enseñasen para in-
sultarle. El santo Padre se decidió á complacer á
unos y á otros, apoyándose sobre los hombros de
dos sacerdotes, lleno de dolores, se presentó al pú-
blico diciendo: *Ecce homo*. El Pontífice se negó de
nuevo á aprobar los decretos de la asamblea cons-

tituyente relativos á la nueva constitucion del clero frustrando los ardides de los enemigos de la iglesia.

PERIODO QUINTO.

§ I.

Con estos desacatos habia principiado el año de 1799. El 14 de julio llegó su Santidad á Valencia; á los cinco dias fue cuando Talleyrand hizo dimision del ministerio de relaciones exteriores como dejó dicho en el periodo anterior. No puedo menos antes de continuar, de advertir que la corte de España fue una de las que mas buenos servicios procuraron al romano pontífice en aquellas circunstancias que por desgracia fueron infructuosos.

Bonaparte se hallaba en esta época en Egipto adquiriendo nuevos laureles. El 25 de julio habia dado la famosa batalla de Aboukir, en la que el ejército turco perdió doce mil hombres entre muertos y ahogados. En su concepto ya nada debia detenerle en Oriente, porque la empresa de colonizar á Egipto era cosa que podia hacer Kleber á quien pensaba entregar el mando; Talleyrand no dormia

en este tiempo; separado del ministerio estaba mas desembarazado para entregarse á intrigas particulares, y para asegurar el porvenir; penetraba muy bien que nada podia esperar de los hombres del directorio; presajaba al mismo tiempo la futura gloria del vencedor del Cairo, y ya se daba á sí mismo el parabien de ver regresar á aquel que poco antes habia incitado al combate con el objeto de deshacerse de él. Procuró por lo tanto hacer la corte á Josefina y captarse su amistad, lo que su sagacidad consiguió sin la mayor dificultad.

Bonaparte despues de entregar el mando á Kleber y de instruirle en la marcha que debia seguir con su ejército para llevar á cabo la conquista de Egipto, se embarcó casi á la vista de una corbeta inglesa el 22 de agosto. Sus compañeros de viage temian ser sorprendidos y querian regresar á Alejandria, mas Bonaparte con la mayor serenidad les dijo: *nada temais; pasaremos; la fortuna no nos hará traicion; llegaremos á pesar de los ingleses.*

El 29 de agosto murió Pio VI en su prision de la ciudadela de Valencia, donde no se le podia hablar sino en presencia de testigos. El ministro español el señor Labrador, le visitaba diariamente dando de este modo una pública protesta del afecto de su nacion al vicario de Jesucristo. Poco antes de

su muerte en agradecimiento de esta conducta de la corte de España, habia concedido al rey calólicas la exaccion del subsidio de treinta millones de reales sobre las iglesias de América.

Ya el 19 del mismo mes habia sido atacado de un vómito violento; tira de la campanilla, acuden al momento y le hallan sin conocimiento. Despues de prodigarle todos los socorros necesarios recobró el conocimiento siendo su primer ejercicio pedir un confesor para prepararse á recibir el santo Viático.

El 27 de agosto el papa revestido de sus ornamentos pontificales, sentado en una silla en reverencia de Jesucristo Sacramentado y rodeado de prebiteros vestidos de ornamentos sacerdotales y con hachas encendidas en sus manos, hizo la profesion de fé católica, apostólica, romana, que deben hacer todos los papas en el lecho de la muerte.

Pide á Jesucristo con un fervor inesplicable que conserve en la ciudad de Roma la pureza de fé, la antigüedad, y que restituya á la Francia, la religion, la paz y la felicidad.

Entonces el arzobispo de Corinto Monseñor de Spina pregunta al santo Padre si perdona á sus enemigos. Pio VI levantando los ojos al cielo y fijándolos despues en un crucifijo que tenia siempre en

sus manos, respondió: *Con todo mi corazon; con todo mi corazon.*

El dia 28 recibió la extrema-uncion de manos del mismo prelado con un fervor edificante; despues de haber arreglado sus negocios espirituales, se ocupó de los temporales, manifestando su agradecimiento y su tristeza por dejar á sus compañeros de infortunio en pais extranjero.

Acosado ya el 29 con unas terribles palpitaciones y congojas, se consideró cercano á la muerte. Llamó al rededor de sí á su familia, se despidió con la mayor ternura y les dió por sí mismo la triple bendicion con el crucifijo que tenia en su mano.

Alternó en su agonía con su capellan en todas las oraciones que repitió hasta el momento en que apaciblemente durmió en el Señor á la una y veinte y cinco minutos de la noche.

Bonaparte despues de una navegacion de cuarenta y ocho dias por medio de inminentes peligros, abordó el 9 de octubre en el puerto de Frejus y desembarcó en medio de la mayor alegría y de repetidas aclamaciones. El 16 de octubre llegó á París, á donde la Providencia le destinaba para ser á la vez el azote y pacificador de la Francia. Talleyrand fue de los primeros que pasaron á cumplimentar al general.

Buen cuidado tenia Talleyrand de no separarse enteramente del directorio, y al mismo tiempo secundar las atrevidas intenciones de Bonaparte. Con este objeto no escaseaba las visitas á madama Stael, célebre escritora y acérrima partidaria de la causa de Barrás, y procuraba hacerse cada vez mas lugar con madama Bonaparte, y los descontentos Macdonald, Rœdeder, Fonché y el almirante Brueys. Estos eran sus pasos antes del 18 brumario. Cuéntanse algunas anedoctas relativas á ellos, pero su incertidumbre no las hace dignas de ocupar las páginas de esta historia.

La constitucion del año III se hallaba vacilante y del mismo modo que el año 1792; la obra de la constituyente era conducida al principio por los jacobinos y realistas en diversos sentidos; asi tambien á la llegada de Bonaparte, los republicanos moderados, los republicanos furibundos y los disfrazados realistas, tenian á la constitucion del año III á punto de perecer. La Francia entregada á la anarquía sin crédito, sin hacienda y sin gobierno, no podia subsistir; el pueblo sensato estaba desanimado. Los amantes de la guillotina y de la

anarquía pedían que se declarase por una ley que la patria estaba en peligro, para de este modo encender los ánimos y renovar las escenas de sangre y de terror. Se susurraban los asesinatos de Sieyes y de Roger-Ducos, la destruccion del directorio, el restablecimiento de la convencion, las listas de sospechosos, las prisiones y las guillotinas. (1) Las tropas sin pagas llenas de miseria, la educacion pública abandonada, el entusiasmo resfriado y la conducta del directorio cada vez mas precaria, exigian una mano fuerte que contuviese la próxima ruina de la sociedad francesa. Todas las ansias, todos los pensamientos todos los cálculos y meditaciones se dirigian á buscar á este salvador y reparador. Bonaparte se presentó, y todos los partidos le saludaron entusiasmados; todos le llamaron á su seno porque conocieron muy luego que era el único que iba á ser el árbitro de la revolucion.

(1) Podia aplicarse aquí el dicho del historiador romano Floro: *causa tantæ calamitatis eademquæ omnium nimia felicitas*. La demasiada y decantada felicidad revolucionaria con que se quiere alucinar á los pueblos.

Los habitantes del campo, de los lugares y villas, hombres, niños y mugeres, abandonaban sus tareas y acudían á porfía disputándose el paso para verle, bendecirle y manifestarle de cerca su alegría, entusiasmo y reconocimiento.

Bajo estos felices auspicios pisó Bonaparte el suelo francés; á tiempo que dividido el directorio en dos partidos: renovado ilegalmente varias veces, habia violado la constitucion, y si subsistia aun era porque faltaba un genio atrevido que se decidiese á destruirle. Al llegar aqui no puedo menos de citar al *Señor Martínez de la Rosa en su espíritu del siglo* (1) para que los republicanos españoles recuerden las palabras de este politico sumamente graves; dignas por lo tanto de atenderse por los que deseen la felicidad de la patria, á fin de no lanzarse en una forma de gobierno tan monstruosa como era la constitucion del año III; dice así:

«Una reflexion que salta á la vista, y que no debe desatenderse, es la suma desbentaja que tiene un gobierno semejante al que entonces regia á la Francia, si se le compara con las monarquías constitucionales. En esta se ve tambien la estraña alian-

(1) Tomo IV, fol. 230, libro VI, cap. XXI.

za de partidos opuestos reunidos para echar abajo por medio de una oposicion parlamentaria al ministerio que maneja las riendas del estado: reclamaciones, quejas, desaprobacion de leyes propuestas hasta negativa de recursos, nada se omite á trueque de conseguir el fin; pero la falta de acuerdo entre el poder legislativo y el ejecutivo, aunque siempre lamentable y á veces peligrosa, no produce sino una perturbacion pasagera é indica inmediatamente la aplicacion de un remedio natural y sencillo. El monarca tiene en su mano restablecer la armonía con solo mudar las personas que componian el ministerio, ó con disolver el cuerpo legislativo apelando á la nacion misma. Ni en uno ni en otro caso padece la máquina de la constitucion; y hasta es de advertir que la potestad real lejos de devilitarse ó envilecerse, aparece mas fuerte y encumbrada. Empero, con el régimen político establecido á la sazón en Francia, cada eleccion de diputados producia una crisis: y como las elecciones se repetian todos los años, todos los años se aventuraba hasta la existencia de la constitucion. Aun quando hubiese ministros responsables, una autoridad suprema, electiva, temporal y tan fácil de remplazar como el directorio, se confundia con el ministerio, ó por mejor decir ella era la que echaba sobre si la res-

ponsabilidad politica, mas efectiva que la legal, y que influye mas en ella en la suerte de los gobiernos especialmente en tiempos de revolucion.

«La estructura misma de la constitucion directorial la condenaba á no poder descansar nunca sobre el cimiento de las leyes. Aun antes de plantearla, habia sido preciso empezar por una ley de *escepcion* limitan á un solo tercio el número de diputados que habia de elejir el pueblo para los consejos legislativos: un año despues corrió mayores riesgos; y el gobierno no alló mas arbitrio para evitar su total ruina, que quebrantarla él mismo con la fuerza. Al año siguiente el gobierno empleó otro medio ilegítimo mas ó menos solapado para impedir que la atropellase un partido; mas en la primavera de 1799, no tenia ya el directorio ni *medios legales* para defenderse contra los consejos, porque la constitucion no les concedia ni *medios legales* tampoco; porque el abuso del poder destruye la fuerza de los gobiernos, y el peso de la adversidad los envejece antes de tiempo.

Me detendria demasiado y me separaria del principal objeto de esta historia si delinease aun ligeramente el triste cuadro que presentaba la Francia rodeada de enemigos exteriores y despedazada en su seno por facciones. No estaria por demas hacer

varias observaciones en la época que escribo cuando escucho ciertas doctrinas que aunque no se publican abiertamente en los diarios de la corte, la penetracion de mis lectores habrá comprendido cuales son para no caer en el lazo que hace tiempo se tiene preparado por los sectarios de la anarquía.

Grandes acontecimientos va á trazar mi pluma enlazados con la vida del héroe de esta historia. Acontecimientos que él mismo no pudo presumir, ni aun Bonaparte mismo esperar que se presentasen tan favorables y ventajosos á sus miras. Talleyrand no los habia preparado; así no pudo hacer en ellos un papel activo; hizo no obstante un papel secundario; se dejó conducir por la misma revolucion, y cuando Bonaparte principió á cojer los frutos que ella le presentaba, Talleyrand participó al momento todas las ventajas de los cooperadores.

§ III.

Sieyes, *ex-canónigo de Chartes*, que tanto ha figurado en la revolucion francesa y que en la presente historia se le ha visto aparecer como uno de los hombres de mas importancia, habia sido llamado de la embajada de Prusia para que tomase asiento en el directorio: este hombre que miraba

dividido el gobierno en dos facciones, de las cuales una queria la república para gobernarla, y otra la república sin gefe, se dedicó á la formacion de una constitucion en la que daba muestras inequivocas de su talento estrordinario y de sus prácticos y bastos conocimientos. Su plan era demasiado bien arreglado, por lo tanto complicadísima la máquina politica para entregarla á manos de hombres que la manejasen sin pasion ni miras particulares. Sieyes habia previsto demasiado; queria por lo tanto cerrar la puerta al despotismo de uno ó de muchos. Esto era muy bello en la teoría mas por desgracia en la práctica era dificultoso.

Sieyes eligió á Bonaparte para poner en ejecucion su gran proyecto; el guerrero no tuvo dificultad en asociarse al gran politico, y contentarse por entonces con el papel de agente principal suyo. Todo lo habia dispuesto Sieyes demasiado bien á sus miras, ignorante de que sus desvelos servirian para engrandecer al general. El consejo de los ancianos mandó el 9 de noviembre (18 brumario) que se trasladase el cuerpo legislativo á *Sain-Clud*, á pretexto de que se fraguaba una gran conspiracion que comprometia la seguridad de los consejos en la capital. En virtud del mismo decreto que mandaba la traslacion quedaba Bonaparte encargado de su ege-

cucion, y con el mando de la décima séptima division militar, de la guardia del cuerpo legislativo de las tropas nacionales y de línea que se hallaban en París exigiéndose á los ciudadanos toda clase de ausilios que el general demandára.

Este nombramiento se recibió con un entusiasmo extraordinario por los soldados oficiales y aun por los generales mas distinguidos, viniendo todos voluntariamente y sin dilacion á ponerse á sus órdenes siendo de admirar que su rival Moreau fue de los primeros que lo verificaron. Todos en fin desenvainaron sus espadas en señal de fidelidad.

Bonaparte luego que recibió el decreto del consejo de los ancianos, se presentó en la barra del consejo de los ancianos, prestó el juramento de fidelidad y nombró por su lugar teniente á Lefebre, pasó revista á las tropas en número de 8,000 en el campo de Marte, y las repartió en Sevres, Bolonia y lugares circunvecinos. Hecho esto, remitió la invitacion de presentar su dimision á Barrás, Moulins y Gohier. Moulins la presentó al momento. Gohier se negó y Barrás confiado en la antigua amistad de Bonaparte le embió secretario para negociar con él su suerte futura. El general le recibió con severidad, y le increpó con indignacion con

el siguiente discurso que descubre muy bien sus miras ulteriores.

¿Qué habeis hecho, le dijo, de esa Francia que yo os dejé tan brillante? Yo os dejé la paz y encuentro la guerra: os dejé victorias y encuentro derrotas; os dejé los millones de Italia, y he encontrado por todas partes espoliaciones y miserias; ¿qué habeis hecho de aquellos cien mil franceses que yo conocia y mis compañeros todos de gloria?; Ya no existen!.. Este estado de cosas no puede durar: antes de tres años nos llevaria el despotismo. Tiempo es ya por fin de volver á los defensores de la patria la confianza á que tienen tanto derecho. Si escuchásemos á algunos facciosos, pronto seriamos todos enemigos de la república, los mismos que la hemos afirmado con nuestros trabajos y valor, y no queremos otros patriotas que los valientes que han sido mutilados en servicio de la república."

El secretario de Barrás tuvo que retirarse. A la una la dimision estaba presentada, pidiendo á Bonaparte protejiese su salida de París, pues se retiraba á su magnífica hacienda de Gros-Bois; este efectivamente le envió una escolta de dragones para su custodia.

El dia 10 (19 brumario) el general se dirigió á Saint-Clud donde los consejos se habian ins-

talado. Bonaparte entra en el consejo de los ancianos, acompañado de varios generales y edecanes, pide la palabra colocándose en la barra frente al presidente, y la obtiene.

« Representantes del pueblo, les dijo; estais sobre un volcan: la república no tiene ya gobierno, el directorio está disuelto, las facciones se agitan, llegó la hora de tomar un partido: habeis llamado á mi brazo y al de m's compañeros en auxilio de vuestra sabiduría, pero los instantes son preciosos; es necesario pronunciarse. Sé que se habla de César, de Cromwell, como si la época actual pudiese compararse á los tiempos pasados; no, yo solo quiero la salvacion de la república y apoyar la decision que vais á tomar. Y vosotros granaderos cuyos gorros apercibo á las puertas de esta sala, decidles ¿os he engañado jamás? ¿he hecho traicion á lo prometido cuando en los campos, en medio de las privaciones, os prometia las victorias y la abundancia, y cuando á vuestro frente os conducia de victoria en victoria? Decidles ahora, ¿era por mi interés ó por el de la república?

A estas palabras un miembro republicano, Linglet, se levanta y dice: *general, aplaudimos cuanto decis; jurad pues, por nosotros obediencia á la constitucion del año III que es la única que*

puede salvar la república. El consejo quedó sorprendido con esta proposición, y el mismo Bonaparte se perturbó un momento, y vuelto en sí repuso con calor.

« La constitucion del año III ya no la teneis. La habeis violado en 18 fructidor; la habeis violado en 22 floreal; la habeis violado en 30 pradial. Todas las facciones invocan la constitucion y todas la han violado; no pude ser ya un medio de salvacion para nosotros, porque nadie la respeta: violada la constitucion, es preciso otro pacto y nuevas garantias. »

La energía de este discurso llevó tras de sí á la mayor parte del consejo: tres cuartas partes de sus miembros se levantaron en señal de aprobacion. Un diputado se levantó á interrumpir al general y designarle como á conspirador.

Bonaparte se dirige á él con viveza. « ¡Yó conspirador! le dice; ¡Bonaparte conspirador! Si yo hubiese tenido proyectos personales ó miras usurpadoras, no habria tenido necesidad de esperar hasta este dia para realizarlas. Conozco todos los partidos, sé sus secretos; todos desprecian igualmente la constitucion del año III; la sola diferencia que existe entre ellos es, que los unos quieren un gobierno revolucionario motivado en los peligros de la patria, y

los otros desean una república moderada en que todas las propiedades, todos los intereses nacionales esten garantidos.

« Antes de mi marcha y desde mi regreso, he sido invitado por todos á apoderarme de la autoridad. Los mismos Parras y Moulins, muchos de entre vosotros lo sabeis, me han brindado á derrotar el gobierno y ponerme al frente de los negocios; y yo he rechazado estas proposiciones porque quiero la libertad, y porque no seria digno de mí servir á ninguna sociedad ni á ninguna faccion; yo solo quiero servir al pueblo francés.... »

Salió Bonaparte del consejo de los ancianos, y se dirige al de los quinientos. Gaudin habia abierto la sesion con un discurso en que probaba la necesidad y ventajas de las inovaciones que se trataban de hacer. Delbrel se levanta y le interrumpe diciendo: *primero la constitucion.... si la constitucion ó la muerte.... no nos asustan las bayonetas, aquí somos libres.* Por espacio de una hora la confusion reinaba en el salon sin poderse entender unos á otros: Granmaison propone hagan todos el juramento de oponerse al restablecimiento de cualquiera tiranía: (asi llamaban á todo gobierno que no fuera anárquico;) prestaron el juramento pero ya era tarde. Abrese de repente una de las puertas

del salon y se presenta Bonaparte con el sombrero en la mano. Los oficiales y soldados que le acompañaban, permanecieron á pesar suyo á la puerta segun lo habia mandado el general. A la vista del guerrero y de las bayonetas, el consejo por un movimiento subitáneo se levanta. Necesitaba el general atravesar la mitad de la sala para llegar á la barandilla; á la tercera parte de ella, los legisladores se arrojan á Bonaparte le rodean amenazándole con los puños y tambien algunos con puñales, gritando: *¡muera el tirano! abajo el dictador! fuera de la ley!* Bonaparte se asusta: Arena antiguo compañero suyo, saca un puñal y quiere herirle, mas los granaderos que en vista del peligro del general se habian lanzado en la sala con sable en mano, evitan el golpe que recibió el granadero Tomás. Mas adelante Tomás recibió la charretera de oficial y una buena pension en premio de su herida. El republicano Bigonet cogiendo del brazo al general le dice: *temerario, violais el santuario de las leyes.* Túrbase de nuevo Bonaparte, pierde el color, retrocede involuntariamente, y sale del salon conducido por los granaderos que le habian servido de escolta. Los momentos eran críticos; del valor de Bonaparte dependia el éxito favorable ó adverso. Baja al patio del palacio, monta á caballo, arenga á los soldados

que responden con entusiasmo ¡viva el general!
¡viva Bonaparte!

La salida de Bonaparte del salon, no habia restablecido la tranquilidad, antes por el contrario la irritacion subia de punto llenando de denuestos á el presidente Luciano Bonaparte hermano del general. Todos hablan á la vez, todos gritan, todos proponen medidas de seguridad y tranquilidad pública, todos piden que se declare á Bonaparte *fuera de la ley*. En vano Luciano pretende hacerse escuchar, los gritos y la confusion se aumentan. Aturdido con estas proposiciones, deja el sillón de la presidencia, sube á la tribuna, perturbado, y lleno de agitacion, y dice: «¡miserables! ¿exigís que yo ponga fuera de la ley á mi hermano? «Sí, sí, fuera de la ley, responden, hé aqui lo que hay para los tiranos. « Pues bien, puesto que no me puedo hacer oír, yo depongo las insignias de la magistratura popular, y me presento á esta tribuna como defensor de aquel á quien me mandais inmolar sin oírle.

Mientras esto pasaba en la sala de los quinientos, Lefebre habia dado órden de entrar y librar al presidente; entra un destacamento en la sala al grito de *viva la república*. El oficial de granaderos se adelanta hasta la tribuna, se apodera del presidente y le saca escoltado de sus soldados. Luego que

Luciano se vió en el patio al lado de su hermano, monta á caballo, arenga á los soldados, les declara que el consejo de los quinientos está disuelto, y que es preciso emplear la fuerza para despejar el santuario de las leyes de asesinos y facciosos.

Al momento Bonaparte dió orden á Murat de hacer evacuar la sala. Murat ejecutó las órdenes que habia recibido, y aquellos diputados tan valientes tan patriotas, y que pocos momentos antes atronaban la sala con los gritos de *viva la libertad.... mueran los tiranos.... la constitucion del año III ó la muerte*, se dispersaron vergonzosamente como muchachos y escaparon saltando por ventanas como ladrones. De este modo á las cinco y media de la tarde del 19 brumario año VIII de la república (10) de noviembre de 1799, murió el malhadado directorio, pocos meses después de la muerte que queda referida del soberano pontífice. Siendo digno de notarse que aquellos hombres arrogantes que se gloriaban de aniquilar la santa sede, fueran ellos aniquilados para siempre, al mismo tiempo que la silla apostólica permanecía inalterable á pesar de su viudez, para presentar á la faz del mundo un digno sucesor de san Pedro que fue columna de la fe en medio de las nuevas persecuciones que preparaba un hombre ambicioso destinado por la divina sabiduría para cas-

tigo de los regicidas, y tormento de los verdaderos creyentes, que estaban destinados á ser nuevos confesores de Jesucristo.

§ IV.

Desembarzados el consejo de los ancianos, y el de los quinientos de los diputados demagogos, se reuieron de nuevo en junta general, decretando por unanimidad la abolicion del directorio, la remision del poder legislativo en manos de Sieyes, Roger, Ducos, y Bonaparte, bajo la denominacion de cónsules de la república, la espulsion de sesenta y un diputados, la reunion de la legislatura para pasados tres meses la formacion de dos comisiones temporales, para trabajar una en las mudanzas que debian hacerse en la constitucion y otra en el código civil. La sesion duró desde las seis de la tarde hasta las cinco de la mañana del dia 11 de noviembre.

Los nuevos cónsules tuvieron la primera sesion nombrando por presidente á Bonaparte. Se dice que cuando Sieyes se retiró á su casa por la noche dijo á los diputados y ministros que le esperaban: *señores, ya teneis dueño: Bonaparte lo quiere todo, lo sabe hacer todo, y lo puede hacer todo.*

Ya será tiempo que Talleyrand salga de su obs-

curidad en que parece sumergido en medio de estos extraordinarios acontecimientos; he dicho, y repito ahora, que aunque no aparece en la escena como principal actor, no por eso dejó de hacer un papel importante, en vista del cual, los cónsules en su primera sesion le dieron las gracias por sus relevantes servicios en favor de gobierno consular. Poco despues fue nombrado ministro de relaciones exteriores, en reemplazo de Rheinhart recibiendo del primer cónsul pruebas inequívocas de diferencia.

Talleyrand por su parte procuró corresponder agradecido trabajando en esta ocasion cuanto pudo para secundar las miras del primer cónsul, en cuantas negociaciones se entablaron particularmente para obtener la paz con Inglaterra. Por esta época la fortuna de Talleyrand se habia aumentado escandalosamente. Bonaparte le dijo un dia con un poco de aspereza. = *Ciudadano ministro, os suponen muy rico: ¿es posible?* = *Es muy sencillo, general, compré rentas las vísperas del 18 brumario y las vendí al dia siguiente.* Bonaparte comprendió la lisonja y mudó de conversacion. Varios detalles de sus agiotages de bolsa y demas medios por donde se habia hecho poderoso se publicaron en aquella época, queriendo algunos que ascendiese á treinta millo-

nes sus ganancias, mas lo cierto es que Talleyrand no respondió á estos cargos.

El nuevo gobierno quedó instalado en esta forma: Bonaparte primer cónsul, Cambaceres segundo y Lebrun célebre escritor el tercero. La nueva constitucion fue publicada el 13 de diciembre de 1799 y proclamada el 24 del mismo por la aprobacion de trece millones once mil y siete votos.

Talleyrand presentó al consejo de estado una esposicion con el obgeto de hacer grandes reformas en el ministerio de relaciones exteriores que puede mirarse como un documento diplomático: pero su plan era impracticable, y no se llevó á efecto.

No cabe duda que Bonaparte tuvo demasiado acierto en la eleccion de Talleyrand, en una época en que era necesario luchar contra todas las potencias que insistian en no reconocer al gobierno consular. Es verdad que Bonaparte cuidaba mas de hacerse reconocer por la espada que por la pluma, mas es necesario confesar que la sagacidad de Talleyrand conducia mejor á obtener el reconocimiento por medio de pacificas negociaciones.

PERIODO SESTO.

§ I.

El cónclave de cardenales se había congregado el día 1.º de diciembre de 1799, cuando los ejércitos al mando de Scherer sufrían repetidos descalabros en Italia. De cuarenta y seis cardenales, (pues Anicci había renunciado el cardenalato en manos de Pio VI siendo aceptada su renuncia por un breve;) treinta y cinco se reunieron en Venecia, y después de ciento y cuatro días de cónclave fue electo por unanimidad el día 14 de marzo de 1800, el cardenal Chiaramonti. El primer cardenal diácono proclamó la elección que acababa de hacerse desde uno de los principales balcones del convento de san Jorge, situado en la plaza.

El nuevo pontífice recibió por la tarde los homenajes públicos de los cardenales, prelados y de mas eclesiásticos y magistrados. Gregorio Bernabé Chiaramonti, así se llamaba, tomó el nombre de Pio VII, en memoria de la protección que le había dispensado su antecesor. Nació en Cesena, legación de Forli el 14 de agosto de 1742, sus padres eran el conde Scipion y Juana Ghini: tomó de muy joven el hábito en la religion de san Benito, Pio

VII le habia hecho Obispo de Tívoli, y el 14 de febrero de 1785, nombrado cardenal y obispo de Imola. El 21 de marzo de 1800 se coronó en Venecia á la presencia de un inmenso concurso. El 15 de mayo dirigió su encíclica á todos los obispos católicos, segun es costumbre, dándoles parte de su exaltacion á la cátedra de san Pedro. En ella hablaba con admiracion de los prelados franceses que habian permanecido fieles á las leyes de la iglesia, anteponiendo renunciar todas las cosas antes que asociarse con juramentos sacrílegos á la revolucion. Hé aqui sus palabras, « Profunda es la tristeza y vivo el dolor que experimentamos al considerar á nuestros hijos que habitan en Francia, por quienes sacrificáramos nuestra vida si pudiera este sacrificio obrar su salvacion. Una circunstancia aténua y mitiga la amargura de nuestro sentimiento: la energía y la constancia que muchos de vosotros han ostentado, y que han imitado tantas personas de toda edad sexo y condicion. Su valor para no mancharse con el juramento ilícito y culpable, y seguir obedientes á los decretos y sentencias de la santa Sede apostólica, quedará eternamente gravado en nuestra memoria, asi como la crueldad renovada de los tiempos antiguos, con que se ha perseguido á estos cristianos fieles. »

Pio VII principiaba á mirar al gobierno repúblicano de un modo conciliador y amistoso despues que los cónsules habian dado el 30 de diciembre de 1795, el decreto para que se celebrasen en Valencia los funerales de Pio VI segun el fausto y magnificencia de la iglesia romana. Se decia que Bonaparte era irreligioso y enemigo del culto católico; no obstante este primer paso en obsequio del difunto Pontífice, abrió la puerta á grandes esperanzas religiosas.

Pio VII á pesar de estar como aprisionado no olvidaba sus deberes. Se decia que se le haria detenerse en Venecia, ù obligarle á fijar su residencia en Viena, mas Dios todo poderoso que queria manifestar al mundo incrédulo la perpetuidad de su iglesia, facilitó las muchísimas dificultades, y el nuevo Pontífice llegó á Roma el 3 de julio de 1800. Dos años y cuatro meses pasaron desde que su antecesor habia sido arrojado de Roma. Es indecible el entusiasmo, y alegría de la capital del catolicismo, á la llegada de su verdadero señor.

Bonaparte en el mes anterior de mayo habia pasado inopinadamente á Italia, y al mismo tiempo que Pio VII se dirigia á Roma, ganó la célebre batalla de Marengo en la que los austriacos tuvieron doce mil y quinientos hombres muertos y heridos,

setecientos prisioneros, perdieron doce banderas y treinta cañones. El 18 de junio Bonaparte asistió en Milan al solemne *Tedeum* que se cantó en accion de gracias por la victoria de Marengo. Al dia siguiente 19; Bonaparte hablando con el cardenal Martiniana obispo de Vercelí le dijo, que sus miras eran vivir en adelante en perfecta armonia con el Papa y de tratar con él acerca del restablecimiento de la religion en Francia. Pio VII noticioso de las buenas disposiciones del primer cónsul escribió al cardenal Martiniana la alegría que le causaban las noticia, que habia recibido acerca de las intenciones de Bonaparte, y concluía diciéndole.

« Podeis decir al primer cónsul que accedemos con gusto á una negociacion , cuyo objeto es tan respetable, tan conveniente á nuestro ministerio apostolico, y tan conforme á las miras de nuestro corazon.»

Talleyrand por su parte deseaba se entablasen negociaciones con la corte de Roma, ya porque segun algunos habia recibido ciento cincuenta mil francos; ya tambien, y esto es lo mas cierto porque pensaba arreglar sus asuntos particulares y de conciencia. Por lo tanto es escusado decir á mis lectores que en todos los pasos que se dieron al efecto hizo el papel principal.

§ II.

El 10 de agosto recibió Consalvi el capelo para poder seguir en Roma las negociaciones como miembro efectivo del sacro colegio. Monseñor Spina [fiel amigo de Pio VI pasó comisionado á París, El Papa instruyó de estas operaciones preliminares á los obispos franceses dispersos por medio de un breve que se les comunicó el 13 de Setiembre.

El primer cónsul envió á Roma en calidad de ministro plenipotenciario, pero sin credenciales á M. Cacault. Antes de partir preguntó á Bonaparte como habia de tratar al Papa. *Como si tuviera doscientos mil hombres*, respondió con viveza. El 8 de abril de mil ochocientos uno, llegó Mr. Cacault á Roma y el 9 fué presentado á su santidad. Finalmente despues de vencidas muchisimas dificultades políticas y religiosas se firmó el concordato en París el 15 de julio de mil ochocientos uno. El 6 de agosto el primer cónsul anunció este feliz suceso al consejo de estado, y el 15 fue ratificado en Roma por Pio VII que con este motivo espidió la bula *Ecclesia Chríste*, con fecha del mismo dia. Al mismo tiempo y con la misma fecha dirigió

á los obispos de Francia un breve que empezaba con estas palabras, *tam multa*, en el cual se les prevenia hiciesen dimision de sus sillas por la paz y tranquilidad de la iglesia. Las disposiciones del concordato y de la bula no se publicaron al momento, lo que causó bastante inquietud. El Gobierno antes de ponerlas en ejecucion quiso someterlas á la ratificacion del cuerpo legislativo que no debia reunirse hasta despues de algunos meses. Mis lectores no tomarán á mal inserte en esta obra el concordato que si no fue redactado por Talleyrand, se resiente en algunos artículos, de la táctica de este político.

Concordato de 1801.

« S. S. el soberano pontífice Pio VII y el primer cónsul de la república francesa han nombrado por sus respectivos plenipotenciarios.

« S. S. á S. Emo. monseñor Hércules Consalvi cardenal de la santa iglesia romana diácono de santa Agueda *ad suburram*; su secretario de estado; á José Spina arzobispo de Corinto, prelado doméstico de su Santidad y asistente al trono pontificio: y al padre Castelli, téologo consultor de

su Santidad igualmente autorizados con plenos poderes en debida forma.

«El primer cónsul á los ciudadanos José Bonaparte consejero de estado; Gretet consejero de estado; Bernier, doctor en teología y cura de Saint—Laud de Augers autorizados con plenos poderes.

«Los cuales despues de cangeados sus respectivos poderes han convenido en lo que sigue.

Convenio entre S. S. Pio VII y el gobierno francés.

«El gobierno de la república reconoce que la religion católica, apostólica, romana, es la religion de la gran mayoría de los ciudadanos franceses.

« S. S. reconoce igualmente que esta misma religion ha sacado y espera sacar en este momento el mayor bien del establecimiento del culto católico, y de que particularmente le profesen los cónsules de la república.

«En consecuencia, y conforme á este mútuo reconocimiento tanto en beneficio de la religion como para conservar la tranquilidad interior, se han convenido en lo siguiente.

«Artículo 1.º La religion catolica, apostólica, romana, se ejercerá libremente en Francia. Su culto será público, con sujecion á los reglamentos de policia que el gobierno estime necesarios para la tranquilidad pública.

«Art. 2.º La santa Sede de acuerdo con el gobierno hará una nueva demarcacion de las diócesis francesas.

«Art. 3.º S. S. declarará á los titulares de los obispados franceses que espera de ellos con una firme confianza por el bien de la paz y de la unidad, toda especie de sacrificios, aun las renunciaciones de sus sillas.

«Si despues de esta exortacion se negasen á hacer este sacrificio que reclama el bien de la iglesia (negativa que no espera su Santidad), se encargará á otros titulares el gobierno de los obispados de la nueva demarcacion en la manera siguiente:

«Art. 4.º Dentro de los tres meses siguientes á la publicacion de la bula de su Santidad, nombrará el primer cónsul de la republica para los arzobispados y obispados de la nueva demarcacion; y su Santidad conferirá la institucion canónica en la forma establecida respecto de Francia antes de la variacion de gobierno.

« Art. 5.º Igualmente nombrará el primer cónsul para los obispados que vaquen en lo sucesivo, y su Santidad conferirá la institución canónica, en conformidad del artículo anterior.

« Art. 6.º Los obispos, antes de empezar á ejercer su ministerio, prestarán directamente en manos del primer cónsul el juramento de fidelidad que estaba en uso antes de la variación del gobierno espresado, en los términos siguientes.

« Juro y prometo á Dios sobre los santos evangelios guardar obediencia y fidelidad al gobierno establecido por la constitución de la república francesa. También prometo no tener correspondencia alguna ni asistir á ningún consejo, ni mantener ninguna liga, sea dentro ó fuera contraria á la tranquilidad pública; y si en mi diócesis ó en otra parte sé que se trama algún plan en perjuicio del estado, lo comunicaré al gobierno.

« Art. 7.º Los eclesiásticos de segundo orden prestarán el mismo juramento en manos de las autoridades civiles que designe el gobierno.

« Art. 8.º Al fin del oficio divino se recitará en todas las iglesias católicas de Francia la oración siguiente.

Domine, salvam fac rempublicam

Domine, salvos fac consules.

« Art. 9.º Los obispos harán un nuevo arreglo de parroquias en sus diócesis, que no tendrá efecto hasta después de aprobado por el gobierno.

“ Art. 10. Los obispos nombrarán para los curatos; pero los elejidos deberán merecer el beneplácito del gobierno.

“ Art. 11. Los obispos podrán tener un cabildo en su catedral y un seminario para su diócesis, sin que el gobierno se obligue á dotarles.

« Art. 12. Todas las iglesias metropolitanas catedrales, parroquiales y otras no enajenadas, necesarias para el culto, se pondrán á disposición de los obispos.

“ Art. 13. S. S. por el bien de la paz y el feliz restablecimiento de la religion católica, declara que ni él ni sus deudores turbarán de manera alguna á los poseedores de bienes eclesiásticos enajenados; y que en consecuencia la propiedad de aquellos, los derechos y rentas anejos á los mismos permanecerán inalterables en sus manos ó en las de sus causatenientes.

“ Art. 14. El gobierno asignará una decete

pension á los obispos y curas, cuyas diócesis y parroquias estén comprendidas en la nueva demarcacion.

« Art. 15. Igualmente adoptará el gobierno las medidas oportunas, para que los católicos franceses puedan, si quieren, hacer fundaciones en favor de las iglesias.

« Art. 16. S. S. reconoce en el primer cónsul de la república francesa los mismos derechos y prerogativas, que disfrutaba el antiguo gobierno.

« Art. 17. Las partes contratantes se convienen en que, si llegase el caso de no ser católico alguno de los sucesores del primer cónsul, se arreglen por un nuevo convenio los derechos y prerogativas arriba referidas y el nombramiento de los obispos en lo concerniente á él.

« Las ratificaciones se cangearán en París en el espacio de cuarenta dias.

“ Hecho en París el 26 messidor del año IX de la república francesa (15 de julio de 1401)
 —Firmado—*Hércules Cardenal Consalvi (Locus Sigilis); J. Bonaparte (L. S.); J. Arzobispo de Corinto (L. S.); Fr. Cárlos Castelli (L. S.) Cretg (L. S.) Bernier (L. S.)*

Se deja conocer que el primer cónsul y Ta-

Talleyrand estaban de acuerdo en contemporizar con la silla apostólica en materias eclesiásticas, y que el ministro de Bonaparte hacia cuanto estaba de su parte para congraciarse con Roma. Hablando del arzobispo de Corinto que estaba para partirse de París, decía así. «Miro como un deber mio manifestaros, en nombre del primer cónsul; que este ministro plenipotenciario de su Santidad se ha mostrado muy digno de su mision por su talento, por su espíritu conciliador y por sus virtudes; y que tiene mucho derecho al aprecio y benevolencia del gobierno francés.

§ III.

Pio VII deseaba con vivas ansias trasladar á Roma el cuerpo de su antecesor depositado en Valencia, por lo tanto Talleyrand hizo cuanto pudo para inclinar el ánimo de Bonaparte á esta gracia. Efectivamente por el mes de noviembre Talleyrand escribia al cardenal Caprara en estos términos: «*Señor Cardenal*: V. me ha dispensado el honor de recordarme en su carta del 7 de noviembre (16 brumario) cuanta importancia dá su Santidad á la traslacion á Roma del cuerpo de su antecesor fallecido en Valencia. Ha

bastado que supiese el primer cónsul los deseos de su santidad para que se complazca en acceder á ellos. Acabo de avisar, señor cardenal, al ministro del interior la próxima partida del señor arzobispo de Corinto, á quien debe entregarse el cuerpo del pontífice difunto. Mi colega tomará las medidas oportunas para que se haga la entrega con el conveniente decoro, y del modo mas conforme á las relaciones de union que existen con su Santidad y á los sentimientos, que siempre le ha manifestado el primer cónsul." Se ve pues que los gobiernos de Roma y de la república francesa estaban en relaciones de amistad y benevolencia.

Mr. Portalis consejero de estado invitó á Talleyrand para que comunicase á la corte de Roma una nota en la que enumerase cierta multitud de quejas del gobierno republicano y nuevas peticiones para que se diese la institucion canónica á los obispos constitucionales. Esta nota no tiene nada interesante; al contrario la contestacion del señor Cacault, es sumamente curiosa y siento no poderla insertar íntegra. Hablando de la institucion canónica de los obispos nuevamente nombrados, se esplica en estos términos, muy oportunos para los españoles en esta época.

«El Papa solo, dice; según la disciplina tantos siglos há, debe dar á los obispos la institucion canónica: y no está en uso que cometa á otros el ejercicio de un derecho tan considerable, *Siempre se ha hecho esto así, y directamente por la santa Sede.*

«Se han seguido en todos tiempos las formas acostumbradas y necesarias para cerciorarse de la aptitud de los sugetos; para lo cual instruian los legados y nuncios los expedientes de informe ordinarios, y los dirigian á su Santidad que procedia á la institucion de los sugetos nombrados en consistorio pleno, y sucesivamente espedia las bulas.»

Mas adelante hablando de los obispos constitucionales esplica terminantemente la práctica de la iglesia romana con los que se han entremetido en el gobierno de las iglesias, y han publicado doctrinas opuestas á la verdadera creencia. Ténganla presente los jansenistas y sus apologistas en nuestra católica y desgraciada España.

«La causa de los obispos constitucionales continúa; ya está decidida por la Sede apóstolica en el breve dogmático de Pio VI que empieza: *charitas*. Esta definicion no puede reformarse: su Santidad puede mitigar las penas impuestas á dichos obis-

pos; pero no el juicio de la santa Sede, como consta hasta la evidencia.

« En el mismo juicio dogmático de Pio VI se condena la constitucion civil del clero, por contener errores contra el *depósito de la fé*. Los obispos constitucionales se han adherido con juramento á la misma constitucion; y en virtud de ella han sido elegidos, y han ocupado ilegítimamente las sillas episcopales.

« Mientras no reconozcan su ilegítimidad declarada espresamente en el citado juicio dogmático dice el santo Padre que no puede admitirles á su comunión, y mucho menos instituirles pastores del rebaño, al cual han dado el escándalo que motivó *aquel juicio definitivo de la iglesia*.

« Lejos de confesar los obispos constitucionales su *ilegítimidad*, se han considerado abiertamente como *legítimos* en las fórmulas de su dimision, llegando algunos hasta el punto de decir que habian subido á su silla *sin ninguna oposicion canónica*; lo que equivale á combatir de frente el juicio contrario, dogmático, pronunciado sobre este punto por la santa Sede y aceptado por todo el catolicismo.

.....

« La declaracion de profesar la misma fé que los apóstoles; echa por aquellos en ciertas

cartas no es suficiente á los ojos de su Santidad.

« La fé de los apóstoles ha sido y debido ser la de san Pedro á quien ellos reconocieron como gefe de la iglesia. Cuando los obispos consticionales no se conforman, al contrario se oponen á los juicios del pontifice romano, sucesor de san Pedro, que tiene la misma fé que este y el mismo magisterio de la doctrina; no se verifica sustancialmente que la fé de dichos obispos sea la fé de los apóstoles.

« Muchos cismáticos y erejes obstinados en sus errores, decian que tenian la fé de los apóstoles; pero no por eso lo ha creído la iglesia.....

« Añade su Santidad que confesar su propio error es un acto de humildad que anuncia un alma grande y virtuosa; que esto no es humillante, sobre todo para unos obispos; al contrario alcanzarán gloria inmortal para con Dios y los hombres.

“ Los católicos que forman la mayoría en Francia, acostumbrados á mirar á los constitucionales como cismáticos, no los estimarán hasta renunciar su error. (1) Sabido es cuan apreciado

(1) En España sucede lo mismo con los que han escrito ó hablado públicamente doctrinas erróneas.

fue el célebre Fenelon á consecuencia de un acto semejante; pues mucho menos exige el Papa á los obispos constitucionales.

“Cuando hacen dimision de sus sillas, y piden bulas de institucion, deberian confesar que las han ocupado ilegítimamente, y solicitar la institucion, reconociendolo como principio.

• Pero al hacer la dimision se reconocen como legítimos, y al pedir la institucion declaran que se adhieren al convenio pactado entre el santo Padre y la Francia. Este no contiene todos los principios contrarios á su error de los que no hace mencion.

«Aunque la constitucion civil del clero no fue obra de los eclesiásticos, observa Su Santidad que desde el momento en que definió dogmáticamente la santa Sede que era contraria á la religion católica, no pudieron los obispos constitucionales adherirse á ella; y mucho menos persistir en el error despues del juicio pronunciado sobre la misma. Es verdad que por una parte obedecieron la ley; pero desgraciadamente esta, que no hacia parte de la constitucion del gobierno francés se oponia á la religion católica; están, pues, obligados á adherirse y someterse al juicio de la santa Sede. Sin entrar en lo civil está condenado

el error respecto de la fé, de que se separaba.

"Témese que exigiendo tal sumision de los constitucionales, se suscite alguna desavenencia entre el sacerdocio y el imperio, y se comprometa la dignidad de la nacion; pero reflexiónase que en las circunstancias presentes el gobierno ha quedado plenamente satisfecho con el breve de Su Santidad.

En semejante coyuntura se espresaba asi un célebre autor francés. Bosuet: «ninguna razon puede obligar á la iglesia romana á recibir en su seno, contra las instituciones de sus padres otra iglesia, si esta iglesia no dá antes cancion de fé."

Seguiria insertando toda la doctrina de este documento en el que brilla la santa doctrina á la par de el espíritu de reconciliacion. Es muy del caso en estos dias de cuestiones canónicas de esta clase; mas me temo abusar demasiado de la indulgencia de mis lectores. Acompañaba á este escrito la bula de la nueva demarcacion de las diócesis; el breve de autorizacion al cardenal legado, para conferir á los obispos de las nuevas diócesis la institucion canónica en nombre de Su Santidad; un breve de autorizacion al cardenal legado para la creacion de nuevos obispados en América en las provincias sometidas á la república francesa. El gobierno con-

sular habia solicitado este breve, Talleyrand lo manejó de tal suerte que se obtuvo cuanto se pidió.

El cuerpo de Pio VI caminaba ya para Roma: el 15 de febrero de 1802, habia llegado al pueblo de *Storta*; en donde le recibió el cardenal Antonelli penitenciario mayor obispo de Oporto. El 16 descansó en el palacio de el duque de Bracciano, cerca de la *de la puerta del pueblo*. El 17 hizo su solemne entrada en la capital del cristianismo: y el 18 fue solemne colocacion del cadáver en la Basilica de san Pedro. He aquí la inscripcion latina que se le puso en la caja de plomo.

PIUS VI P. M.

A VALENTIA A PUD RHODANUM

AD BASILICAM SANTI PETRI

SOLEMNITER TRANSLATUS.

DIE XVIII FEBRUARII MDECCII.

Talleyrand se aprovechó de todos estos buenos oficios para reconciliarse con la iglesia; solicitó un breve del Papa que le absolviese de la escomunion, el que le fue concedido. Se cita una carta de Pio VI escrita con este motivo á Talleyrand y que no inserto por no constarme su autenticidad. Absuelto Talleyrand se casó con

madama Grant á quien habia conocido en Berlin en tiempo de su emigracion. Bonaparte le habia instado á ello y Talleyrand no pudo menos de obedecer al primer cónsul.

Madama Talleyrand era sumamente hermosa y sumamente idiota, al mismo tiempo que su reputacion no estaba muy bien sentada; Bonaparte la prohibió la entrada en las Tullerías, cosa que la pertenecia por su rango; el primer cónsul tenia noticias nada favorables de los pasos que pensaban darse; Talleyrand insistió en que no se privase á su esposa de alternar en la córte con las de su categoría, y presentó su dimision en el caso de no ser atendido: Bonaparte cedió al fin, concediendo á madama Talleyrand el derecho que la pertenecia, estipulando antes que jamás usaria de él mas que la primera vez para tomar posesion.

§ IV.

Talleyrand á pesar de estar ocupado en sus negociaciones políticas, y en facilitar el camino del trono á Bonaparte no se olvidaba de sus intereses particulares. Ya el año anterior se habian hecho los tratados de Luneville, Florencia, Madrid, Portugal, París con el emperador de Rusia, y se ha-

bian puesto los preliminares con la Puerta Otomana. El continente todo deponia las armas, la Inglaterra solamente era la que las suspendia como forzada. Esta potencia á la que Talleyrand miraba como enemigo poderoso de la Francia cedió al cabo á su política, y el 25 de mayo de 1802 se completó la pacificion del mundo por el tratado de Amiens. Era preciso que interviniesen negociaciones que indemnizasen á las potencias amistosamente. Talleyrand halló en las indemnizaciones una fecunda mina que le hizo poderosísimo. Compró de resultas la hermosa posesion de Valencey que le costó dos millones cincuenta mil francos.

Con motivo de los rumores que se habian difundido de revolucion en Italia, Talleyrand habia dado en febrero el informe siguiente al primer cónsul.

« Hace muchos meses corrió en Italia la voz que se estaba formando una conspiracion contra varios gobiernos. Pareció al pronto infundada esta noticia; pero á resultas de una denuncia hecha al gobernador de Macerata, la corte de Roma hizo sumaria informacion para descubrir si realmente existia la conspiracion.

« Resulta de la declaracion de varias personas citadas en juicio que un napolitano licenciado, que

habia servido en la Cisalpina y volvía á su país con otros quince paisanos suyos licenciados tambien; declaró á diferentes individuos que habia entrado en una conspiracion para insurreccionar la Italia entera; que el objeto era hechar á los franceses, proteger la religion, y al mismo tiempo des'ronar á todos los soberanos y al mismo Papa; pero que estas dos últimas miras debian tenerse reservadas hasta que el partido fuera bastante fuerte para asegurar el resultado.

«El gefe de aquel destacamento napolitano declaró ademas que los generales Pino y Lecchi debian insurreccionar la Lombardía, el general Vignole con algunos generales franceses el Piamonte, el general Ciecio Pignatelli el estado eclesiástico y el geueal Moliterno el reino de Nápoles. Cada gefe de insurreccion estaba encargado de echar mano de los hombres mas turbulentos de su país. El proyecto habia de llevarse á cabo en noviembre pero la vigilancia del gobierno obligó á los conjurados á diferirlo.

«A estas insignificantes declaraciones se reducen las deposiciones de los testigos examinados, que siempre se refieren á lo que les dijo el comandante del destacamento napolitano; pero parece que la confesion de éste no merece ninguna confianza;

Puede suceder que descontento este hombre de un gobierno que le licencia, haya tratado de sembrar esa semilla de division y de alboroto, y que haya llevado la mira de sondear la opinion de unos cuantos hombres á quienes creia descontentos como él.

« No falta en Italia quien quisiera promover nuevas revoluciones; pero si he de juzgar por mi correspondencia, todos estos individuos no tienen otro vínculo de union que sus deseos secretos, y carecen de fuerza; por último no tengo indicio alguno de que se forme en Italia una conspiracion, bien contra los gobiernos actuales; bien contra los franceses.—*Cárlos Mauricio Talleyrand.*

Por este tiempo se trató de elegir gran maestro de la órden de Malta; Talleyrand fue de opinion de que se dejase á su Santidad la eleccion, y decidió al primer cónsul, escribiendo de su órden al ministro de S. M. Británica la siguiente carta. «El ministro de relaciones exteriores de la república francesa ha recibido la comunicacion del ministro plenipotenciario de S. M. B. incluyendo las listas de candidatos que cuentan con votos de diversos prioratos para la dignidad de gran maestro de la órden de Malta; y ha dado cuenta al primer cónsul de la proposicion acordada entre los prioratos de

a órden y aprobada por S. M. de dejar (*pro hac vice*) á su Santidad la eleccion entre los candidatos designados.

” El primer cónsul no lleva otro objeto en cuanto dice relacion con la órden de Malta que ver ejecutado el artículo 10 del tratado de Amiens, Y remover todas las dificultades que pudieran retardar é impedir el cumplimiento del mismo. Ademas desea como S. M. B. que la Francia y la Inglaterra obren de concierto para asegurar á la órden de Malta su organizacion é independencia. Asi pues consiente en que por esta vez se conceda á su Santidad la eleccion entre los candidatos propuestos por los prioratos.

« En cuanto al párrafo 13 del mismo artículo que se refiere al consentimiento de las potencias, piensa el primer cónsul como S. M. B. que debe invitárseles á que den su aprobacion á las disposiciones convenientes. En consecuencia los ministros franceses residentes en las córtes de Austria Rusia y Prusia, recibirán órdenes para solicitar en union con los de S. M. B. que dichas potencias presten el consentimiento previsto en el artículo 10 del tratado de Amiens.”

España no figuraba en este escrito de Talleyrand porque sabia muy bien que la córte de Ro-

ma en aquella época estaba justamente ofendida por ciertas pretensiones del ministro Vargas y del príncipe de la Paz, á quien años antes se habia querido proponer para gran maestro de Malta.

§ V.

Doloroso me es llegar á un acontecimiento desgraciado que deshonra muchísimo á Talleyrand. El gabinete británico poco despues del tratado de Amiens preparó una tercera confederacion. Los gabinetes se habian pasado notas muy destempladas resultado de estas condiciones que Lord Witwoth embajador de Inglaterra saliese de París el 13 de mayo de 1803. La paz se rompió definitivamente, y al abrigo de la guerra se tramó una conspiracion contra el primer cónsul, á cuyo frente se pusieron Pichegru y Jorge Cadoudal. Desembarcaron en Francia, lograron seducir al general Moreau, y cuando todo estaba preparado para la ejecucion de un golpe de mano, fueron arrestados por la policia. Moreau fue condenado á dos años de detencion que se conmutaron en destierro. Pichegru se le encontró ahorcado en su prision, y Cadoudal sufrió la pena de muerte.

Esta conspiracion fue descubierta á mediados

de febrero de 1804. Bonarpate recibió felicitaciones de todos los cuerpos del estado, y de todos los departamentos de la república francesa. A mediados de marzo un escuadron de caballería arrebató al duque de Enghien del castillo de Etteinheim en el gran ducado de Baden distante algunas leguas del Rhin; inmediatamente fue conducido á Vincenis juzgado en muy pocas horas por una comision militar y fusilado en los fosos del castillo. !Asi terminó su vida un nieto del gran conde! Apesar de la ambicion de Bonaparte no se hubiera decidido á dar el terrible fallo si Talleyrand á quien interesaba esterminar á la familia de los borbones no hubiese aconsejado el arrebatamiento y la sentencia del duque de Enghien. El mismo Napoleon que tomó sobre sí la terrible responsabilidad de esta muerte, que tanto le atormentó su memoria todo el resto de su vida en el peñasco de Santa-Helena; el mismo Napoleon digo, repetia varias veces lleno de un amargo dolor que «Talleyrand fue quien maquinó la muerte del príncipe porque temia el regreso de los borbones;» exclamando despues con indignacion: *Y ese miserable es hoy primer ministro de Luis XVIII!!.....* Todas las historias que he consultado al trazar la vida de Talleyrand, ya escritas por enemigos declarados de Napoleon, ya

por admiradores suyos me confirman que Talleyrand inventó y tramó cuantas acusaciones se hicieron al príncipe; que él se anticipó á indicar, y el fallo, lo que es mas, no se apartó de los jueces hasta que no les arrancó la fatal sentencia, cuya ejecución hizo abreviar de tal suerte que no dió tiempo á que el primer cónsul tuviese noticia de ella.

Talleyrand despues de la muerte del duque quiso asegurar sus miras, y cerrar del todo la puerta á la antigua dinastía. Hacia tiempo que entraba en sus planes la creacion de una nueva; al efecto reiteraba sus consejos al senado; este por su parte habia conferido á Bonaparte el consulado vitalicio, último escalon para llegar al trono. No obstante Talleyrand repitió sus consejos al senado y al primer cónsul. El 27 de marzo de 1804 el senado envió una diputacion al primer cónsul que se espresó en estos términos por medio de su presidente Neufchateau. «Ciudadano primer cónsul; acaba de fundar una nueva era, pero debeis eternizarla: nada es el brillo sin la duracion. No dudamos que os habrá ocupado esta grande idea, porque vuestro génio creador todo lo abraza y nada olvida. No lo dilateis, pues, os estrechan el tiempo, los acontecimientos, los conspiradores, los ambiciosos, y en

otro sentido una inquietud que agita á los franceses. Podeis encadenar el tiempo, dominar los acontecimientos, desarmar á los ambiciosos, tranquilizar la Francia entera, dándola instituciones que cimenten vuestro edificio, y que prolonguen para los hijos lo que hicisteis para los padres. Ciudadano primer cónsul; estad seguro de que el senado os habla aquí en nombre de todos los ciudadanos. «Bonaparte contestó en términos muy satisfactorios al senado, invitándole al mismo tiempo á que espresase con mas claridad su idea." El 3 de mayo contestó el senado. «Cree el senado que es del mayor interés para el pueblo francés confiar el gobierno de la república á *Napoleon Bonaparte*, emperador hereditario.» En el tribunado se habia empeñado la discusion en la que Carnot únicamente se opuso á el imperio de Napoleon. El cuerpo legislativo se reunió, y se adhirió á la opinion del tribunado. La proposicion del tribunado apoyada por el cuerpo legislativo, fue comunicada solemnemente al senado que en sesion extraordinaria decretó un senado-consulta-orgánico destinado á fijar las bases del nuevo gobierno.

El tribunado, el cuerpo legislativo y el senado votaron unánimes el imperio que se proclamó el 18 de mayo de 1804. Talleyrand fue de los

primeros que recibió el premio de sus consejos y desvelos, siendo nombrado por el nuevo emperador Gran Chambelan, y condecorado dos meses despues con el gran cordon de la Legion de Honor instituida el 14 de julio de 1804.

PERIODO SEPTIMO.

§ I.

No satisfecho Napoleon con ser emperador de los franceses, quiso añadir á este titulo el de Rey de Italia. Quiso tambien dar al nuevo reino una constitucion, para cuyo efecto convocó al senado en sesion solemne. Talleyrand tomando la palabra dijo á Napoleon, «Alejandro al ensanchar los límites de sus conquistas, no hizo mas que prepararse sangrientos funerales; la sublime, la héroica idea de sucesion no entró jamás en su espíritu: Carlo-Magno, Alejandro, legaron su imperio á la anarquía.

«Nosotros hemos visto á V. M. á la par de aquellos grandes hombres, llevar con rapidez sus armas á Europa y al Asia: su actividad, al igual de la de aquellos, ha sabido abrazar en breve tiempo la mas vasta estension y salvar las mayores distancias. Pero en sus mas gloriosas espediciones y en

sus mas osadas empresas ¿le ha arrastrado por ventura una pasion vaga é indefinida de dominar é invadir? No, señores, y la historia lo ha inscrito yá en sus fastos. Desde el principio de su noble carrera quiso V. M. restablecer en Francia las ideas de órden y de paz. V. M. miró con horror una guerra que amenazaba sumirnos de nuevo en la barbarie, y con espanto una revolucion que cubria á la Francia de lágrimas, de destruccion, de ruinas; y creyó que la Providencia le habia destinado para poner coto á aquellas dos grandes calamidades. En Italia venció para reconciliar la Alemania con la Francia; fue á vencer en Asia para esperar la época en que pudiese volver triunfante, y á su regreso reconciliar la Francia consigo mismo. Tales han sido las miras y la noble ambicion de V. M.»

Bonaparte conoció muy bien que no consolidaria su poder sino acudia á la religion para hacerse respetable á los ojos del pueblo. Principió por mandar se dejase de perseguir á los sacerdotes refractarios, y les favoreció exteriormente en gran manera, para de este modo captarse mas la amistad del sumo Pontífice y decidirle á que fuese á consagrarle emperador de los franceses; Con este motivo se entabló una serie de contestaciones entre

la corte de Roma y la de París que siguió con actividad Talleyrand, á pesar de haber protestado su Santidad que no permitiría que se le presentase su esposa si verificaba el viaje á París porque jamás reconocería tal matrimonio.

El 13 de julio de 1804 Talleyrand dirigia al Emperador la siguiente esposicion.

«V. M. me hizo la hora de remitirme una carta, en que su ministro de Roma le hace sabedor de las disposiciones de aquella córte respecto del viage de su Santidad á París, El Cardenal legado me habia trasladado una comunicacion sobre lo mismo. Voy á dar cuenta á V. M. del estado de esta discusion, segun me lo tiene prevenido.

«El padre Santo no ha podido tomar su resolucion en tan importante asunto, sin consultar á los cardenales que residen en Roma. Sus votos han variado; pero la mayoría aprueba el viage, con algunas reservas que conviene examinar. Las dos principales tienen por bases: la primera se refiere á la indiscreta conducta de algunos obispos que fueron constitucionales, respecto á la córte romana; y la otra gira sobre el juramento que V. M. ha de prestar en el acto de la coronacion. Sálvese inmediatamente aquella disponiendo que se reconcilie con su Santidad, conforme á las leyes y uso de la disci-

plina eclesiástica, aquellos obispos que hayan faltado por escrito, ó de palabra al respeto y consideración que deben guardarse á la santa Sede; porque en todo caso el Papa ha de ser en Francia como en Roma el gefe de la religion católica. Oyendo, pues, sus descargos y presenciando su arrepentimiento y sumision, les acoja ó deseche de su lado supuesto que S. M. no debe permitir que ningun eclesiástico de cualquier dignidad ó comunión que sea, falte á las atenciones que merece el padre comun de los fieles.

«La segunda dificultad la dividimos en dos partes. Dicen los cardenales: el juramento que va á prestar el Emperador no es católico: primero porque en el se consagra la tolerancia de los demas cultos: segundo en cuanto corren como semejantes el concordato y las leyes orgánicas, las que son consideradas, por la santa Sede como subversivas en los puntos principales de la autoridad superior eclesiástica.

«Podemos salvar este reparo fácilmente con decir que el juramento es un acto accesorio á la coronacion y que esta es una solemnidad política, enteramente distinta de la consagracion que es una ceremonia religiosa, tanto que ambas pueden celebrarse en un acto ó en diferentes.

«Sin embargo, aunque fuese su prestación en el mismo acto que la union impérial, y á la vista y bajo los auspicios del Pápa, nada tiene el juramento que pueda ofender su piedad; porque su contesto es enteramente político, y nada se roza con la fé ó creencia religiosa. Prescribe la obediencia al concordato, porque segun el language del derecho público los pactos de dos potencias son leyes que se llaman de *la letra* ó segun lo convenido: las leyes orgánicas son de otra naturaleza. El principe no puede menos de jurarlas, aun cuando esten espuestas á mudanzas, porque si en la intencion del legislador hubiera cabido la facultad de ordenarlas, no hubiera designado con el título de *leyes del concordato* sino leyes orgánicas de él.

«Con respecto á la tolerancia de cultos en Francia y en la mayor parte de los estados de Europa, es un deber político que en nada afecta ni compromete el catolicismo de los respectivos soberanos que los gobiernan. En Alemania, en Francia, en Italia, en la misma Roma están prohibidos los insultos y las persecuciones: se compadecen los disidentes, pero se recomienda la tolerancia de sus opiniones y del culto que su conciencia les impele á practicar.

"Estas me parecen las mas sencillas y decisivas

observaciones que puedan emplearse, para contrariar las dificultades propuestas por los cardenales, y tranquilizar el ánimo del padre Santo. Si V. M. las adopta, me atreveré á proponer se me autorice para seguir el proyecto de contestacion que me ha presentado el señor obispo de Orleans, y que tengo el honor de incluir adjunto."

Talleyrand hizo ver al gobierno pontificio que el viage de su Santidad era muy favorable á la religion católica, y que de el resultarían innumerables beneficios á la iglesia, á la Francia y á la Europa entera. Enumeraba tambien los títulos que tenia Napoleon que le hacian digno de la gratitud y reconocimiento del Pontifice, concluyendo con asegurar que los negocios eclesiásticos pendientes, terminarian amistosamente en París entre el Papa y el Emperador. Poco despues en otra nota al gobierno pontificio se espresaba Talleyrand en estos términos.

«El culto católico (1) ha vuelto á ostentar su pompa exterior á la sombra de las leyes que le protegen como á los demas y de las particulares franquicias que goza. Todas las instituciones civiles reciben el sello religioso: los bautizos, los espon-

(1) Mal dicho.

sales son consagrados con sus ceremonias respectivas: los funerales que fueron prohibidos en la desgraciada época en que no se respetaban las mas solemnes y afectuosas costumbres, se han restablecido por la generosa prudencia de un gobierno, que aprovecha todos los medios de emulacion para la virtud, aun despues de la existencia de los que la practiquen. Asi se va purificando y consolidando la pública opinion, y en este buen camino la puede fijar y perpetuar la presencia del padre Santo, concluyendo la grande obra que principió el Emperador con tanta felicidad. Tal nos prometemos de la consideracion que su Santidad merece: y fácil será lograrlo marchando hácia el sistema que ofrece mas tranquilidad á las conciencias, y á la desgracia muy sólidos consuelos.

"Todo conspira á probar la necesidad de este restablecimiento, y aun el mismo olvido que por diez años se ha padecido de sus principios saludables: la generacion que se apartó de ellos, desea que sus descendientes los adopten y sigan con la mayor perseverancia. El santo Padre considerará la Francia como pais reconquistado, y su presencia cimentará mejor las máximas religiosas con su influencia personal y con el egeemplo que su vida pura presentó como amable y digna de imitarse."

El general Caffarelli fue el encargado de entregar á su Santidad la carta invitatoria del Emperador. El Papa le recibió con suma benignidad el 19 de setiembre. El 30 se comunicó al colegio apostólico la carta del Emperador, la que dió motivo á varias contestaciones, que se decidieron con el testo de las contestaciones de Talleyrand que decía: "Este viage no tiene solo por objeto la coronacion de S. M., porque el mas principal se ha fundado en los intereses de la religion que se tratarán entre el sumo Pontífice y S. M.; y el acuerdo que en seguida se tome ha de producir grandes ventajas á la iglesia y al Estado.

Estas palabras de Talleyrand decidieron al colegio de cardenales á consentir en el viage de su Santidad, y este por su parte respondió al Emperador que confiado en sus promesas ractificadas se decidia á pasar á París á pesar de sus achaques y de la estacion tan rigurosa del tiempo.

§ II.

Con motivo del viage de su Santidad, el cardenal legado derigió á todos los obispos y arzobispos de Francia la siguiente circular:

"Ilustrisimo señor: no dudo que en toda la

Francia los fieles se apresurarán á dirigir al cielo los mas ardientes votos para que recaigan sus bendiciones sobre nuestro santo Padre el papa Pio VII que sale de Roma para París. Es costumbre cuando el sumo Pontífice emprende largos viages, mandar se hagan rogativas públicas particularmente en los pueblos por donde pasa. Nada puede ser tan agradable á su Santidad, como recibir del pueblo francés, en semejantes circunstancias, un testimonio público de su amor y veneracion. He creido tanto mas conveniente la circulacion de la fórmula de las preces que se acostumbran hacer en Roma en tales ocasiones, quanto de ello resultará la mas exacta uniformidad en todas las iglesias de Francia.»

El lector podrá cotejar en este momento la Francia que he deliniado en el período tercero de esta historia, y la Francia tal como se presenta en este que estoy redactando. Yo espero me disimulará la detencion de esta época de la vida de Talleyrand, época memorable de este siglo, época que debe ser una leccion para los españoles que les enseña lo que puede el pensamiento religioso contra los embates de la impiedad. En todo el imperio francés se elevaron al cielo las súplicas mas encarecidas por el feliz viage de su Santidad.

El señor arzobispo de París dió varios manda-

tos con el mismo motivo, siendo de notarse en uno de ellos que se publicó pocos días antes de la llegada del santo Padre las siguientes palabras: "hé aquí nuestros muy amados hermanos un asunto digno de vuestras reflexiones, bien capaz de reanimar vuestra fé y bien propio para alimentar vuestra piedad. Jamás la religion brilló con tanto esplendor como en esta circunstancia memorable, en la que todo lo que hay de mas elevado en la tierra, concurre á aumentar su triunfo y á escitar nuestra admiracion. El vicario de Jesucristo prestando su ministerio, y Napoleon reclamándole, nos prueba que todo es grande cuando la religion lo ordena; y que solo puede serlo todo lo que ella consagra. El uno aunque ligado por las augustas funciones de su ministerio, y aunque detenido por las cadenas que honró el primero de los apóstoles, y que honran asimismo la capital del mundo cristiano, deja su silla y viene á darnos el modelo de la virtud, eclipsando la grandeza y atrayéndose mayor respeto que el que jamás la grandeza misma podria exigir. Viene á echar las bendiciones del cielo sobre nuestro soberano, y sobre nosotros estableciendo en nuestras conciencias y poniendo por consiguiente bajo la salvaguardia de Dios, el cetro que nuestro reconocimiento acaba de ofrecer al mérito. El otro

investido del cetro de la magistratura por el voto de los franceses, quiere además establecer su poder sobre cimientos inalterables; quiere recibir su corona del rey de los reyes y aumentar su autoridad humillándose delante de su autor.»

El 29 de octubre de 1804 el santo Padre celebró en Roma un consistorio secreto pronunciando un discurso latino que traducido es como sigue.

“Venerables hermanos: cuando os anunciamos desde este sitio que habíamos hecho un concordato con S. M. el Emperador de los franceses, entonces primer cónsul de la república, hicimos resplandecer en vuestra presencia la alegría de que el Dios de todo consuelo llenaba nuestro corazón, á vista de las dichas mutaciones que el concordato acababa de producir en aquel vasto y populoso imperio por el bien de la religion católica. En efecto los templos santos abiertos y purificados de las profanaciones que por desgracia habían padecido, los altares vueltos á erigir, el estandarte saludable de la cruz desplegado de nuevo, el verdadero culto de Dios restablecido y los augustos misterios de la religion celebrados libre y públicamente; han sido dados á los pueblos pastores legítimos y que puedan entregarse totalmente al cuidado de su rebaño; la religion católica saliendo gloriosamente de

los retiros en que se habia visto precisada á ocultarse, y pareciendo de nuevo con mas esplendor en medio de esta ilustre nacion: en fin, tantas almas atraidas al seno de la unidad de que se habia separado, y reconciliadas con Dios y consigo mismas, ¿qué motivos puede haber mas justos para regocijarnos en el Señor y para hacer patente nuestra alegría?

Una obra tan grande y tan admirable debió escitar en nos, las mas vivas sensaciones de reconocimiento para con el poderosísimo Príncipe que habia empleado toda su autoridad para conducirla á su fin por medio del concordato. Jamás se aparta de nos la idea de tantas dichas, y lo que aun es mas, nos induce de continuo á aprovechar cuantas ocasiones se nos ofrezcan para testificar al mismo Monarca nuestros íntimos sentimientos.

«Este poderoso Príncipe tan digno de la religion católica, nuestro muy amado en Jesucristo Napoleon emperador de los franceses, nos ha hecho conocer que deseaba vivamente recibir de nos la union santa y la corona imperial, á fin de que la religion imprimiese á esta solemne ceremonia el carácter mas sagrado y fuese el manantial de abundantes bendiciones.

«Esta peticion hecha con tales sentimientos, no

es solamente en sí misma un testimonio auténtico de la religion del Emperador y de su piedad filial por la santa Sede, sino que ademas se halla apoyada en declaraciones positivas que justifican que su firme voluntad es proteger mas y mas la santa Sede, siguiendo trabajando como hasta ahora lo ha hecho para sacarla de en medio de sus ruinas con tantos y tan generosos esfuerzos.

“Asi ya veis venerables hermanos cuan justas y poderosas son las razones que tenemos para emprender este viage; nos hemos determinado á él con miras de utilidad hácia nuestra santa religion y por sentimientos particulares de reconocimiento para con el muy poderoso Emperador, quien despues de haber empleado toda su autoridad á fin de restablecer la profesion libre y pública de la religion católica en Francia, nos testifica en tales circunstancias un tan gran deseo de favorecer sus progresos y su gloria.

«Nos lisongeamos apoyados en las mayores esperanzas de que este viage que emprendemos segun sus deseos, nos presenta no solo la ocasion para conferenciar directamente con él y conocer los sábios fines que le animan, sino que tambien redundará en beneficio de la iglesia católica, que es el arca única y verdadera de salud, y de que ademas

podremos congratularnos de haber conducido hasta el grado de perfeccion la obra de nuestra santa religion. Esta esperanza se funda mucho menos en nuestros débiles esfuerzos, que en los auxilios y gracia poderosísima del que sin merecerlo nos ha establecido por su vicario sobre la tierra; y esta gracia obtenida por las oraciones y la eficacia de los santos misterios, se difunde abundantemente en el corazon de los príncipes, que dispuestos á recibir los efectos saludables de las santas ceremonias, se miran como los padres de los pueblos confiados á sus cuidados y solícitos por su eterna salvacion, y quieren vivir y morir como verdaderos hijos de la iglesia católica.

«Por estas causas nuestros venerables hermanos, siguiendo las huellas de nuestros predecesores que muchas veces se alejaron de su propia silla, y pasaron á regiones remotas por el bien de la religion y satisfaccion de príncipes que habian merecido el aprecio de la iglesia, emprendemos este viage sin olvidar que su distancia, la estacion tan poco favorable, nuestra edad ya avanzada y nuestra débil salud, habrán debido impedirnoslo, pero menospreciamos todos esos obstáculos, con tal que Dios nos conceda lo que pide nuestro corazon.

«Nada se nos ha ocultado de cuanto debíamos

tener á la vista antes de tomar tal resolucion; todo lo hemos visto, y todo lo hemos considerado con la mas s3ria atencion. Cuando en medio de tantas y tales consideraciones se presentaban diferentes dificultades, algunas de las cuales tenian nuestro esp3ritu en duda 3 incertidumbre, recibimos del Emperador unas respuestas y declaraciones tales, que despues de haberlo todo examinado, nos han persuadido enteramente sobre la utilidad de nuestro viage, por el bien de la religion que es el 3nico fin que nos proponemos. Pero es sup3rfluo hablaros aun mas sobre este asunto, puesto que vosotros mismos habeis seguido todos los pasos detallados de esta negociacion, y que á vosotros mismos he pedido sus pareceres y los he meditado antes de resolver cosa alguna sobre un asunto de tanta importancia.

"Y para no omitir lo que mas que otra cosa es necesario en las grandes deliberaciones, bien convencido, siguiendo el or3culo de la divina sabiduria, de que los pensamientos de los mortales son d3biles, y de que su prudencia es incierta, hemos cuidado de que unos hombres recomendables por la pureza de sus costumbres, y por su piedad, cuyos votos se elevan á Dios como un incienso, dirigiesen sus oraciones fervorosas y cont3nuas al

Eterno Padre, a fin de que con su socorro y divinos auxilios no hiciésemos otra cosa que lo que fuese mas agradable á sus ojos, y lo que debe redundar en bien y en agradecimiento de la iglesia.

«Dios nos es testigo, Dios ante quien descubrimos nuestro corazon con toda humildad, al cual hemos levantado con frecuencia nuestras manos suplicantes en su santo templo, para que se dignase oír la voz de nuestras oraciones y fuese nuestro apoyo, nos es testigo de que nuestro solo fin ha sido el que debemos proponernos en todos los negocios, es decir, su mayor gloria, la propagacion de la religion católica, la salvacion de las almas, y el cumplimiento de los deberes que nos impone la dignidad de que á pesar de nuestro poco mérito, nos ha revestido. Vosotros mismos sois testigos, mis venerables hermanos, vosotros á quienes hemos querido dar conocimiento de todo, á quienes hemos comunicado y hecho saber nuestros sentimientos los mas íntimos, para que nos ayudaseis con vuestros consejos. Por lo que despues de haber asi terminado con los divinos auxilios un negocio de tanta importancia, lleno de confianza en Dios nuestro Salvador, no tememos emprender un viage, al cual nos han determinado tan graves causas. El Padre de misericordia ben-

dicirá nuestros pasos como lo esperamos, y hará esta época memorable por los intereses de su religion y de su gloria.

«A ejemplo de nuestros predecesores y principalmente del papa Pio VI de feliz memoria, que hizo iguales disposiciones antes de salir para Viena, os anunciamos venerables hermanos, que ya todo lo tenemos dispuesto y ordenado, para que en nuestra ausencia de Roma, á donde nos apresuraremos á regresar, como lo exige el gobierno de toda la iglesia, y el de nuestros dominios temporales, todos los negocios continúen su curso bajo la autoridad de los administradores de la santa Sede nombrados por nos: y teniendo siempre presente que debemos morir segun ley impuesta á todo el genero humano, é ignorando cual deba ser la hora de nuestra muerte, hemos tambien determinado, conformándonos con el ejemplo de nuestros predecesores, y con el de Pio VI á su salida para Viena, que el cónclave se celebrará en Roma, caso que durante nuestro viage fuese Dios servido sacarnos de este mundo. En fin, os pedimos con instancia, y os conjuramos conserveis para con nuestra persona, los mismos sentimientos que nos habeis constantemente testificado, y que nos encomendeis durante nuestra ausencia de un modo muy particu-

lar, al Dios todo poderoso, á nuestro Señor Jesucristo, á su gloriosa madre la Virgen María, y al bien aventurado apóstol san Pedro, á fin de que nuestro viage sea acompañado de bendiciones, y su éxito el mas feliz. Si obtenemos este favor del autor de todo bien, vosotros tendréis mucha parte en la comun alegría, vosotros nuestros venerables hermanos, á quienes hemos llamado á nuestro consejo y todos nos regocijaremos en la misericordia del Señor.»

El dia 1.^o de noviembre su Santidad dió un decreto conceciendo al cardenal Consalvi el gobierno político de Roma. El dia 2 salió de Roma y fue á hacer noche á Viterbo, y al dia siguiente á Radicofani; el 4 llegó á Sena; el 5 á Florencia donde permaneció hasta el 6; el 7 á San Marcelo; el 8 á Paula; en este dia salieron treinta coches de Turin al encuentro de su Santidad. El 9 llegó á Parma; el 10 á Plasencia; el 11 á Alejandria. El monte Ceuis estaba cubierto de nieve, por cuya razon se habían tomado todas las precauciones posibles, á fin de evitar al ilustre viagero cuantas incomodidades permitiese la estacion. Ocho sillas de mano estaban preparadas para el paso del monte, una para el santo Padre forrada de terciopelo de color de púrpura galoneada de oro; cinco para los cardenales y dos para los príncipes. La demas comi-

tiva fue conducida en las sillas comunes que se usan para aquel paso. Los guardias de corps de su Santidad, le acompañaron hasta las fronteras de Toscana, desde allí le escoltaron los del rey de Etruria hasta las fronteras de Italia, desde cuyo punto hasta encontrar al Emperador fue escoltado por un destacamento de caballería francesa.

Su Santidad llegó el 12 de noviembre á Turín y se apeó en el palacio. El 19 del mismo llegó á Lion. El 23 entre cinco y seis de la tarde llegó á Cóna. El 25 llegó á Nemours abriéndose el puente para que pasase. El prefecto del departamento hizo una arenga á su Santidad á la que contestó brevemente. A las doce y media del mismo dia llegó á Fontainebleau.

Napoleon estaba cazando cuando supo que se acercaba el santo Padre; al momento salió á recibirle al encuentro. A un mismo tiempo se apearon el Papa y el Emperador, corrieron el uno al otro y se abrazaron estrechamente. Seis carrozas de S. M. se acercaron entonces, el Emperador subió el primero en una para colocar por sí mismo al santo Padre á su derecha; en este orden llegaron á palacio por medio de las tropas que se hallaban formadas, recibiendo del pueblo innumerables aclamaciones.

En 28 de noviembre á las dos de la tarde llegaron los augustos viageros á París. Su Santidad ocupó en las Tullerías el pabellon de Flora que le estaba preparado. Al dia siguiente no salió de su aposento para descansar de su penoso viage. ¿Quién habia de decir que antes de pasar seis años el sucesor de Pio VI habia de hacer su entrada triunfante en París, para vengar sus ultrages? Mas los juicios de Dios son incomprensibles.

El 30 de noviembre fueron presentados á su Santidad el presidente, los cuestores y doce miembros del cuerpo legislativo. El célebre literato Mr. Fontanes presidente del cuerpo legislativo le arengó en estos términos:

"Santísimo padre, cuando el vencedor de Marengo concibió en medio del campo de batalla, el designo de restablecer la unidad de la religion, y de volver á los franceses su antiguo culto, preservó de su total ruina los principios y la civilizacion. Este grande pensamiento engendrado en un dia de gloria, dió á luz el concordato, y el cuerpo legislativo de que tengo el honor de ser el órgano, acerca de vuestra beatitud, convirtió en ley nacional.

«Dia memorable, tan grato á la sabiduría del hombre de estado como á la fé del cristiano. En-

tonces fue cuando la Francia adjurando los enormes errores, dió al género humano las lecciones mas útiles; pareció, pues, reconocer ante él que todas las ideas religiosas son impolíticas, y que atentando contra el cristianismo, lo es tambien contra la sociedad.

«El restablecimiento del antiguo culto, preparó bien pronto el de un gobierno mas natural á los grandes estados, y mas análogos á las costumbres de la Francia. Todo el sistema social conmovido por las opiniones inconstantes del hombre, se apoyó de nuevo sobre una doctrina tan sólida como el mismo Dios. La religion era en otro tiempo el agente que civilizaba las sociedades bárbaras, pero en el dia era mas difícil reparar sus ruinas que formar su primera cuna.

«Este beneficio lo debemos á un duplicado prodigio. La Francia ha visto nacer uno de aquellos hombres extraordinarios que son enviados de largo en largo tiempo para socorro de los imperios próximos á anonadarse; ¿y cuándo? al mismo tiempo que Roma ha visto brillar sobre el sólio de san Pedro todas las virtudes apostólicas de la primera edad.

«Su dulce autoridad se introduce en todos los corazones. Los innumerables homenajes deben se-

guir á un pontífice tan sábio y piadoso, que sabe á un tiempo distinguir lo que debe dejarse al curso de los negocios humanos y todo lo que exigen los intereses de la religion.

«Esta misma religion augusta, viene á consagrar con él los nuevos destinos del imperio francés, y toma el mismo aparato que tuvo en el siglo de Clodoveo y de Pipino.

«Todo ha mudado al rededor de ella; sola ella es la que no ha mudado.

«Ve finalizarse las familias de los reyes como la de los súbditos, pero sobre los despojos de los tronos que se anonadan, y sobre las gradas de los que se levantan, admira siempre la manifestacion progresiva de los tiernos designios y obedece con confianza.

«Jamás vió el universo un espectáculo tan penetrante. y jamás recibieron los pueblos mayores instrucciones.

«Ya desapareció el tiempo en que el sacerdocio y el imperio se miraban como ribales: ambos se han dado la mano para repelar las doctrinas funestas que han amenazado á la Europa con un total trastorno. ¡Ojala cedan para siempre á la doble influencia de la religion y de la política reunidas! Este voto sin duda será cierto; jamás tuvo la

política en Francia tanto ingenio, y nunca el trono pontifical ofreció al mundo cristiano un modelo mas respectuoso y penetrante."

En el mismo dia se presentó á su Santidad una diputacion de veinte y cinco miembros del senado. Mr. Neuf Chateau dirigió al santo Padre la siguiente arenga.

"Santísimo Padre: la consagracion de los príncipes cristianos tuvo principio en Francia á imitacion del uso seguido en otro tiempo por los hebreos. En la antigua ley fue esta ceremonia de institucion divina; en la nueva no es precisamente una obligacion de los príncipes: pero los franceses siempre la atribuyeron mucha importancia; siempre han estimado que sus simples actos civiles fuesen sancionados por la religion, para añadir aun al freno público de las leyes el secreto de las conciencias. Con mas fuerte razon deben desear que sus grandes contratos políticos se hallen revestidos con una pompa de esta garantía que grava en el cielo lo que se estribe en la tierra. En esta época notable en que vuestra Santidad ha tenido á bien venir á consagrar por sí mismo al gefe de su nueva dinastía, semejante procedimiento les hará aun mas venerable la magestad imperial, asi como mas grata la autoridad religiosa del sumo Pontífice. La Francia

era sin duda acreedora á tan particular favor; su iglesia es la hija primogénita de la romana. Ya desaparecieron las nubes que podian oscurecer los bellos dias de su nacion. Esta union será aun mas fuerte; y sus dias claros mas serenos que nunca. Napoleon reparará con su sabiduría todas nuestras ruinas, y Pio VII corresponde á sus sábias miras por inspiracion de Dios de que es el órgano. ¡Preciosa inteligencia del trono y del altar que aproxima recíprocamente las riberas del Sena y del Tiber, y á la cual debemos la dicha de ver en París al Padre comun de los fieles! ¡Oh y qué reunion de circunstancias tan admirables! ¡Cuántas llagas no habeis cicatrizado!

«Vuestra Santidad tendrá la duplicada satisfaccion, como asimismo la duplicada gloria de haber primeramente reunido por medio de un concordato equitativo á la iglesia galicana una de las primeras del mundo con la santa Sede apostólica centro de la unidad cristiana, y de señalar despues la inaguracion de nuevos siglos que se preparan para la Francia, viniendo á imponer el sello mismo del Eterno á la fé de los juramentos intervenidos entre un gran pueblo, y el Emperador que él mismo se ha escogido, en uno de aquellos héroes que el cielo ha creado superior á los demás hombres y

que parece diputado espresamente entre nosotros por la misma Providencia para la ejecucion de sus designios mas augustos."

Varios personajes fueron despues presentados á su Santidad, quien los recibió con aquella afabilidad celestial que le caracterizaba.

§ III.

Para que el lector no tenga que desear cosa alguna, ni necesite consultar mas libro que esta historia para renovar las ideas de la gran solemnidad de la consagracion, la transcribo en este lugar mas explícita de lo que se halla en algunos autores.

La augusta ceremonia de la consagracion se verificó el domingo 2 de diciembre de 1804. Su Beatitud se dirigió en una carroza á las nueve de la mañana al palacio arzobispal, en cuyo patio principal se bajó. El cardenal arzobispo de París estaba al pie de la escalera principal revestido con sus ornamentos de cardenal, y le condujo á la cámara arzobispal. Los cardenales, arzobispos y obispos franceses se hallaban en la misma cámara revestidos con sus correspondientes ornamentos. Del mismo modo los demas eclesiásticos se hallaban revestidos de los ornatos propios de sus respectivas funciones.

En la misma cámara estaban preparadas cuatro mesas: la primera mayor cubierta de un tapete magnífico que bajaba hasta el suelo, para poner los ornamentos de su Santidad, sus dos mitras y su tiara. La segunda poco distante de la primera, para los ornatos del cardenal diácono y prelado subdiácono. La tercera para el diácono y subdiácono griegos. La cuarta contenía los siete candeleros que debían servir á los siete acólitos. Además se habían preparados taburetes sin respaldo cubiertos con tapetes para los cardenales, arzobispos y obispos.

Mientras que su Santidad recibió sus ornamentos de mano de los prelados que le asistían, el cardenal arzobispo de París, revestido de su capa pasó á la iglesia para recibir al Papa y el clero de Francia presidiendo su cavildo.

El santo Padre se dirigió á la iglesia revestido de sus ornamentos; delante iba el subdiácono apostólico revestido de una túnica y llevaba la cruz de su Santidad. Las dos mitras las llevaban dos capellanes secretarios del Papa, precedidos de el turiferario con el incensario y naveta.

Cuatro acólitos á la derecha y tres á la izquierda llevaban los siete candeleros con cirios á los lados de la cruz. El subdiácono latino iba inmediato á los acólitos, en medio del diácono y subdiácono

griegos. Seguian despues en dos filas segun el órden de institucion canónica revestidos con sus mitras, primero los obispos, luego los arzobispos, los cardenales, el cardenal obispo asistente y el cardenal diácono del evangelio con dalmática.

Su Santidad cerraba la procesion, revestido de una capa con la tiara puesta. Dos cardenales diáconos asistentes le llevaban en medio teniéndole asida la capa por ambos lados.

Luego seguía la guardia de honor con toda marcialidad y respecto.

Al llegar su Santidad á la puerta del templo el cardenal arzobispo de París le presentó el hisopo el que dió la aspersion al pueblo. A este tiempo los cantores entonaron la antifona *tu es petrus etc.* que repitieron mientras el santo Padre estuvo haciendo oracion al pie del altar. El cavildo no entró en el coro hasta que el soberano Pontífice estuvo colocado en el trono.

El Emperador habia salido de las Tullerias á las diez. Una salva de artillería anunció la salida de S. M. L, y otra su llegada al palacio arzobispal. Todos los cuerpos y empleados designados para asistir á la ceremonia ocupaban ya sus respectivos sitios segun estaban demarcados por los maestros y ayudantes de ceremonias.

Su Santidad hizo las preces acostumbradas y rezó tercia, mientras el Emperador se adornaba con las vestiduras imperiales. Luego que el Emperador estuvo revestido, llegó al pórtico de la iglesia, donde le recibieron los cardenales, arzobispos y obispos franceses. La comitiva caminaba en este orden. Primeramente iban los porteros á cuatro de frente; despues los reyes de armas, á cuatro de frente; el gefe de los reyes de armas, los pages, los ayudantes de ceremonias, los maestros de ceremonias, el gran maestro de ceremonias; el mariscal Lerrurier, llevando sobre un almoadon el anillo de la Emperatriz; el mariscal Monecy llevando la bandeja donde debia ponerse el manto de la Emperatriz; el mariscal Murat, llevando sobre un almoadon la corona de la Emperatriz. Cada uno de estos tre grandes oficiales llevaba á sus lados un chambelam ó un escudero de la Emperatriz.

La Emperatriz seguia con manto imperial pero sin anillo ni corona; despues iban las princesas llevándola suspendido el manto; á sus lados llevaba su primer chambelam y primer escudero. A las princesas las suspendian sus mantos los oficiales de la servidumbre. Despues seguia la dama de honor y la camarera de la Emperatriz.

Continuaba la comitiva de este modo. El mas,

riscal Kellerman, llevando la corona de Carlo-Magno; el mariscal Perignon, llevando el cetro de Carlo-Magno; el mariscal Lefebre con la espada de Carlo-Magno; el mariscal Bonaparte con el collar del Emperador; el coronel Beauharnais con el anillo de el Emperador, el general Berhtier, con el globo imperial; el gran chambelam llevando la bandeja en la cual debia ponerse el manto del Emperador; á los dos lados de estos grandes oficiales iban un chambelam, ó un edecan de S. M.

El Emperador llevando puesto su manto y corona, y en las manos el cetro y la mano de la justicia, cerraba la magestuosa comitiva. Los príncipes y las dignidades iban suspendiendo el manto imperial. El gran escudero, el coronel general de la guardia y el gran mariscal, marchaban de frente, y los ministros y grandes oficiales militares de á cuatro de frente. Cuando llegaron al pórtico de la catedral el cardenal arzobispo de Paris dió el agua bendita al Emperador, y otro cardenal á la Emperatriz. SS. MM. entraron debajo de un palio y se colocaron en el santuario en los taburetes que estaban preparados, el Emperador á la derecha y la Emperatriz á la izquierda.

Luego que SS. MM. entraron en el coro el Papa bajó de su trono, fue al altar y entonó el *Veni*

Creator. En tanto el Emperador y la Emperatriz hicieron oracion y se levantaron. Entonces el archicanciller del imperio se acercó al Emperador quien le entregó la mano de la justicia. El arquitectorero recibió el cetro; el gran elector tomó la corona, y el gran chambelan el collar. El gran chambelan, el gran escudero y dos chambelanes le quitaron el manto. El Emperador sacó su espada y la entregó al condestable. El gran oficial que debía llevar el anillo pasó á recibirle de manos del gran chambelan.

La camarera mayor al mismo tiempo quitó la corona á la Emperatriz y la dió al gran oficial la dama de honor, la camarera y el oficial encargado de la bandeja destinada para el manto de la Emperatriz, se le quitaron doblaron y pusieron en la bandeja. El gran oficial encargado de llevar el anillo le recibió de mano de la dama de honor. Todos los hornamentos imperiales se colocaron sobre el altar.

El Pontífice despues de concluido el *Veni Creator* se acercó al Emperador y presentándole el gran limosnero el libro de los evangelios le preguntó su Santidad *si prometia mantener la paz en la iglesia de Dios*; el Emperador puestas las manos sobre los evangelios respondió con voz firme *pro-*

fitcor. Se cantaron las preces, arrodillándose SS. MM. mientras que su Santidad recitó los tres versículos; *ut hunc famulum tuum etc.*

El gran limosnero de Francia, el primero de los cardenales franceses, arzobispos y de los obispos pasaron cerca de SS. MM. les hicieron una profunda reverencia y les condujeron al pie del altar para recibir el óleo sacro á cuya ceremonia nadie les siguió.

SS. MM. se arrodillaron sobre cojines al pie del altar. Su Santidad ungió por tres veces al Emperador y á la Emperatriz, una en la cabeza y las otras dos en las manos: inmediatamente se retiraron á sus pequeños tronos siendo conducidos por los mismos cardenales, arzobispos y obispos que les habian acompañado al altar.

El gran chambelan enjugó las unturas del Emperador entregando el lienzo de que se sirvió al gran limosnero; la dama de honor hizo lo mismo con la Emperatriz.

Su Santidad principió la misa; al gradual bendijo las coronas del Emperador y de la Emperatriz, la espada, los mantos y los anillos; diciendo las oraciones propias en estos casos. Durante esta ceremonia SS. MM. estuvieron sentados en su pequeño trono. SS. MM. pasaron otra vez al pie del

altar conducidos por el mismo acompañamiento que les habian acompañado para la consagracion; el archicanciller y architesorero, el gran chambelan, el caballero mayor, y dos chambelanes siguieron al Emperador al altar y se colocaron detras de S. M. La dama de honor y la camarera siguieron á la Emperatriz al altar y se colocaron detras: todas las demas personas de la comitiva permanecieron en sus puestos.

Los ornamentos imperiales se pusieron de esta suerte: el anillo, la espada, el manto, la mano de la justicia, el cetro y la corona que tomó Napoleon por sí mismo. El santo Padre hizo sucesivamente una oracion al poner á S. M. cada uno de estos ornatos.

Los de la Emperatriz se les pusieron del modo siguiente. El anillo, el manto y la corona. Su Santidad dijo una oracion al poner cada uno de estos ornatos.

La Emperatriz arrodillada recibió sobre sus sienas la corona del Emperador. El Pontífice asistido de sus cardenales acompañó al Emperador y á la Emperatriz al gran trono que estaba colocado en medio de la iglesia. Luego que subió á él su Santidad, se sentó el Emperador y todos estuvieron colocados en sus sitios respectivos, el santo Padre

dijo la oracion: *in hoc imperii solio etc.*; pronunciada la oracion su Santidad besó al Emperador en la mejilla, y volviéndose á los asistentes dijo en alta voz: *Vivat Imperator in eternum.* Respondiendo los asistentes; *¡viva el Emperador y la Emperatriz!*

En seguida el Pontífice volvió á su trono, quedando el Emperador en su gran trono teniendo á su derecha, un escalon mas abajo sentada en un taburete á la Emperatriz, y las demas princesas en sillas por su órden. Concluido el evangelio fue presentado á SS. MM. por el gran maestro de ceremonias. Al ofertorio el Emperador y la Emperatriz bajaron de su trono precedidos y acompañados de su comitiva y de cinco oficiales, de los cuales los dos primeros tenian cada uno un cirio en que estaban incrustradas trece piezas de oro, el tercero el pan de plata, el cuarto el pan de oro y el quinto un magnífico vaso. SS. MM. llegaron hasta el santuario con las coronas puestas, tomaron las ofrendas de mano de los oficiales y las presentaron al sumo Pontífice segun se acostumbra.

Al *Agnus Dei*, el gran limosnero recibió el ósculo de paz de su Santidad *cum instrumento pacis*, y le llevó á SS. MM. II.

Concluida la misa, el gran limosnero presentó

al Emperador el libro de los evangelios, y entonces el presidente del senado, acompañado de los presidentes del cuerpo legislativo y del tribunado presentó á S. M. la fórmula del juramento constitucional. El Emperador sentado con la corona sobre las sienes, y la mano puesta sobre el evangelio pronunció el juramento. El gefe de los reyes de armas dijo despues en alta voz: *el muy glorioso y muy augusto Emperador de los franceses, está coronado y entronizado. ¡Viva el Emperador!* Los asistentes repitieron el grito de *¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!..!*

Asi terminó esta solemne funcion cuya descripcion habrá escitado varias reflexiones á mis lectores. De este modo la iglesia católica triunfó en aquel dia de sus enemigos, manifestándose mas pura, mas brillante y mas augusta después de la pasada borrasca. Quiera Dios que en España sin pasar por los horrores de la guillotina logremos un dia de gloria y de ventura.

PERIODO OCTAVO.

§ I.

El 15 de abril de 1805 salió su Santidad de

París para la capital del orbe cristiano donde llegó el 16 de mayo á las cuatro y media de la tarde. Talleyrand que en la consagracion de Nopoleon habia ejercido sus funciones de gran chambelan, se relacionó íntimamente con la comitiva de su Santidad en particular con el cardenal Consalvi. Mr. Roux de Rochelle embiado á Roma por el Emperador para llevar al Papa algunas espresiones, participó á Talleyran á su regreso las consideraciones que le habia manifestado el cardenal Consalvi. Con este motivo escribió á su Emma. la siguiente carta.

Genova (15 messidor) 4 de julio de 1804. =
 Señor cardenal: el viage de S. M. á Italia ha proporcionado á muchos franceses la grata ocasion de ver á Roma. Todos los que tuvieron el honor de ser presentados á V. Emma., se felicitan de la bondadosa acogida con que fueron recibidos, y me hacen participar de su satisfaccion, hablándome de los sentimientos de amistad que V. Emma. tiene á bien conservarme. Yo veo en cada ocasion que se presenta, señor cardenal, que el efecto de V. Emma. le llama otra vez hácia Francia, y miró como de la mayor importancia los gratos recuerdos que os han dejado vuestro viage á París.

*V. Emma. ha sabido que el señor cardenal

Maury fue á Génova, y no le sorprenderá saber que S. M. á quien fue presentado el 11 de este mes, y que se complace en reunir todos los partidos, le ha recibido con mucha benevolencia. Los acontecimientos que ha sufrido y los honores que ha merecido obtener de la santa Sede no podian menos de hacer parecer aun mas recomendables los talentos que constantemente ha manifestado. Yo he tenido personalmente una gran satisfacion en volverme á encontrar con uno de los miembros distinguidos de una asamblea, en que la diferencia de opiniones no impidió jamás que sus miembros se amasen y estimasen recíprocamente.

«Por una consecuencia de esta mútua benevolencia, señor cardenal, me tomo la confianza de recomendar á las bondades de V. Emma. un sobrino del señor cardenal Maury, que fue educado en Roma en el colegio de la academia eclesiástica.

«Mr. Maury es actualmente secretario de Monseñor Tasoni, auditor de la Rota. Goza de una excelente reputacion en cuanto á sus talentos y conducta, y no dudo que os parezca digno de ser colocado de una manera ventajosa, y que le dá esperanzas de ascenso, teniendo en consideracion al efecto sus cinco años de estudios del derecho, como si los hubiere pasado en el de los tribunales en

que son admitidos los señores jóvenes romanos.

«Yo tendré la mayor satisfacion en saber señor cardenal, y miraré como el primer testimonio de las disposiciones de V. Emma. hácia mí, todo lo que se sirva hacer por Mr. Maury. Deseo que sea protegido y colocado á la inmediacion de V. Emma. por sus buenas cualidades y por los sentimientos que francamente os he manifestado, que me conducen á recomendárosle con alguna confianza.

“Recibid Sr. cardenal, las seguridades de mi respetuosa consideracion.—Cárlos Mauricio Talleyrand.

Poco despues con motivo de haberse refugiado en Roma Luciano Bonaparte hermano del Emperador, hubo un nuevo motivo para que el cardenal Consalvi se valiese de Talleyrand.

El 2 de diciembre de 1805 aniversario de la coronacion se dió la famosa batalla de Austerlitz. Al año siguiente, despues de nuevas victorias, el Emperador notificó al Papa en 5 de junio que erigia en feudo del imperio al ducado de Benavento; y nombraba príncipe duque soberano á Mr. de Talleyrand. El Papa protestó contra esta determinacion, y Talleyrand nose mostró muy satisfecho de su nuevo título. Napoleon se disculpó con que lo habia hecho para terminar la discordia entre el rey de Nápoles y la corte de Roma.

Las batallas de Eylean y de Friedlande de 10 de febrero y 14 de junio de 1807, dieron por resultado el tratado de paz de Tilsit el 8 de julio. Talleyrand fue el encargado por Napoleon, que en esta ocasion se apartó de los consejos del ministro restituyendo la silesia. El 9 se firmó la paz con la Prusia, contra la opinion de Talleyrand que habia caido en desgracia para con el Emperador.

El 8 de agosto un decreto imperial nombró á Mr. Champagny ministro de relaciones exteriores en reemplazo de Talleyrand, que regresó á Francia á su palacio de Valencey: varias conjeturas se hicieron bajo esta separacion. Napoleon aseguraba lo habia hecho de resultas de quejas que le habian dado los reyes de Babiera y de Wurtemberg; y tambien por ciertas faltas á los secretos del Emperador. Lo mas cierto es, que el Emperador conocia la intimidad de Talleyrand con Josefina, á la que intentaba repudiar y trató de remover todos los obstáculos. Algunos aseguraron que habia sido por su oposicion á la guerra de España. Napoleon despues de haber atropellado á Pio VII y de ser escumulgado por este, por su bulla *quum memoranda* de 10 de junio de 1809 se divorció de Josefina, y se casó con la archiduquesa María Luisa el 2 de abril de 1810. Talleyrand asistió á las funciones del ca-

samiento. El 20 de marzo de 1811 la nueva Emperatriz dió á luz un niño que recibió al nacer el título de *rey de Roma*.

§ II.

Talleyrand en esta época no pensaba mas que en vengarse de Napoleon, de quien habia dicho en cierta ocasion *que era lástima que un hombre tan grande tuviese tan poca verguenza*. Mantenía relaciones con el conde de Noailles, el duque de Lébis M. Royer-Collard, con su tío el antiguo arzobispo de Reims, y con el mismo Luis XVIII.

Napoleon conocia muy bien las intenciones de Talleyrand; por lo tanto le espiaba y vigilaba con demasiada escrupulosidad. La campaña de Rusia tan desastrosa para Napoleon principió á conmover el imperio; entonces fue cuando Talleyrand prorrumpió en aquella sentencia previsorá que consternó á los partidarios del Emperador; *ya estamos en el principio del fin*: así fue efectivamente. La publicacion de 92.º boletín del ejército causó un general estúpór en París. María Luisa convocó los dignatarios del imperio entre los que se hallaba Talleyrand. El boletín despues de enumerar las desgracias de aquella jornada, concluía con estas

significantes palabras: *nunca ha sido mejor la salud de S. M.* Todos los ánimos estaban desmayados, solamente Talleyrand contento en su corazón exclamó á la Emperatriz sabiendo la llegada del duque Besano *¡Oh! todo exagera; ahí teneis á Mare^t de vuelta, y decian que se habia perdido todo el material.*

Napoleon regresó á París el 18 de diciembre. Talleyrand se presentó al Emperador que le recibió con demasiada cólera y cogiéndole del brazo le dijo: "¿Cómo os atreveis á presentar delante de mí cuando acabais de firmar algun tratado contra mi persona? sois un miserable que habeis hecho traicion á todos los gobiernos.? Talleyrand se disculpó sin perder su tranquilidad exterior.

En otra ocasion se presentó al Emperador quien al momento de verle preguntóle. ¿A qué venis? á manifestarme vuestra ingratitud?... Os cubrí de cordones para que no se viese que érais el hombre mas despreciable de mi imperio.... ¿Os figurais que si yo por ventura llegase á faltar seriais gefe de un consejo de regencia?... Pues tened entendido que si yo enfermáre, vos moririais antes que yo.... Entonces Talleyrand con aquella gracia y cortesanía que acostumbraba en sus mayores apuros, respondió al Emperador como si le hubiere concedido una

gracia. «Sire; no necesitaba de este nuevo aviso para pedir al cielo por la conservacion de la vida de V. M. Era tal la serenidad de Talleyrand que como decia Napoleon si le daban un puntapie por la espalda no se lo conoceria en el rostro el que estuviese á su frente.

El imperio estaba amenazado por todas partes los ingleses, austriacos y demas aliados caminaban hácia la capital. Napoleon solo contra todo el mundo tenia que pelear con un puñado de viejos soldados. El pueblo francés causado del imperio militar estaba en observacion. Los ingleses habian entrado en Burdeos, los austriacos en Lyon, y el ejército Bélga unido á los restos del de Blucher observaba la retaguardia de Napoleon. Murat y Bernardotte se habian adherido á la confederacion.

Talleyrand habia conquistado demasiado los ánimos, en tal disposicion que los franceses no miraban la invasion de su territorio como un ultrage á su nacionalidad, sino como un bien que les traeria los beneficios de la paz y del gobierno legítimo. El 30 de marzo se batieron los confederados á las puertas de París, que les fueron abiertas por una capitulacion. El senado entonces instigado y convocado por Talleyrand, abandonó al Emperador:

(183)

nombró un gobierno provisional por consejo suyo, y declaró á Napoleon caido del trono; libres el pueblo y ejército francés del juramento de fidelidad y abolido en su familia el derecho hereditario, consumando su resolucion con proclamar *tirano* á aquel que él mismo habia alagado su ambicion y facilitado el camino del trono.

Napoleon llegó tarde á la defensa de la capital; conoció lo crítico de su posicion y trató de abdicar en favor de su hijo. Ya era tarde; Talleyrand no podia consentir que la familia de Napoleon ocupase el trono de la Francia, por lo tanto se esforzó cuanto le fue posible para que las potencias se negasen á la admision de su propuesta. Efectivamente la abdicacion no le fue admitida, y Napoleon tuvo que abdicar para él y para sus hijos el 11 de abril de 1814. Poco tiempo antes Talleyrand habia separado de sí á su esposa, reservando sus confianzas para madama la duquesa de Curlandia, madre de la esposa del conde Edmundo Perigord sobrino suyo.

Se habia establecido el gobierno provisorio compuesto de cinco individuos á saber: Mr. de Talleyrand, conde de Jancourt, duque de Alberg, Mr. de Beurmonville y el abate Montesquieu. Talleyrand como cabeza del gobierno provisorio es-

pidió dos proclamas , una al pueblo frances y otra al ejército.

« *Franceses*, decia en la primera ; al salir de las discordias civiles escojisteis por gefe á un hombre que se presentaba en la escena del mundo con el carácter de grandeza. Pusisteis en él todas vuestras esperanzas ; estas han salido fallidas. Sobre las ruinas de la anarquía no supo fundar mas que el despotismo.

« Por agradecimiento, al menos debia hacerse frances con vosotros ; nunca lo ha sido. No ha cesado de emprender sin objeto ni motivo guerras injustas , à fuerza de aventurero que aspira á ser famoso. En pocos años ha devastado vuestra poblacion.

« No hay familia que no lleve luto : toda la Francia gime ; y él se muestra sordo á nuestros males. Tal vez sigue desvariando entre planes gigantescos , aun cuando inauditos reveses castigan tan ejemplarmente el orgullo y el abuso de la victoria.

« No ha sabido reinar en el interés nacional, ni siquiera en el interés del despotismo. Ha destruido todo lo que queria crear , y vuelto á crear lo que pretendia destruir. No creia mas que en la fuerza ; la fuerza es la que hoy le agobia. ¡ Merecido pago de una ambicion insensata !

«Finalmente, ha cesado ya esta tiranía inaudita: las potencias aliadas acaban de entrar en la capital de Francia.

«Napoleon nos gobernaba como un rey de bárbaros: Alejandro y sus magnánimos aliados no hablan mas que el idioma del honor, de la justicia y de la humanidad. Vienen á reconciliar con la Europa un pueblo valiente y desgraciado.

«¡Franceses! el senado ha declarado á Napoleon escluido del trono: la patria no está ya por él; solo un nuevo orden de cosas puede salvarla. Conocemos por práctica los excesos de la licencia popular y los del poder absoluto; restablezcamos la verdadera monarquía, limitando por medio de sábias leyes los varios poderes que la componen.

«Florezca al abrigo de un trono paternal la esquilmada agricultura; recobre su libertad el comercio hasta ahora lleno de trabas; no sea nuestra juventud diezmada por las armas antes de tener la fuerza necesaria para empuñarlas; no sea por mas tiempo interrumpido el orden de la naturaleza, y pueda el anciano alimentar la esperanza de morir antes que sus hijos. ¡Franceses! unámonos..... van á finalizar los pasados quebrantos, y la paz va á poner un término al trastorno de Europa. Los augustos aliados lo han ofrecido bajo su

palabra. La Francia descansará de sus dilatadas agitaciones; y mejor ilustrada por la doble experiencia de la anarquía y del despotismo, hallará su verdadera dicha en los brazos de un gobierno tutelar.

La proclama al ejército abundaba de los mismos pensamientos. *Soldados*, le decia: la Francia acaba de romper el yugo bajo el cual ha gemido con vosotros hace tantos años: vosotros habeis combatido siempre no mas por la patria: bajo las banderas del hombre que os guia, no podeis sino combatir contra ella.

«Harto sabeis lo mucho que os ha hecho sufrir su tiranía. Erais hace poco un millon de combatientes, y casi todos han perecido; han sido entregados al hierro enemigo, sin subsistencias, sin hospitales; han sido condenados á morir de hambre y de miseria.

“¡Soldados! tiempo es ya de poner coto á los males de la patria: en vuestras manos está la paz; ¿la negareis á la desoladoda Francia? los mismos enemigos os la piden; sienten tener que sembrar el estrago en esas bellas comarcas, y no quieren armarse sino contra vuestro opresor y el nuestro. ¿Sereis sordos á la voz de la patria que os llama y os dirige humildes súplicas? Os habla por con-

ducto de su senado, en nombre de su capital, y sobre todo en nombre de sus desgracias: vosotros sois sus mas nobles hijos, y no podeis pertenecer al que la ha desolado, al que la ha abandonado sin armas, sin defensa, al que ha querido hacer odioso vuestro nombre á todas las naciones, y que quizás hubiera comprometido nuestra gloria sin un hombre que ni siquiera es frances pudiese jamás menoscabar el honor de nuestras armas y la generosidad de nuestros soldados.

«Ya no sois soldados de Napoleon: el senado y la Francia entera os relevan de vuestros juramentos.»

El gobierno provisional habia dado tambien el siguiente decreto para facilitar la marcha de Pio VII á Roma, de donde le arrebatára Napoleon.

“El gobierno provisional, sabiendo con dolor los obstáculos que halla el regreso del Papa á sus estados, y deplorando la continuacion de los ultrages que Napoleon Bonaparte ha hecho sufrir á su Santidad, manda que se remuevan á aquellos al momento, y que en todo el tránsito se haga á S. B. los honores que le son debidos, encargando la ejecucion de este decreto á todas las autoridades civiles y militares competentes. Firmado=Principe

de Benavento.=Duque Dalberg.=General conde de Bournonville.=Jacoart.=L' Abbe de Montesquieu.

De este modo Talleyrand preparaba la marcha de Luis XVIII á Francia; de este modo consiguió destruir al Coloso á quien él mismo levantára cuanto pudo para engrandecerse á su sombra. ¡Hé aqui la inconstancia del corazon del hombre y la mejor leccion de las vicisitudes humanas!

§ III.

No se contentó Talleyrand con destronar á Napoleon: sus deseos se estendian á mas; era preciso asesinarle. Para lograrlo encargó á Mr. Maubreuil, cuando el Emperador se dirigia á la isla de Elva. Autorizado Maubreuil, con varias órdenes reservadas salió de París con direccion á Fontainebleau, con intencion de ejecutar las órdenes de Talleyrand; mas su corazon demasiado noble, olvidando antiguos resentimientos, no quiso ser el asesino del vencedor de Austerlitz. Años despues fue cuando Talleyrand saliendo de la iglesia de san Dionisio del aniversario de Luis XVI, fue abofeteado por Maubreuil, lo que dió motivo á la ruidosa causa que se siguió en aquella época.

Todos los cuerpos constituidos felicitaron al

gobierno provisorio, y Talleyrand valiéndose del Emperador Alejandro, con este motivo le hizo determinar en favor de los Borbones por aquellas memorables palabras: *acordaos de que Luis XVIII es un principio; todo lo demás una intriga*. Alejandro dudaba entre varias formas de gobierno que convendrían á la Francia, y aun se determinó á proponer á Bernadotte como el único capaz de reemplazar á Napoleon. «Sire respondió con viveza: Talleyrand, *no hay mas que dos cosas posibles: Bonaparte, ó Luis XVIII.... Banaparte si podeis, pues vos no sois solo!... ¿Què quisieran darnos en su lugar?... ¿Un soldado? no queremos mas soldados. Si uno quisiésemos, guardaríamos el que tenemos; es el primer soldado del mundo. Despues de él, cualquiera que nos ofreciesen no contaria diez hombres en favor suyo. Lo repito, Sire, todo lo que no sea Luis XVIII ó Bonaparte, es una intriga*. Alejandro refiriendo despues estas conferencias con Talleyrand, solia decir. "Cuando entré en París, verdaderamente no tenia ninguna idea fija; deferí en todo á Mr. de Talleyrand: él tenia á los Borbones en una mano y á Napoleon en la otra: abrió la mano que quiso."

Talleyrand en los trece dias que tuvo alojado en su casa al Emperador Alejandro, zanjó todas

las dificultades que se oponían al regreso de los Borbones. Su actividad en aquellos días era estremada; por último todo quedó á su placer, hasta el mismo ejército no tuvo inconveniente en mudar su escarapela tricolor por la blanca. ¡Tal fue el modo que tuvo de engañar á los mariscales del imperio!

El 12 de abril con motivo de publicar la abdicación definitiva de Napoleón, dirigió Talleyrand al ejército esta proclama: ¡soldados! ya no sois más de Napoleón; pero siempre pertenecéis á la patria. Para ella fue vuestro primer juramento de fidelidad: este juramento es irrevocable y sagrado.

«La nueva constitución os asegura vuestros grados, vuestras pensiones, vuestros honores. El senado y el gobierno han reconocido vuestros derechos: seguros están de que no olvidareis vuestros deberes. Desde este momento cesan vuestros quebrantos y fatigas.

«Vuestra gloria se mantiene perfectamente intacta: la paz os garantizará el premio de vuestros dilatados trabajos.

«¿Cuál era vuestra suerte bajo el gobierno que ya no existe? Llevados á la orilla del Tajo, á las del Danubio, de las orillas del Nilo, á las del Nieper, alternativamente tostados por los calores del

desierto y congelados por los hielos del Norte, levantabais, sin interés para la Francia, una grandeza monstruosa, cuyo peso todo recaía sobre vosotros como sobre el resto del mundo. Tantos millares de brazos no han sido mas que los instrumentos y las víctimas de una fuerza sin prudencia, que queria fundar un imperio sin proporcion..... ¡Cuántos han muerto desconocidos por aumentar la nombradía de un solo hombre! ni siquiera gozaban de la que merecian. Sus familias anegadas en llanto, al fin de cada campaña, no podian hacer constar su definicion gloriosa, ni honrarse con sus hechos de armas.

«Todo ha cambiado: ya no moriréis á quinientas leguas de vuestra patria, por una causa que no es la suya. Unos príncipes que nacieron franceses economizarán vuestra sangre; porque su sangre es la vuestra. Sus antepasados gobernaron á vuestros antepasados. El tiempo perpetuaba entre ellos y nosotros una larga herencia de recuerdos, de intereses y de servicios recíprocos. Esa raza antigua produjo reyes que tuvieron por sobrenombre *padres del pueblo*. Esa raza nos dió á Henrique IV, llamado aun por los guerreros *el Rey Valiente*, y al cual los labradores llamarán siempre *el Rey Bueno*.

«¡Soldados de la Francia! ¡que todos los sentimientos franceses os animen!.. Abrid vuestros corazones á todos los afectos de familia. Volved á vivir con vuestros padres, con vuestros hermanos y con vuestros compatriotas. Conservad vuestro heroismo, mas para la sola defensa de nuestro territorio, y no para la invasion del territorio extranjero. Conservad vuestro heroismo; pero que la ambicion no le haga funesto á la Francia, funesto á vosotros mismos; y que no le convierta ya mas en una causa de inquietud para la Europa entera. = *Firmado.* = Príncipe de Benevento.»

En este mismo dia verificó su entrada en París, el conde de Artois, el que para calmar la sorpresa de los franceses al mirar los príncipes de la antigua dinastía prorrumpió en aquella oportuna sentencia: «*nada ha cambiado en Francia: no hay sino un francés mas.*» Mr. Talleyrand con los vocales del gobierno provisorio salió al encuentro del conde, y le saludó diciéndole: «Monseñor: colmada seria nuestra satisfaccion y nuestra dicha, si V. A. R. admite, con la divina bondad que caracteriza su casa, el homenaje de nuestra religiosa ternura.»

El conde de Artois fue nombrado Lugar-teniente-general del reino, por lo que Talleyrand

cesó en el ejercicio de sus funciones: no obstante el 23 de abril la *convencion de París* firmó el tratado en que tomó parte Talleyrand, por el cual el territorio de la Francia se reducía á los límites que tenía en 1.º de enero de 1792, cesando por lo tanto de pertenecerla la Bélgica, la Savoya, Niza, Génova, etc.

Luis XVIII desembarcó en Calais el 24 de abril luego que Talleyrand supo su llegada á Compiègne salió á verse con el monarca, y conferenciar sobre la constitucion que pensaba dar á la Francia. Luis XVIII participó á Talleyrand los puntos principales de la carta, á lo que este despues de escuchar con atencion dijo al rey. ¿Si me atreviese á hablar con franqueza á V. M., me permitiría algunas observaciones sobre una laguna?—¿Y cuál es? hablad.—¿Nó hay subvencion fija para la cámara de diputados?—No por cierto: sus funciones serán tanto mas honorables en cuanto serán gratuitas. Si, Sire, pero ¡gratuitas!..- ¡cara saldrá esta baratatura...! (1) Luis XVIII manifestó á Talley-

(1) Talleyrand conocia muy bien lo que son estas barataturas, y los españoles lo estamos palpando con nuestros diputados gratuitos... ¡gratuitos!... y tanto empeño y manejo para dejar su casa y negocios y servir de valde... trampa...

rand que se admiraba del influjo que habia tenido en todos los sucesos de la revolucion, particularmente por lo que habia contribuido á derribar el directorio y al imperio. *Sire*, contestó Talleyrand *nada he hecho con verdadero intento; mas hay en mí cierta cosa inesplicable que imprime mala estrella á los gobiernos que me desdeñan.*

PERIODO NOVENO.

§ I.

Luis XVIII hizo su solemne entrada en París el 3 de mayo, habiendo dado el dia anterior *la declaracion de san Ouen*, en la que consignaba los principios del gobierno representativo, promulgando despues la carta el 2 de junio.

Nombrado Talleyrand por Luis XVIII ministro de negocios estrangeros presentó á la cámara el presupuesto de 1814, con cuyo motivo pronunció un discurso, del que debe notarse lo siguiente:

«El gobierno ha usado muy poco en Francia de la facultad de ser fiel á sus empeños; y sobre el particular no se ha de echar la culpa á los hombres, sino á la índole mismas de las cosas; pues

la teoría de un Néclito regular y constante, no se puede establecer sino bajo un gobierno representativo, y constituido tal como el que felizmente gozamos por vez primera, merced á la munificencia del rey. Por falta de este vigoroso resorte, la Francia, situada bajo el clima mas próspero, con un riquísimo suelo, cubierta de numerosa poblacion activa, industriosa, colmada en fin de todos los elementos de bienandanza, se ha mantenido, no obstante bajo cierto aspecto inferior á la posicion que debia tomar. Asi se esplican en los tiempos que acabamos de pasar y en épocas anteriores las desventajas que sufrieron algunas operaciones del gobierno."

Talleyrand habia reconocido ya tarde para la Francia lo que los españoles no hemos querido reconocer ni reconoceremos, hasta que nuestra antigua sociedad reducida á escombros, y miserables ruinas se levante un dia con la frente erguida y orgullasa, rejuvenecida por el fuego devastador de la revolucion.

El 20 de mayo Talleyrand escribió al cardenal Consalvi en Roma en estos términos:

«Su Magestad (Luis XVIII,) al nombrarme ministro suyo, secretario del despacho de negocios estrangeros, me ha dado frecuente ocasion de ha-

blarle de los intereses del santo Padre, de sus virtudes y de todo lo que puede cimentar la buena armonía entre las dos córtes. No perderá coyuntura alguna favorable para ello, persuadido del esmero que pondrá V. Emma. en mantener una alianza por tanto tiempo y tan ahincada mente apetecida. Le es muy grato continuar en momentos mas dichosos, mi antigua correspondencia con ella."

En el mes anterior habia escrito su Santidad á Luis XVIII felicitándole por su elevacion al trono, diciéndole entre otras cosas: «el obispo de Troyes, señor de Poulgne, conocido por su piedad, está encargado por nos de haceros conocer las llagas que han causado á la religion y á la iglesia la constitucion del estado francés.... Señor los reinos de la tierra son pasajeros, el reino de los cielos es únicamente estable. Os rogamos que habrais los ojos para ver bien esa constitucion antes de firmarla. Despues de haberos recomendado los interes de la religion, nos creemos obligados á recomendaros los estados de la santa iglesia. Lo que es de César al César, y á Dios lo que sea de Dios. Las potencias aliadas, con aplauso del mundo parecen animadas del mismo deseo, y de ellas esperamos nuestra reintegracion, á pesar de los obstáculos que pueda suscitar el que

acupa en este momento nuestra capital y la mayor parte de nuestros estados (1), ”

El 24 de mayo hizo su Santidad su entrada solemne en Roma, despues de cinco años que le arrebatára de la ciudad Santa la perfidia mas escandalosa. Con este motivo Luis XVIII envió un embajador extraordinario para cumplimentar al Papa. Fue nombrado Mr. Cortois de Pressigny, antiguo obispo de Saint-Malo que recibió de Talleyrand entre otras estas intrucciones.

“El Papa, que recobra en el dia toda su autoridad, jamás habia gozado de ella. Las borrascas de la iglesia habian empezado ya en tiempo de su predecesor. Las dos potestades se hallaban amenazadas: Bonaparte, como por ensayo de los golpes que mas adelante habia de dar á la santa Sede, ocupó militarmente las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena: Pio VI vióse reducido á consentir en el tratado de Toentino, que le despojó de su soberanía. Desde el momento en que fue firmada aquella acta, dejó de ser libre la santa Sede. Poco despues fueron invadidos los Estados Romanos; el gobierno pontifical fue derrocado, y púsose en su lugar una república de algunos meses. Pio VI arrebatado

(1) Joaquin Murat.

de su palacio, cambió repetidas veces de destierro y murió en medio de esta persecucion. Su sucesor el Papa actual, fue nombrado lejos de Roma: la santa Sede no tenia territorio alguno en la época del cónclave de Venecia; y cuando los azares de la guerra la llevaron á su antigua capital, cercada siempre de tropas extranjeras, teniendo que reconquistar la autoridad en todos puntos, trabada en sus actos por obstáculos puestos, sobre todo en Francia á la religion y á su culto; sus gestiones con Bonaparte, quien posteriormente habia llegado á hacerse gefe de la Francia, tuvieron siempre un carácter de timidez que harto á las claras mostraba la deplorable situacion en que se hallaba el Soberano de Roma. Si la independencia debe ser el primer sello de la soberanía, y si está en los intereses de los pueblos como en los derechos de los príncipes, que todos los contratos sean hechos voluntariamente, ¿de cuanta mas alta importancia es la absoluta libertad de los actos emanados de la santa Sede? ¿Puede ser dada á la fuerza la paz de las ciencias? La opinion no se somete: los actos de violencia en materia de religion, engendran desórdenes y no deciden cuestion alguna.

«Bonaparte al elevarse al consulado, queria hacer servir para la consolidacion de su poder la

autoridad del Papa, quien apenas acababa de subir al pontificado, y que aun no habia entrado en Roma para inducirle á una transacion por razones que pudiesen afectar á su Santidad; hizole temer que la desgradacion del culto y los males de la iglesia llegarían tal vez á ser irreparables, si por medio de un concordato no se establecia la armonia entre la Francia y el Papa. Presentóle como otras tantas concesiones que se hallaba dispuesto á hacer á la santa Sede algunas libertades religiosas imperiosamente reclamadas por la opinion de toda la Francia, y á las cuales no se podia negar sin riesgo para sí mismo: y en cambio de estos aparentes sacrificios, obligó al Papa á prestarle apoyo y á imponer oraciones á los fieles y juramentos á los obispos para el mantenimiento de su autoridad. Esta obra de la fuerza dió ánimo á Bonaparte: y creyó que no habiéndose el Papa resistido, cederia tambien á otros actos. Los actos que no habia podido hacer insertar en un concordato, fueron regalados é intercalados en leyes orgánicas, hechas y publicadas sin participacion de la santa Sede; y esas leyes por mas que el Papa las declarase contrarias á la libertad y aun á los mismos principios del culto, fueron mantenidas á despecho de todo. Iguales maniöbras: igual predominacion dieron márgen

á un concordato entre la santa Sede y el reino de Italia, del cual era gefe Bonaparte: y cuando hubo arrancado ese nuevo acto, que tambien queria hacer servir para sostener su poder, abusó de sus ventajas para añadirle nuevas leyes orgánicas mas contrarias á las miras de su Santidad, y que dieron lugar por parte de este á vivas pero esteriles quejas. Tal fue el efecto de las primeras violencias, y tal el ascendiente del que las habia impuesto, que cuando Bonaparte, no creyéndose de un título bastante grandioso, aspiró al imperio y quiso sustituir á los derechos que le faltaban una autoridad que pudiese infundir respeto á la Europa reclamó el concurso del santo Padre, y abusando de su falta de libertad, precisóle á trasladarse á París para la ceremonia de la consagracion. Napoleon Bonaparte al hacerse proclamar Emperador, alzaba sin pensarlo y por las vias secretas de la Providencia, el trono que debia restituir un dia á la casa real. Bajo el título de Emperador, hasta entonces desconocido en Francia, quedaba fuera de la línea de nuestros reyes, aun cuando se apoderase de su autoridad, y reconociese no tanto el Soberano como el general en el rango á que se elevaba, y que venia á ser para él como se tenian ejemplos de lo mismo, el primer grado de la autoridad

militar. En efecto, desde aquel instante condújose con la santa Sede ni mas ni menos que como gefe de un ejército....

«Querria destruir la soberanía de la santa Sede, sabiendo muy bien que la opinion no está acostumbrada á semejante despojo de la autoridad pontificia, no separando suficientemente las dos potestades para dejar de creer que se presten mútuo apoyo. Este proyecto de invadirlo todo, no se halla formalmente anunciando: pero Napoleon declaraba ya que miraba los estados romanos como una dependencia de su imperio que pretendia cimentar en una gran parte de la Europa, pero que debia venirse al suelo y sepultarle en sus ruinas por no hallar base alguna durable en la conformidad de las costumbres, ni en la de los intereses, ni en el afecto de los pueblos.

«Napoleon consiguió arrancar del augusto cautivo un convenio que debia servir de base á un arreglo definitivo: pero la data y el lugar del contrato le hacian esencialmente nulo. El Papa se allanó á firmar, pero solo en consideracion al estado escepcional en que se hallaba á la sazón la iglesia: mas luego vió que ni siquiera se cumplian las condiciones estipuladas, y aquel acto careció de validez y hasta de resultado.

«Un segundo año desfavorable hizo que Napoleón se acercase otra vez al santo Padre engañado por el abuso de la fuerza, ensayaba nuevos medios. Las persecuciones tuvieron un término, y su Santidad pudo al fin ponerse en camino para regresar á sus estados: pero esa tardia espaciación fue de todo punto inútil para su autor. La providencia conducía el restablecimiento del Papa por otras vías, y volvía á poner el cetro de Francia en manos de sus antiguos soberanos.

«Esta série de hechos y observaciones manifiesta que todos los actos obtenidos de la santa Sede por el gobierno anterior han sido obra de la violencia. Restablecida ya en su poder y en su influjo sobre el mundo cristiano, es de presumir que el santo Padre no querrá mantener lo hecho bajo el imperio de la astucia y de la fuerza. La necesidad de las circunstancias ya no es para ella misma; y los actos que servirán de base á sus relaciones con la autoridad real no llevarán seguramente el sello de las violencias que le habia hecho el gobierno anterior...»

El congreso de Viena habia principiado á fines de setiembre sus trabajos. Talleyrand era el alma del congreso. Las primeras conferencias se tuvieron sin que se admitiesen los plenipotenciarios de

Francia y España. Talleyrand y Labrador protestaron de comun acuerdo. Talleyrand logró el efecto de sus protestas y mucho mas, pues no solamente fue admitido á las conferencias, sino que se celebraron en su misma casa. Varias dificultades de mayor cuantía se suscitaron en el congreso en las que Talleyrand dió muestras de su tacto político y de su entereza. El siguiente extracto del tratado de Viena fue enviado por Mr. Talleyrand, á Mr. Presigni. "Las marchas con Camerino y sus dependencias, lo mismo que el ducado de Benevento son devueltos á la santa Sede."

Habrá llevado Talleyrand cuatro plenipotenciarios al congreso; M. M. Alejo de Noailles, de la Besnardiere, de la Tour-du-Pin, y de Alberg. Talleyrand que conocia y profundizaba los hombres se esplicó hablando de ellos de este modo. "Me llevo, dijo; á D' Alberg, porque sus relaciones me servirán para propagar los secretos que me convenga hacer saber á todo el mundo. Noailles es el hombre del pabellon Marsan; y teniendo que ser vigilado, vale mas estarlo por un agente á quien yo he escogido, que por otro á quien yo no conociese. La Tour-du-Pin me servirá para firmar los pasaportes, y es necesario. A la Besnardiere me lo reservo para trabajar."

§ II.

Ya hacia un año que Napoleón se hallaba en la isla de Elba ocupándose en mejorarla en todos sus ramos; en todo ese tiempo no se cumplieron los empeños pecunarios que se habían contraído con él. Para mayor tormento suyo supo que Talleyrand y los demás ministros franceses que se hallaban en el congreso de Viena, habían propuesto el transportarle á la isla de Santa-Elena. Es preciso confesar que nada había añadido Napoleón que sirviera de disculpa á Talleyrand para proponer esta violacion del tratado de paz. Napoleón determinó atacar, antes de ser acometido, embárcase para Francia con su pequeño ejército y desembarca el 1.º de marzo de 1815 á las cinco de la tarde en la playa de Cannes. El 20 del mismo entró triunfante en París acompañado de las mismas tropas destinadas á combatirle. El congreso de Viena luego que supo la noticia cayó en un estúpido y sobresalto indecible, y el impasible Talleyrand no pudo menos de conmovirse y prorrumpir en aquella conocida exclamacion ; Todo está perdido...!

Recobrado Talleyrand de su primer susto redobló sus esfuerzos en favor de los Borbones, pi-

diendo al mismo tiempo que se pusiese á Banaparte fuera del derecho comun. De resultas las potencias determinaron atenerse en un todo al tratado de París. A pesar de esto Talleyrand escribió á Fonché que ejercia las funciones de ministro de policia de Napoleon, para que le congraciase con el Emperador, prometiendo á Fonché hacer por él lo mismo respecto de los Borbones. No obstante en la amnistia que promulgó el Emperador fueron esceptuadas trece personas, entre las que se contaba Talleyrand que permaneció en Viena durante los cien dias.

Napoleon no bien llegó á París partió al momento á oponerse á los ejércitos de la coalicion en las fronteras del Norte de Francia mas queda vencido en la batalla Waterlóo el 18 de junio de 1815, y tiene que abdicar segunda vez, y entregarse en manos de los ingleses que le encerraron en el peñasco de Santa-Elena donde murió el 4 de mayo de 1801."

Talleyrand regresó á París el 6 de julio donde se dedicó á organizar el ministerio. Luis XVIII desconfiaba de la Inglaterra y se inclinaba á la alianza rusa; Talleyrand por el contrario estuvo toda su vida por la alianza inglesa. Esta dibergencia de opiniones motivó la dimision de su ministerio que le fue aceptada. Richelieu reemplazó á Talleyrand.

Luis XVIII para recompensar á Talleyrand le confirió el empleo de gran chambelan con cien mil francos de sueldo, nombrándole ademas vocal del consejo privado.

El 25 de diciembre de 1815 S. M. cristianísima dió un real decreto por el cual se ordenaba que á falta de descendientes varones, los títulos y dignidades de Mr. Talleyrand pasasen á su hermano el conde Archambaud. En 1816 fue nombrado miembro de la academia de inscripciones y bellas letras; por la misma época el rey le nombró duque. El rey de Nápoles le otorgó tambien el titulo de duque en su reino. En 1818 le fue concedido el ducado de Dino, autorizándole para hacer llevar el título á su sobrino el conde Edmond Perigor. Al nacimiento del duque de Burdeos fue uno de los signatarios. El 30 de setiembre de 1820 fue nombrado comendador de el órden del Espiritu Santo.

El conde de Bourlier obispo de Evreux falleció el 30 de octubre de 1821; Talleyrand fue el encargado por la cámara de los Pares de hacer su elogio. He aqui sus principales pasages. «*Señores.*» Por desgracia tengo mas que nadie el derecho y la obligacion de hablar á la cámara sobre la pérdida que acaba de sufrir.

«Mr. Bourlier, obispo de Evreux, par de

Francia, murió en Evreux el 30 de octubre del corriente año. No es rebelarse contra la ley mas inflexible de la naturaleza, ni ser desagradecido á sus favores mas privilegiados, el manifestar el vivo dolor que se siente por una muerte precedida de casi cien años de vida, cuando estos cien años han sido casi cien años de felicidad.

«Mr. Bourlier nació en Dijon el año 1731; llamo la atencion sobre esta época, porque precisamente es la misma; en Voltaire empezaba á apoderarse del siglo último, haciendo mas difícil, y por consiguiente mas brillante la carrera que habia de correr Mr. Bourlier.

«Despues de algunos años pasados de una manera distinguida en los colegios, las disposiciones del jóven Bourlier le llevaron á terminar su educacion en las casas donde uno se prepara para el estado eclesiástico. Entró en los Robertinos, establecimiento casi gratuito, que dependia del seminario de san Sulpicio, cuyos maestros eran los mismos de este seminario: en él encontró aquella especie de enseñanza que tanto hizo amar en Francia Fenelon, quien habia sido educado allí.

«Casi todas las congregaciones religiosas se han apartado del mundo y mantenido como alejadas de él; los Sulpicios, al contrario, habitaban las ciu-

dades y vivian en ellas de un modo bastante retirado y ocupado para no temer ninguna de sus seducciones: aun aquellos cuyos talentos resplandecian á su pesar, de una manera notable, se cubrian de tal modo con su modestia, como que varios de ellos consiguieron sustraerse al gobierno que hubiera deseado elevarles á puestos distinguidos. Napoleon tan hábil en encontrar todo lo que buscaba, nunca hubiera dado con Mr. Emery ex-superior de san Sulpicio, á no ser la perspicacia de Mr. Fontanes, á quien nada se escapaba de cuanto podia interesar á las letras y á la enseñanza.

«No porque tengo en ello un gusto particular, sino para mejor daros á conocer al obispo de Evreux, he debido hablaros de ese seminario de san Sulpicio, que habia gravado profundamente en su ánimo los principios de conducta que le guiaron en toda su larga carrera. Habia aprendido de sus maestros á no separar la vida eclesiástica de la vida social; y este modo de ser exigia una especie de hablar y aun cierta especie de callar, la cual hacia que con diversidad de opiniones y costumbres se podia andar de acuerdo con todo el mundo y aun llegar algunas veces á afinidades útiles. Y cuando se tenia la fortuna como el obispo de Evreux, de juntar un continente sencillo: franco y

calmoso, ese language, que es el mas imponente, era siempre empleado con feliz éxito para contener en los límites de la circunspeccion las conversaciones mas dispuestas á parar en frivólas.

Asi pudiéramos decir que el abate Bourlier jamás oyó una mala palabra entera, porque desde el momento en que se fijaba la vista en él, los mas indiscretos se sentian forzados á reprimirse: ¡tanto miedo de incomodarle infundia el venerable aspecto de su persona...!

«El abate Bourlier no volvió á comparecer en la escena hasta que el edificio de la república se hubo desplomado sobre sus cimientos y sobre sus arquitectos, y hasta que apoderándose Bonaparte de la revolucion, hubo empezado á dar á la Francia algunos atributos y caracteres de monarquía.

«Napoleon que aun no se hallaba sino en la primera grada del trono, era demasiado lince para dejar de conocer que no fundaria la autoridad que necesitaba para domar todos los desórdenes y disolver todas las semi-ambiciones, sino invocando en su auxilio el grande apoyo social, propúsose la reconciliacion del cielo con la tierra: ocupóse del concordato. No obstante, la oposicion de los miserables publicistas de la época, y no obstante los riesgos personales que no se le ocultaban, quiso

dar la mayor solemnidad á la ejecucion de aquel acto atrevido y discreto, que le honrará eternamente en la memoria de los hombres.

El antiguo clero de Francia se hallaba todavia disperso. Era una gran dicha poder encontrar algunas personas aptas para ocupar las sedes episcopales que tan árduo se hacia de desempeñar dignamente. Tuve la satisfaccion de hacer conocer al gefe del gobierno á Mr. Bourlier, Mr. Mannai y Mr. Duvoisin: nombróles respectivamente para los obispados de Evreux, de Tréveris y de Nantes.

« Pronto se hizo sentir la influencia del concordato: el aplauso que obtuvo en toda la Francia aquel sublime acto, contribuyó esencialmente á simplificar la posicion de Bonaparte. En aquella época todo le salia á un á medida de sus deseos; mas no tuvo por mucho tiempo la fuerza necesaria para dominar tanta ventura: dejóse embriagar por la suerte y la gloria de sus armas. Desde entonces fueron en aumento sus exigencias; y tres años bastaron para que la resistencia de un poder espiritual llegase á parecerle una rebelion. Inmediatamente van gendarmes á arrancar del Vaticano al pontífice rey, y le conducen á Savone, y despues á Fontainebleau, cual si fuese dado á los medios de la tierra el menoscabar un alma tan fuerte,

ni hacer doblar tan solo un alma tan elevada.

"Admirado Napoleon de su impotencia dispuso que algunos obispos y en particular el de Evreux, fuesen á ver al Papa, llevándole proposiciones: el obispo hizo dos viages, y á cada regreso se gloriaba de no haber salido á cabo en la mision que se le habia impuesto.

"Señores: por mal que haya sabido recordaros todas las amables y aun bellas cualidades del obispo de Evreux, este simple bosquejo de su vida y de su carácter os indica ya bastante bien cuanto júbilo personal debió experimentar y cuan francas esperanzas concebir al retorno de esa antigua raza de nuestros reyes que mientras la ignorancia y la barbarie envolvian toda la Europa, buscaban y encontraban ya medios de hacer servir su poder en beneficio de la ventura y libertad de los pueblos.

"Una hermosa vejez ejerce grande influencia. Sus consejos no ofenden, porque en ella no haya rivalidades; no choca con ningun amor propio y la marca que lleva de esperiencia acrisolada, tiene para los demas la gran ventaja de disminuir la confianza que generalmente estamos inclinados á poner en nuestro juicio.

"Hagamos sinceros votos para conservar por

largo tiempo á los ancianos que todavía poseemos en esta cámara. Pertenecen á épocas de las cuales no nos queda sino sus personas. Su presencia es un aviso continuo. Ellos nos advierten que los negocios deben tratarse con tiempo, que es necesario ser discreto en la ventilacion y apreciar sin ilusiones todas las cosas de la vida. En su larga carrera les han sido abiertos todos los santuarios del espíritu humano; y han aprendido la ciencia de las verdades útiles, ciencia que dá su justo valor á las resistencias del hábito y á las acometidas de la imaginacion.»

Nada interesante á la historia presenta la vida de Talleyrand desde esta época hasta la revolucion de junio que colocó en el trono de Francia á Luis Felipe. Ya hacia tiempo que Talleyrand presagiaba el cambio de dinastía, por lo tanto hizo una sostenida oposicion á la marcha del gobierno de la restauracion, y frecuentó los salones del duque de Orleans, quien luego que subió al trono le nombró su embajador en Lóndres. Talleyrand pensó entonces en ejecutar el plan que siempre le animó, á saber: la alianza de la Francia é Inglaterra. En su primera audiencia con Guillermo IV le dirijió el discurso siguiente:

«S. M. el rey de los franceses me ha elejido

para ser el intérprete de los sentimientos que le animan hácia vuestra Magestad.

"He admitido con placer una mision que tan noble término ponía á los últimos pasos de mi larga carrera.

"Sire, de todas las vicisitudes que ha presenciado mi avanzada edad, de todas las varias fortunas que he corrido en cuarenta años fecundísimos en sucesos extraordinarios, nada quizás había colmado tan plenamente mis deseos como el nombramiento que me trae de nuevo á este dichoso pais. Mas, ¡qué diferencia en las épocas! Las rivalidades, las preocupaciones que por tanto tiempo mantuvieron divididas la Francia y la Inglaterra, han cedido el puesto á los sentimientos de un cordial aprecio, de un afecto ilustrado. Los vínculos de los dos paises se hallan tambien mas íntimamente estrechados por principios comunes. En el exterior la Inglaterra repudia, lo mismo que la Francia, el principio de intervencion en los asuntos interiores de sus vecinos, y el embajador de un trono votado unánimamente por un gran pueblo, se halla como en su centro en un pais de libertad y cerca de un descendiente de la ilustre casa de Brunswick.

"Reclamo con confianza, Sire, vuestra bene-

volencia sobre las relaciones que estoy encargado de mantener con V. M., y os suplico admitais el homenaje de mi profundo respeto."

No me detendré en presentar mi opinion sobre las conferencias de Lóndres; están muy recientes y temo ofender ciertos oídos; me contentaré con insertar el célebre tratado de la cuádruple alianza debido á la solicitud de Mr. Tellegrand.

TRATADO DE LA CUÁDRUPLE ALIANZA.

"S. M. la Reina Gobernadora y Regenta de España durante la menor edad de su hija doña Isabel II, Reina de España; y S. M. imperial el duque de Braganza, Regente del reino de Portugal y de los Algarbes, á nombre de la Reina doña María II, íntimamente convencidos de que los intereses de ambas coronas y la seguridad de sus dominios respectivos exigen emplear inmediata y vigorosamente sus esfuerzos unidos para poner término á las hostilidades que, si bien tuvieron por objeto primero, atacar á el trono de S. M. Fidelísima proporcionan hoy amparo y opoyo á los súbditos desafectos y rebeldes de la corona de España y deseosas SS. MM. al mismo tiempo de proveer los medios necesarios para restituir á sus súbditos los

beneficios de la paz interior, y afirmar mediante los recíprocos buenos oficios, la amistad que desean establecer y cimentar en fuerzas con el objeto de compeler al infante don Cárlos de España, y al infante don Miguel de Portugal, á retirarse de los dominios portugueses.

«En consecuencia, pues, de estos convenios, SS. MM. regentes se han dirigido á SS. MM. el rey de los franceses y el rey del reino unido de la Gran-Bretaña é Irlanda y SS. MM. considerando el interés que deben tomar siempre por la seguridad de la monarquía española y hallándose además animadas del mas vehemente deseo de contribuir al establecimiento de la paz en la Península, como en todas las otras partes de Europa, y S. M. B. considerando tambien las obligaciones especiales derivadas de su antigua alianza con el Portugal, SS. MM. han consentido en entrar como partes en el propuesto convenio.

«Al efecto, SS. MM. han tenido á bien nombrar como plenipotenciarios, á saber:

S. M. la Reina Regenta de España durante la menor edad de su hija doña Isabel II Reina de España á don Manuel Pando Fernandez de Pinedo, Alava y Dávila, marques de Miraflores, conde de Villapaterna y de Floridablanca, señor de Villa-

garcía, Grande de España, gran cruz de la real y distinguida orden de Carlos III y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. católica cerca de S. M. B.

«S. M. el rey de los franceses á don Carlos Mauricio de Talleyrand Perigor, príncipe duque de Talleyrand, par de Francia, embajador extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. el rey de los franceses cerca de S. M. B., gran cruz de la legion de honor, caballero de la orden del Toison de oro, gran cruz de la orden de San Esteban de Hungriá, de la orden de San Andres y del Aguila Negra.

«S. M. el rey del reino unido de la Gran-Bretaña é Irlanda, al muy honorable Enrique Juan vizconde de Palmerston, baron de Temple, par de Irlanda, miembro del muy honorable consejo privado de S. M. B., caballero de la muy honorable orden del Baño, miembro del parlamento, y principal secretario de Estado en el departamento de negocios estrangeros.

«Y S. M. I. el duque de Braganza regente del reino de Portugal y de los Algarbes, á nombre de la reina doña María II á don Cristobal Pedro de Moraes Sarmiento, del consejo de S. M. Fidelísima, hidalgo caballero de la casa real, comendador de la orden

de nuestra señora de la Concepcion de Villaviciosa, caballero de la órden de Cristo, y enviado estraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. Fidelísima cerca de S. M. B.

Los cuales han convenido en los artículos siguientes.

Articulo 1.º S. M. I. el duque de Braganza, regente del reino de Portugal y de los Algarbes, en nombre de la reina doña María II se obliga á usar de todos los medios que estén en su poder para obligar al infante don Cárlos á retirarse de los dominios portugueses.

Art. 2.º S. M. la Reina Gobernadora y Regenta de España durante la menor edad de su hija doña Isabel II Reina de España rogada é invictada por el presente acto por S. M. el duque de Braganza, regente en nombre de la reina doña María II y teniendo ademas motivos de justas y graves quejas contra el infante don Miguel, por el sostén y apoyo que ha prestado al Pretendiente de la corona de España, se obliga ha hacer entrar en el territorio portugués el número de tropas españolas que acordarán despues ambas partes contratantes, con el objeto de cooperar con las de S. M. Fidelísima, á fin de hacer retirar de los dominios portugueses á los infantes don Cárlos de España y

don Miguel de Portugal; obligándose además S. M. la Reina Gobernadora Regenta de España, á mantener por cuenta de la España y sin gasto alguno del Portugal las tropas españolas; las cuales serán recibidas y tratadas en todos conceptos, como sean recibidas y tratadas las de S. M. F. y S. M. la Reina Regenta se obliga ha hacer retirar sus tropas fuera del territorio portugues apenas el objeto mencionado de la espulsion de los infantes se haya realizado y cuando la presencia de aquellas tropas en Portugal no sea ya requerida por S. M. I. el duque regente en nombre de la reina doña María II.

Art. 3.º S. M. el rey del reino unido de la Gran-Bretaña é Irlanda, se obliga á cooperar empleando una fuerza naval en ayuda de las operaciones que han de emprenderse, en conformidad de las estipulaciones del presente tratado, por las tropas de España y Portugal.

Art. 4.º En el caso de que la cooperacion de la Fracia se juzgue necesaria por las Altas Partes contratantes para conseguir completamente el fin de este tratado, S. M. el rey de los franceses se obliga á hacer en este particular todo aquello que él y sus tres augustos aliados determinen de comun acuerdo.

Art. 5.º Las Altas Partes contratantes han convenido que, á consecuencia de las estipulaciones contenidas en los artículos precedentes, se hará inmediatamente una declaracion anunciando á la nacion portuguesa los principios y objeto de las estipulaciones de este tratado: y S. M. I. el duque regente en nombre de doña María II., animado del sincero deseo de borrar todo recuerdo de lo pasado y de reunir en derredor del trono de S. M. F. la nacion entera, sobre la que la divina Providencia la ha llamado á reinar, declara su intencion de publicar al mismo tiempo una amnistia ámplia y general en favor de todos los súbditos de S. M. F. que dentro de un tiempo que se señalará, vuelvan á su obediencia; y S. M. I. el duque regente á nombre de la reina doña María II, declara tambien su intencion de asegurar al infante don Miguel, luego que salga de los Estados portugueses y españoles una renta correspondiente á su rango y nacimiento:

Art. 6.º S. M. la Reina Gobernadora Regenta de España durante la menor edad de su hija doña Isabel II. Reina de España, declara su intencion de asegurar al infante don Cárlos, luego que salga de los Estados españoles y portugueses una renta correspondiente á su rango y nacimiento.

Art. 7.^o El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones se cangearán en Lóndres en el espacio de un mes ó antes si fuese posible.

En fé de lo cual los respectivos plenipotenciarios lo firmaron y sellaron con el sello de sus armas. Dado en Lóndres á 22 de abril del año de nuestro Señor el 1834.=Firmado=Miraflores, (*lugar del sello.*)=Talleyrand, (*lugar del sello.*)=Palmerston, (*lugar del sello.*)=C. P. de Moraes Sarmiento, (*lugar del sello.*)

La Gaceta de Madrid de 25 de octubre de 1834, contenia el artículo siguiente:

«El cónsul de S. M. de Bayona dice al Exmo. señor primer secretario de Estado y del Despacho con fecha 20 del actual lo que sigue=A las cuatro y media de esta tarde recibo de este subprefecto el despacho telegráfico siguiente, que remito á V. E. por extraordinario, segun órdenes anticipadas del Exmo. señor embajador de S. M. en París.

Despacho telegráfico de París del 20 de octubre de 1834 á las dos y media=El ministro de negocios estrangeros al suprefecto de Bayona: «prevenga V. al cónsul de España que puede poner en noticia de su gobierno que el cange de las ratificaciones acaba de verificarse en Lóndres.»

«En virtud de este aviso oficial, y á pesar de

no haber llegado aun los despachos que habrán dirigido á S. M. asi su encargado de negocios en aquella córte, como su embajador en la de París, se ha dignado mandar la augusta Reina Gobernadora que se ponga desde luego esta transacion en conocimiento del público.

«La ratificacion á que se refiere el parte telegráfico arriba inserto, es la de los cuatro artículos adicionados al tratado celebrado en Lóndres el 22 de abril de este año, cuyos artículos convenidos entre los plenipotenciarios de las mismas potencias aliadas que firmaron aquel, son á la letra como sigue.

«S. M. la Reina Regenta y Gobernadora de España durante la menor edad de su hija la Reina doña Isabel II.: S. M. el rey de los franceses: S. M. el rey del reino unido de la Gran-Bretaña é Irlanda, y S. M. I. el duque de Braganza, regente del reino de Portugal y de los Algarbes en nombre de su hija la reina doña María II, Altas Partes contratantes del tratado de 22 de abril de 1834, habiendo tomado en la mas seria consideracion los recientes sucesos ocurridos en la Península, é íntimamente convencidas de que este nuevo estado de cosas exige necesariamente nuevas medidas para lograr completamente los objetos del precitado tratado los infrascritos don Manuel Pando Fernandez

de Pinedo, Alava y Dávila, marqués de Miraflores, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C. cerca de S. M. B.; Cárlos Mauricio de Talleyrand Perigor, príncipe duque de Talleyrand, embajador extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. el rey de los franceses, cerca de S. M. B.; Enrique Juan, vizconde de Palmerston, baron Temple, principal secretario de Estado de S. M. B. en el departamento de negocios extranjeros, etc. etc.; y Cristobal Pedro de Moraes Sarmiento, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. F. cerca de S. M. B. autorizados competentemente por sus respectivos gobiernos, han convenido en los siguientes artículos adicionales al tratado de 22 de abril de 1834.

Artículo 1.º S. M. el rey de los franceses se obliga á tomar en los puntos de sus dominios fronterizos á España las medidas mas conducentes á impedir que se envíe del territorio francés ninguna especie de socorros de gente, armas ni pertrechos militares á los insurgentes de España.

Art. 2.º S. M. el rey del reino unido de la Gran-Bretaña é Irlanda se obliga á dar á S. M. C, los auxilios de armas y municiones de guerra que necesite, y ayudarle ademas si fuere necesario, con una fuerza naval,

Art. 3.º S. M. I. el duque de Braganza, regente de Portugal y de los Algarbes, en nombre de la reina doña María II, participando completamente de los sentimientos de sus augustos aliados, y deseoso además de dar una justa retribucion á los empeños contraidos por S. M. la Reina Regenta de España en el artículo 2.º del tratado de 22 de abril de 1834, se obliga á cooperar en caso necesario en ayuda de S. M. C. con todos los medios que estén á su alcance, y en la forma y modo que se acuerde mas adelante entre las dichas magestades.

Art. 4.º Los anteriores artículos tendrán la misma fuerza y efecto que si estuviesen insertos literalmente en el tratado de 22 de abril de 1834. debiendo ser considerados como parte del mismo; y serán ratificados, y sus ratificaciones cangeadas en Lóndres en el término de cuarenta dias ó antes si fuese posible.

En fé de lo cual, los respectivos plenipotenciarios los firmaron y sellaron con el sello de sus armas.

Dado en Lóndres á 18 de agosto del año de nuestro Señor el 1834=(L. S.) Miraflores=(L. S.) Talleyrand=(L. S.) Pantaleon=(L. S.) C. P. de Moraes Sarmiento.

Concluidos estos tratados que completaron di-

gamos así sus deseos, Talleyrand pensó en arreglar sus asuntos de conciencia ya que los de política habían tocado á su término. Hizo dimision de la embajada de Lóndres y se retiró á Francia, en donde con fecha 13 de noviembre escribió al Ministro de negocios estrangeros la siguiente carta.

«*Señor Ministro.*— Cuando hace cuatro años la confianza del rey me señaló la embajada de Lóndres, la misma dificultad de la mision me hizo obedecer: creo haberla desempeñado utilmente en pró de la Francia y en pró del rey, dos intereses siempre presentes á mi espíritu y estrechamente confundidos en mi pensamiento. En estos cuatro años, el mantenimiento de la paz general ha permitido que se simplificasen todas nuestras relaciones; nuestra política antes aislada, se ha amalgamado con la de las demas naciones, y ha sido aceptada, apreciada y honrada por los hombres de buena fe de todos los paises.

«La cooperacion que hemos obtenido de la Inglaterra, nada ha costado á nuestra independencia ni á nuestras susceptibilidades nacionales; y tanto hemos respetado el derecho de cada cual, tanta ha sido la franqueza de nuestra conducta, que lejos de infundir desconfianza, reclamase en el dia nuestra garantía contra ese espíritu de pro-

pagandismo que mantiene en sobresalto á la vieja Europa. Resultados tan satisfactorios deben sin duda atribuirse á la alta sensatez del rey, á su consumada habilidad: por lo que á mi toca no reclamo otro mérito que el de haber sido el primero en adivinar el último pensamiento del rey y haberlo anunciado á los que despues se han convencido de la verdad de mis palabras.

«Mas hoy que la Europa conoce y admira al rey; que por lo mismo quedan vencidas las principales dificultades; hoy que la Inglaterra siente quizás tanto como nosotros la necesidad de nuestra mútua alianza, y que la ruta que al parecer desea seguir debe hacer preferir un espíritu de tradiciones menos añejas que el mio: hoy, digo, me parece que sin faltar á la adhesion que debo y profeso al rey y á la Francia, puedo suplicar respetuosamente á S. M. se sirva admitir mi dimision, y os ruego, señor ministro, tengáis la bondad de presentársela. Mi avanzada edad, los achaques que naturalmente la acompañan, el reposo que aconseja y los pensamientos que sugiere hacen que mi dimision sea un acto el mas sencillo; la justifican plenamente, y hasta la convierten en una especie de deber.

«Confio que la equitativa bondad del rey abundará en la misma opinion.=Recibid etc.

En 7 de enero de 1835 recibió Talleyrand la siguiente contestacion del ministro. «*Mi príncipe.*— He presentado al rey la carta que dirigisteis al ministro de negocios estrangeros, suplicado á S. M. admita vuestra dimision de la embajada de Lón-dres. Mucho ha vacilado S. M. antes de aceptarla.

«Asociandoos á sus miras y á las de su gobier-no, habeis concurrido tan hábilmente á dar esta-bilidad á la nueva monarquía, á rodear de gran-diosidad su política, y á mantener la paz de Eu-ropa; que el rey no podia consentir en privar á la Francia de vuestros poderosos servicios y alta experiencia. Pero S. M. se ha penetrado que despues de una carrera tan grande y dilatada, el afecto y la gratitud que os profesa no le permitian resistir por mas tiempo á los deseos que le habeis mani-festado, en nombre de vuestra edad, de entregaros al reposo.—Recibid etc.»

Asi terminó su carrera política este hombre incomprendible, asi dejó el manejo de los negocios el que influyó en todos los sucesos notables del mundo civilizado, en tan diversos sentidos y con tan opuestas miras. Desde este momento Talleyrand se contentaba con dar algunos consejos hijos del desengaño y de la experiencia. Era el archivo vi-viente donde concurrían á consultar sus dudas los

mas distinguidos diplomáticos y las mas augustas personas.

§ III.

El 23 de diciembre de 1837 falleció Mr. Reinhart; Talleyrand pronunció su elogio en la sesion del 3 de marzo de 1838 de la academia de ciencias morales y políticas. Es notable este discurso por las ideas que emite y por ser el último de la vida de este hombre célebre; dice así:

«*Señores:* cuando merecí la bondad de que se me nombrase individuo del instituto y se me destinase á la clase de ciencias morales y políticas, á la cual he tenido el honor de pertenecer desde su origen, me hallaba en América.

"A mi vuelta á Francia mi primer cuidado fue asistir á sus sesiones y manifestar á las personas que entonces la componian muchas de las cuales nos han dejado un justo dolor, el placer que tenia en ser uno de sus colegas. En la primera sesion á que asistí se renovó la mesa, y se me hizo el honor de nombrarme secretario.

"El acta que redacté durante seis meses con todo el cuidado que pude, manifestaba demasiado quizá, el carácter de mi deferencia, porque desem-

peñé un trabajo que me era enteramente desconocido. Este trabajo, que sin duda habia costado muchas observaciones y muchas vigiliias á uno de nuestros mas sábios colegas, tenia por título: *Disertación sobre las leyes ripuarias*. En la misma época leí tambien en nuestras asambleas públicas algunas obras que por la indulgencia con que fueron acogidas se han insertado en las memorias del instituto. Desde aquella época han pasado cuarenta años, durante los cuales no he podido subir á esta tribuna; primero por mis muchas ausencias, luego por las obligaciones á que debia dedicarme esclusivamente; debo decir tambien, por la discrecion que los tiempos dificiles exigen de un hombre entregado á los negocios y en fin, despues por las enfermedades que trae ordinariamente consigo la vejez, ó que agrava siempre por lo menos.

«Pero hoy conozco la necesidad, y miro como un deber el presentarme por la última vez, para que la memoria de un hombre conocido en toda Europa, de un hombre á quien yo amaba, y que desde la formacion del instituto, era nuestro colega, reciba aquí un testimonio público de nuestra estimacion y de nuestro dolor. Su posicion y la mia me ponen en el caso de revelar muchos de sus méritos. Su principal, no digo su único

título de gloria, consiste en una correspondencia de cuarenta años necesariamente del público, que es probable no tendrá jamás conocimiento de ella. Yo me he preguntado á mi mismo: ¿quién hallará en este recinto de dicha correspondencia? ¿quién estará principalmente obligado ha hablar de la misma, sino yo, que he recibido la mayor parte de ella, á quien fue siempre tan agradable y frecuentemente tan útil en los cargos que he tenido que desempeñar bajo tres reinados. . . . muy diferentes?

«El conde Reinhart tenia treinta años y yo treinta y siete cuando le ví la primera vez. Entró en los negocios con un gran fondo de conocimientos. Sabia cinco ó seis idiomas, y le era familiar la literatura de ellos.

Pudo hacerse célebre como poeta, como historiador, como geógrafo, y bajo este carácter fue miembro del instituto desde su creacion.

Era ya en esta época individuo de la *Academia de ciencias de Gotinga*. Nacido y educado en Alemania, publicó en su juventud algunas composiciones poéticas que le hicieron conocer de Gesner, de Wieland y de Schiller.

«Obligado posteriormente por el estado de su salud á tomar los baños de Carlsbad, tuvo la feli-

cidad de encontrar allí y de tratar al célebre Goethe que apreció bastante sus gustos y sus con ocimientos para desear oír sus advertencias en cuanto ofreciesen algún interés á la literatura francesa. Mr. Reinhart se lo prometió. Este género de obligaciones entre hombres de un nombre superior son siempre recíprocas y forman en breve vínculos de amistad; los de Reinhart y Coeth dieron lugar á una correspondencia que se imprime actualmente en Alemania.

«En ella se verá que llegado á aquella época de la vida en la cual es preciso definitivamente escoger el estado para que se cree uno mas á propósito, hizo el mismo Reinhart sobre sus gustos, su posición y la de su familia, una reacción seria que precedió á su determinación; y entonces, cosa notable en aquel tiempo, á carreras en que habria podido ser independiente, prefirió otra en que no podia serlo. Dió la preferencia á la carrera diplomática é hizo bien: á propósito para todos los cargos de esta carrera, los ha desempeñado sucesivamente y en todos se ha distinguido.

«Me atreveré á decir que sus primeros estudios lo habian preparado oportunamente. El de la teología sobre todo, en la que se distinguió en el seminario de Deokendorf y en el de la facultad protes-

tante de Tubinga, le habia dado una fuerza y al mismo tiempo una sutileza de raciocinio, que se observa en todos los escritos que salieron de su pluma. Y para quitarme á mí mismo el temor de dejarme conducir por una idea que pudiera parecer paradoja, me creo obligado á citar aquí los nombres de muchos negociadores, todos teólogos y todos distinguidos en la historia, por haber dirigido los negocios políticos mas importantes de su tiempo. El cardenal canciller Duprat, tan versado en el derecho canónico como en el civil, y que fijó con Leon X las bases del concordato de que aun subsisten todavia algunas disposiciones.

El cardenal d' Ossat, que á pesar de los esfuerzos de muchas grandes potencias, consiguió reconciliar á Enrique IV con la córte de Roma. La coleccion de las cartas que ha dejado es un estudio que se prefija hoy á los jóvenes que se dedican á la carrera política. El cardenal de Polignac teólogo, poeta y negociador, que despues de tantas guerras supo conservar á la Francia, por el tratado de Utrecht, las conquistas de Luis XIV.

«En medio de los libros de teología, principió por su padre, que llevo á ser obispo de Cap, la educacion de Mr. Lionne, cuyo nombre acaba de recibir nuevo lustre con una reciente é importante publicacion.

«Los nombres que acabo de citar me parecen suficientes para justificar el influjo que tuvieron en mi opinion, sobre los hábitos intelectuales de Mr. Reinhart, los primeros estudios á que le dedicó la educacion paterna.

«Los conocimientos aun mismo tiempo sólidos y variados que habia adquirido hicieron que fuese llamado á Burdeos para desempeñar las honrosas y modestas funciones de preceptor en una familia protestante de aquella ciudad.

«Allí se halló naturalmente en relacion con muchos hombres de talento, cuyos honores y cuya muerte dieron tanto brillo á nuestra primera asamblea legislativa, Mr. Reinhart se dejó fácilmente conducir por ellos, y se dedicó al servicio de la Francia.

«No me empeñaré en seguirle paso á paso por entre las muchas vicisitudes que experimentó en su larga carrera. En los muchos empleos que le fueron confiados ya de un órden elevado, ya de un órden inferior, parece advertirse una especie de incoherencia que hoy nos costaria trabajo comprender. Pero en aquella época no habia mas preocupaciones respecto de los destinos, que respecto de las personas. En otros tiempos el favor, y á veces el discernimiento, llamaban á todas las situaciones eminentes;

en el tiempo de que hablo, bien ó mal, todas las situaciones estaban conquistadas. Semejante estado de cosas producen bien pronto la confusion.

«Asi vemos á Mr. Reinhart, como primer secretario de legacion en Lóndres ocupando el mismo destino en Nápoles: ministro plenipotenciario cerca de las ciudades Anseáticas, Hamburgo, Brema y Lubeck: gefe de la tercera seccion en el departamento de negocios estrangeros: ministro plenipotenciario en Florencia: ministro plenipotenciario en Helvecia: cónsul general en Milan: ministro plenipotenciario cerca del circulo de la baja Sajonia, residente en las provincias turcas del otro lado del Danubio, y comisario general de relaciones mercantiles en Moldavia: ministro plenipotenciario cerca del rey de Westphalia director de la cancilleria en el departamento de negocios estrangeros: ministro plenipotenciario cerca de la Dieta Germánica y de la ciudad libre de Francfort; y en fin ministro plenipotenciario en Dresde.

«¡Qué de cargos y empleos! ¡Qué de intereses confiados á un solo hombre! y esto en una época en que los talentos debian ser tanto menos apreciados, cuanto la guerra parecia por sí sola encargada de todos los negocios.

«No espereis de mí, señores, detalladamente y

por fechas, una relacion de todos los trabajos de Mr. Reinhart en los diferentes destinos que acabais de oir. Seria necesario formar un libro.

«No debo hablar en vuestra presencia de la manera que tenia de llenar las obligaciones que debia cumplir, ya fuese gefe de seccion, ministro ó cónsul.

«Aunque Mr. Reinhart no tuvo entonces la ventaja que habria tenido alguos años despues de hallar á la vista escelentes modelos, sabia ya cuantas y cuan diversas cualidades debiau distinguir á un gefe de seccion del departamento de negocios estrajeros. Un sentimiento delicado le habia hecho conocer que las costumbres de un gefe de seccion debian ser sencillas y regulares, debiendo vivir como lejano del mundo y estraño al tumulto de las pasiones, dedicado únicamente á los negocios sobre los cuales debe observar un secreto impenetrable: que dispuesto siempre á contestar acerca de los hechos y de los hombres deben tener constantemente en la memoria todos los tratados, fijar históricamente sus fechas, distinguir con exactitud el lado fuerte de los flancos débiles, sus antecedentes y sus consecuencias; saber en fin los nombres de los principales, negociadores y hasta sus relaciones de familias que al mismo tiempo que se aproveche de

estos conocimientos debe cuidar de no mortificar el amor propio, siempre dedicado al ministro; y que aun cuando hiciese á este adoptar su opinion, su triunfo debe de ser ignorado, porque sabia que solo debia brillar con una luz reflejada; pero sabia tambien que naturalmente merece mucha consideracion una vida tan pura y tan modesta.

«El espíritu de observacion de Mr. Reinhart no se detenia en esto: le habia dado á conocer cuan rara es á un ministro de negocios estrangeros la reunion de las cualidades necesarias que exige su destino. Este dotado de una especie de instinto que le advierta prontamente y le impida antes de toda discusion que nunca se comprometa. Necesita el don de mostrarse franco permaneciendo impenetrable; de ser reservado con las formas del descuido; de ser hábil hasta en la eleccion de sus distracciones; es preciso que su conversacion sea sencilla variada, inesperada, siempre natural, y á veces candorosa; en una palabra, no debe cesar un momento en las veinte y cuatro horas del dia de ser ministro de negocios estrangeros.

«Sin embargo, todas estas cualidades por raras que sean, podrian no ser suficientes si la buena fe no les diese una seguridad de que casi siempre necesitan.

«Debo decir esto aquí para destruir una preocupación bastante extendida. No, la diplomacia no es una ciencia de doblez y de artificio. Si en alguna cosa es necesaria la buena fé, lo es principalmente en las transacciones políticas, porque ellas las hace durables y sólidas. Se ha querido confundir la reserva con el engaño. La buena fé no autoriza nunca el engaño; pero admite la reserva, y esta tiene de singular la circunstancia de que aumenta la confianza.

«Dominado por el honor y el interés de su país, por el honor y el interés del príncipe, por el amor de la libertad, fundado en el orden y en los derechos de todos, un ministro de negocios extranjeros cuando sabe serlo, se halla colocado en la mas hermosa posicion que puede ambicionar un espíritu elevado.

«Después de haber sido un ministro hábil, ¿cuanto debe saberse para ser un buen cónsul! Porque las atribuciones de este son variadas hasta lo infinito, y absolutamente diversas de las de otros empleados dependientes del departamento de negocios extranjeros. Exigen una multitud de conocimientos prácticos para los cuales es necesaria una educacion particular. Los cónsules se hallan en el caso de ejercer, en la estension de su distrito, y res-

pecto de sus compatriotas, las atribuciones de jueces árabitos y conciliadores: frecuentemente son empleados del estado civil: desempeñan el cargo de notarios, y á veces el de administradores de marina: vigilan é inspeccionan el estado sanitario, y sus informes pueden dar una idea exacta y completa de la situacion del comercio, de la navegacion y de la industria particular del pais en que residen. Asi es que Mr. Reinhart, que no descuidaba ningun medio de asegurarse de la exactitud de los informes que debia dar á su gobierno, y de las determinaciones que debia tomar como agente político, como agente consular y como administrador de la marina, habia hecho un estudio profundo del derecho de gentes y del marítimo.

«Este estudio lo habia conducido á creer que llegaria un tiempo en que por convinaciones hábilmente preparadas se estableceria un sistema general de comercio y navegacion, por el cual se respetasen los intereses de todas las naciones, y cuyas bases fuesen tales, que ni la guerra misma pudiese alterar el principio de ellas aunque suspendiese alguna de sus consecuencias. Por este medio habia conseguido resolver con prontitud y seguridad todas las cuestiones de cambio, arvitraje, de conversion de monedas, de pesos y medidas, y todo

esto sin que nunca se suscitase ninguna reclamacion ni contra sus opiniones, ni contra los informes que habia dado. Es verdad tambien que la consideracion personal que le acompañó en toda su carrera, daba peso á su intervencion en todos los negocios en que tuvo parte en todos los asuntos que se sometian á su fallo.

«Pero por estensos que sean los conocimientos de un hombre, por vasta que sea su capacidad, es bastante raro llegar á ser un diplomático completo y sin embargo Mr. Reinhart lo habria sido tal vez si hubiese tenido una cualidad que le faltaba: veia bien, comprendia bien, con la pluma en la mano daba cuenta admirable de lo que habia visto, de lo que se le habia dicho. Su espresion escrita era abundante, facil, picante, de talento: de todas las correspondencias diplomáticas de mi tiempo no habia ninguna á la que el Emperador Napoleon, que tenia derecho y razon para ser delicado, no prefiriese la del conde de Reinhart. Pero un hombre que escribia tan admirablemente, se espresaba de palabra con dificultad. Para vereficar sus actos, necesitaba su-inteligencia de mas tiempo que el que le permitia la conversacion. Para que la palabra interna pudiese facilmente reproducirse, necesitaba estar solo y sin testigos.

«A pesar de este inconveniente efectivo, consiguió siempre Mr. Reinhart hacer bien todo aquello de que estaba encargado. ¿De donde tomaba sus medios? ¿De donde sus inspiraciones?»

«Las tomaba, señores, de un sentimiento verdadero y profundo que gobernaba todas sus acciones del sentimiento del deber. Todo se conoce bastante, todo el poder de este sentimiento. Una vida consagrada toda entera al cumplimiento del deber, fácilmente se halla esenta de ambicion. La vida de Mr. Reinhart estaba dedicada únicamente al cumplimiento de sus obligaciones sin muestra de interés personal, ni pretension á precipitados adelantos»

”Esta religion del deber, á la que fue fiel toda su vida Mr. Reinhart, consistia en una exacta sumision á las instrucciones y órdenes de sus gefes; en una constante vigilancia, que unida á una grande perspicacia, no le dejaba ignorar lo que importaba á aquellos saber; en una vigorosa veracidad en todos sus informes, ya fuesen desagradables ó lisonjeros; en una discrecion impenetrable; en una regularidad de vida que le hacia merecer la confianza y la estimacion en una decente representacion, y en fin en un cuidado constante de dar á los actos de su gobierno el color y las esplicaciones que reclamaba el interés de los negocios sometidos á su cuidado.

«Aunque la edad hubiese señalado en Mr. Reinhart la época del reposo; jamás hubiera solicitado su retiro por temor de que se atribuyese á tibieza en una carrera que habia sido la de toda su vida. Fue preciso que la venevolencia real siempre tan atenta, fuese tan bien previsora para él y diese á este gran servidor de la Francia un honroso puesto llamándole á la Cámara de los pares. El conde de Reinhart no gozó por mucho tiempo este honor y murió casi de repente el 23 de diciembre de 1837. Fue casado dos veces; dejó un hijo del primer matrimonio, que sirve hoy en la carrera política. *Al hijo de tal padre, cuanto puede desearsele es que le imite.»*

§ IV.

Memorable será en la historia eclesiástica el día en que hizo el anterior discurso á la Academia porque desde dicho día data su proyecto de retractarse públicamente de sus pasados errores y de reconciliarse con la santa madre iglesia. Ya mis lectores observarian que en el discurso que hizo del antiguo obispo de Evreux y que se ha insertado en esta obra, Talleyrand hablaba un language del corazon y como que ya se dejaban traslncir sus sentimientos

religiosos; aquellos sentimientos que se habian grabado en la niñez y que si sus estravios habian de algun modo ofuscado, jamás lograron borrar del corazon. En aquel discurso hizo un elogio del seminario de San Sulpicio, tributando de este modo el homenaje mas justo de gratitud á la escuela donde aprendió el temor santo de Dios.

Ya habia tres meses antes de morir que Talleyrand tenia repetidas conferencias con el abate Dupanloup, en todas ellas buscaba como hablar de materias religiosas y traia á la memoria con suma complacencia sucesos del seminario. Despues de su discurso á la Academia redactó un codicilo en el que declaraba que su *voluntad era morir en el seno de la iglesia católica, apostólica, romana*. Concebido y redactado su proyecto de retractacion solemne, remitió copias á Monseñor el arzobispo de París. Una espresion de Mr. Royer-Collard aceleró estos pasos: habiadejado decirse que *Mr. Talleyrand era el hombre de la pacificacisn y que no era de esperar reusase hacer las paces con Dios antes de morir*. Estas palabras le fueron repetidas, á las que contestó Talleyrand con energia, *¡Oh! no lo reuso ¡no lo reuso!*

El 11 de mayo de 1838 sintió Talleyrand los primeros sintomas del mal que le llevó al se-

pulcro. Un antrax ó gangrena blanca precedida de un temblor febril seguido de vómitos repetidos le postraron en cama y le obligaron á sufrir una dolorosa operacion que toleró con una estremada presencia de ánimo sin oírsele mas palabra que, *me haceis mal*. Bien comprendia la gravedad de su dolencia; con todo, el natural deseo de conservar la vida le hizo preguntar *¿podré curar?* los médicos le desengañaron ingénuamente asegurándole que apresurase sus negocios. Desde aquel punto se activaron las negociaciones con el señor arzobispo de París, relativas á los ausilios espirituales y demas medios de tranquilizar su conciencia.

Segun el proyecto de retratacion escrito por el mismo Talleyrand, y que ya he dicho remitió copias al señor arzobispo de París, se estendieron dos actas que el enfermo firmó en la misma mañana de su muerte. En presencia de doce testigos calificados hizo la retratacion pública de todos sus errores, que fue sellada en presencia del señor arzobispo de París y de los señores Molé, Barante, Saint-Aulaire, Royer-Collar, el duque de Valencey, etc. Exigió al mismo tiempo Talleyrand que se espresase en el acta de su retratacion la circunstancia de tenerla ya proyectada desde su discurso á la academia. La carta dirigida al Papa estaba escrita ha-

cia tres meses; en ella se retractaba Talleyrand de la parte que habia tomado en la federacion en el campo de Marte celebrando de pontifical. Despues que le fueron leidas la carta y la retratacion, puso en una y en otra su firma=*Carlos Mauricio Principe de Talleyrand.*

Se asegura que una de las personas que asistieron á este acto le era muy repugnante. Concluido este acto grandioso se confesó y recibió la extremauncion que le administró el abate Dupanloup: el mismo abate le habia regalado la *Jornada del Cristiano, por Bossuet*, hallándose despues este libro abierto en la página que trata de la preparacion para la muerte, en el pasage que tiene por epigrafe: *El Cristiano prepara su última confesion antes de morir.*

El señor arzobispo de París no asistió á esta ceremonia de la iglesia, mas fue dos veces en aquel mismo dia á saber de su salud, por la que se interesó tanto que se dejó decir, *daria su vida por él.* Esta espresion que llegó al lecho del moribundo le llenó de un cristiano agradecimiento, y esforzando sus débiles acentos exclamó: *decid al señor arzobispo que él puede hacer mucho mejor uso de ella.*

El dia 17 á las ocho de la mañana S. M. el rey

Luis Felipe noticioso del estado del ilustre enfermo fue á visitarle acompañado de madama Adelaida. Talleyrand lleno de una dulce sorpresa exclamó. *El mayor honor que ha tenido mi casa es aquel en que el rey visita á uno de sus miembros.* Talleyrand dió algunos consejos á los augustos personages antes de despedirse de ellos. Pocas horas antes de morir reflexionando en su sobrina que iba ha hacer la primera comunión dijo: *ved lo que es el mundo; allí el principio y aquí el fin.*

A las cuatro y diez minutos de la tarde murió, conservando hasta el último suspiro su pleno conocimiento y su presencia de espíritu. Así murió este hombre verdadero, Proteo en política y Voltaire en la práctica durante su vida activa, á la edad de 84 años. *Requiescat in pace Amen.* Esta es la espresion del católico...

§ V.

El dia 22 de mayo se hicieron las exequias en la iglsia de la Asuncion con todo aparato y grandeza. La multitud muy de mañana estaba reunida en la calle de San Florentin en cuyo templo se hallaba depositado el cadaver desde las ocho de la mañana. El exterior de la iglesia estaba enteramente

entapizado de negro, viéndose sobre la puerta principal las armas del difunto, debajo de una corona con el lema distintivo de la familia de Perigord en idioma portugués REQUE DIUO. Delante del vestibulo se elevaba un catafalco donde habia sido colocado el difunto. A los lados se veian dos sacerdotes elevando incesantemente sus súplicas por el descanso eterno del príncipe. A las nueve dos coches de este condugeron á la iglesia varias señoras que la etiqueta no permitia asistir á los funerales y deseaban orar antes en el templo en que debian efectuarse. A esta hora los destacamentos de la guardia municipal ocuparon la carrera que debía llevar el entierro. A las once se colocó el cadaver en un coche fúnebre en el cual estaban reproducidas las armas del difunto, entre las que se notaban las llaves de Gran Chambelan dignidad que tenia durante la restauracion. El manto y toga de par decoraban el feretro al cual seguian dos maestros de ceremonias llevando los grandes cordones con que el príncipe estaba decorado. Los ugières llevaban sobre almoadones *La corona de Par*; las decoraciones de la *Legion de Honor*, del *Toison de oro*, de Inglaterra; de *San Esteban* de Hungría; de *Leopoldo*, de Austria; del *Elefante*, de Dinamarca; de *Cárlos III*, de España; del *Salvador*, de

Grecia; del *Sol*, de Persia; de la *Concepción*, de Portugal; del *Aguila Negra* y del *Aguila Roja*, de Prusia; de *Santa Ana* y de *San Andrés*, de Rusia; de la *Corona*, de Sajonia; de *San José*, de Toscana.

El luto era presidido por el duque de Valencey, el duque de Montmorency y el duque de Perigord. La comitiva se puso en marcha por la plaza de Luis XV, calle real de san Honorato, abriéndola y cerrándola varios destacamentos del 4.º regimiento de húsares y dos batallones del 7.º y 16.º de infantería ligera. Todos caminaban á pie contándose entre el numeroso séquito á el duque de Dino, sus hijos, los señores Molé, Royer-Collard, Soult, de Broglie, Pasquier, Dupin, Barthe, Thiers, d' Argout, etc. etc. las diputaciones de la cámara de los pares y del instituto.

En esta disposicion llegaron al pórtico de la Asuncion donde fueron recibidos por el párroco y clero de la iglesia, comenzando inmediatamente el oficio divino. La música del 16.º ligero ejecutó varias tocatas fúnebres. Despues del funeral se pronunciaron dos discursos y el cadáver quedó depositado interinamente en la bóveda inferior de la iglesia, desde donde fue transportado á Valencey.

Talleyran ha dejado escritas sus memorias que se ballan depositadas en Inglaterra las que no po-

drán publicarse sino pasados treinta años, ó como quieren algunos hasta la muerte de tres personajes,

El señor arzobispo de París y el obispo de Bayeux cumplieron el 9 de setiembre del mismo año el voto que tenian hecho veinte años hacia, de visitar en peregrinacion la capilla de Nuestra Señora de la Delibrande, siempre que Talleyrand muriese en el seno de la iglesia católica. En justo homenaje de tan fausto acontecimiento y para perpetuar su memoria regalaron á el monasterio de Nuestra Señora de la Caridad de los húrfanos de María de la Delibrande, una estátua de bronce de tres pies y medio de altura, que representa á la Reina de los Angeles adornada con una corona dorada. Sus pies están sostenidos por un globo tambien de bronce y oprimen á la serpiente: este globo se figura llevando sobre una nube igualmente de bronce. Al frontis del globo se léen estas palabras:

Virgo Fidelis:

Mas abajo

Congratulamini tuihi;

inveni ovem meam qua perierat

XVII maii MDCCCXXXVIII.

A la parte opuesta del globo se lee la siguiente inscripción:

EX VOTO HYACINTHI LUDOVICI DE QUELEN
 ARCHIEPISCOPI PARISIENSIS

PRO

SALUTE ÆTERNA PRINCIPIS DE TALLEYRAND

AD RECONCILIATIONEM RITE ADMISSI

AC PERSEVERANTIBUS PÉNITENTIÆ SIGNIS

DEFUNCTI: MAII MDCCCXXXVIII.

He concluido la oferta hecha á los apasionados de mis escritos, sino con aquella maestría de historiador, al menos con las mas rectas y puras intenciones de católico. El hombre de la pacificación segun han querido llamarle, no rehuyó hacer las paces con el cielo sin cuyo medio no hay verdadera *paz y libertad*, porque como he escrito en otra ocasion, (1) "la verdadera *libertad* es la que quita del corazon del hombre todo temor y állicion y esta no es otra sino la que dice san Juan, la caridad, porque en la caridad no hay temor y el que teme no es perfecto en caridad." Talleyrand quiso

(1) En el *Madrideño Católico* obra que consta de tres tomos. En el tomo 3.º folio 34.

ja verdadera *paz* en sus últimos momentos y solamente pudo hallarla en la caridad, virtud celestial que no se encuentra sino en el seno de la iglesia católico-romana. Cuando escribia estas lineas. (1) escuchaba los cantos de la alegría por la conclusion de la guerra y por el deseado don de la paz. Yo tomaba parte en el comun alborozo; mas me preguntaba á mí mismo ¿esta paz será durable? ¡Oh idea melancólica! No, no sera durable porque no se funda en la caridad porque la religion gime hollada y despreciada y el pueblo sigue impune la tortuosa senda del vicio. Españoles ¿quereis paz? pues no basta destruir al enemigo exterior, es preciso vernos á nosotros mismos dominando nuestras pasiones, siguiendo penitentes á Talleyrand ya que lo hemos imitado en el horror. Mis presentimientos se cumplieron, la guerra civil se ha concluido de un modo y se enciende de varios por hombres enemigos de nuestro bienestar y prosperidad. ¡Quiéra el cielo no lleguen los dias de luto que mi corazon presagia á una nacion tan desgraciada como la nuestra y tan envidiada de nuestros fingidos amigos los extranjeros!

(1) 19 de setiembre de 1839.

INDICE DE LAS MATERIAS CON- TENIDAS EN ESTA OBRA.

	<u>Pág.</u>
PERIODO PRIMERO. Nacimiento de Talleyrand en 1754 hasta 1788	1
PERIODO SEGUNDO. Desde su nombramiento de obispo de Autun á enero de 1791 en que consagró á los obispos constitucionales	9
PERIODO TERCERO. Desde que recibió la bula de excomunion de Pio VI hasta la muerte de Robespierre	32
PERIODO CUARTO. Desde 1794 á 1798	63
PERIODO QUINTO. Desde la llegada de su Santidad á Valencia hasta el consulado en 24 de diciembre de 1799	92
PERIODO SEXTO. Desde la eleccion de Pio VII hasta el imperio proclamado el 18 de mayo de 1804	114
PERIODO SEPTIMO. Desde la proclamacion de Napoleon como Rey de Italia hasta su consagracion por el Pontifice como Emperador	142
PERIODO OCTAVO. Desde el 15 de abril de 1805 hasta la entrada del conde de Artois en París	175
PERIODO NOVENO. Desde la entrada de Luis XVIII en París hasta la muerte y exequias de Talleyrand	194

ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
2	22	sutiliza	sutileza
13	9	onores	honores
45	21	vesenos	buenos
55	8	libertad	libertar
61	6	Cartola	Carlota
62	13	presagio	presago
id.	id.	terrible	terribles
64	7	en los	con los
68	3	repetió	repeti6
69	19	odisca	odisea
73	5	de bien	bien
79	2	provisores	previsores
87	22	saristócratas	aristócratas
90	17	tomaré	tomar el
96	8	Rædeder	Ræderer
id.	id.	Fouche	Fouche
97	id.	Roger Druos	Royer-Ducos
98	21	desbentoja	desventaja
100	2	en ella en la	en ella la
id.	8	limitan	limitando
102	22	Sain Clud	San Cloud
105	25	por nosotros	con nosotros
112	10	diferencia	deferencia
118	22	eriste	eristi
124	21	1401	1801
128	25	ereges	hereges
129	11	dela deia	de la
id.	10	fue solemæe	fue la solemne

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
137	1	á orden	la orden
139	7	Vincenis	Vincennes
140	3	y el fallo	el fallo
id.	20	acaba de	acabas de
144	14	segna	segun
166	10	lagar	lugar
167	12	ordenamentos	ornamentos
169	26	mas,riscal	mariscal
		terrible	terribil
		en los	01
		repelido	68
		edifica	69
		ha diez	73
		proviene	79
		particular	87
		tomar	90
		liber	95
		foncha	101
		foyer-fuoy	107
		deventar	108
		en ella en la	109
		limita	111
		Sain Club	102
		por nosotros	105
		delegacia	112
		erife	113
		1801	124
		erige	128
		de la	130
		las sennas	141

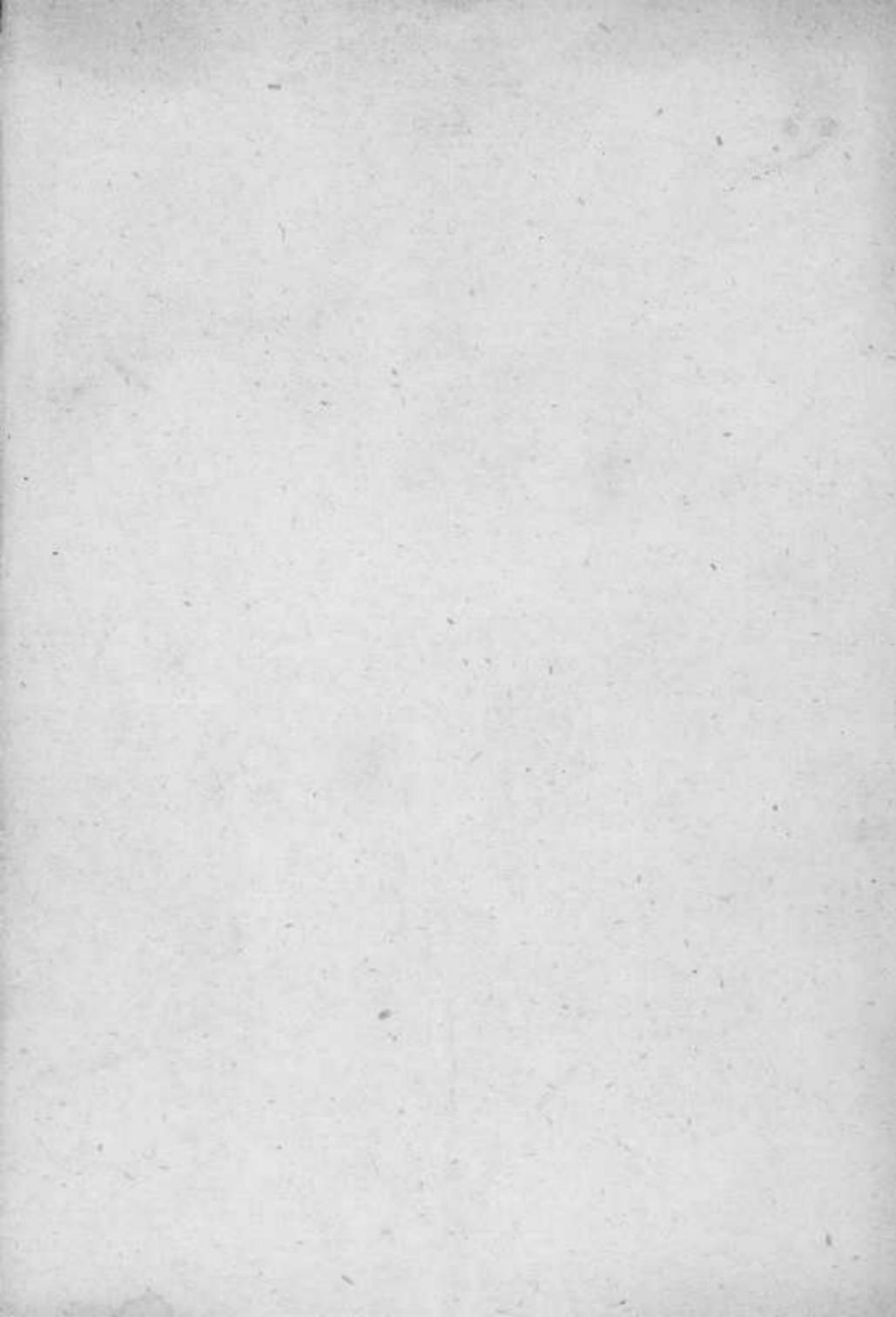


Fig.	Loc.	Date	Exhib.
137	1	1. 1878	10. 1878
139	7	Vincennes	10. 1878
140	3	1. 1878	10. 1878
141	20	1. 1878	10. 1878
144	11	1. 1878	10. 1878
155	10	1. 1878	10. 1878
157	10	1. 1878	10. 1878
158	10	1. 1878	10. 1878





